Tradiciones Argentinas

P. OBLIGADO

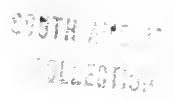
TRADICIONES ARGENTINAS

1ª. SERIE

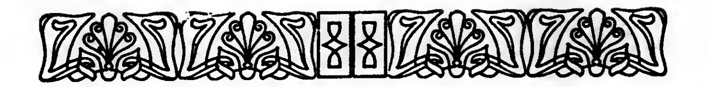
TERCERA EDICION



JUAN Y CíA



INDICE



La calumnia mata

(Tradición del año 1750)

Calumnia ! Calumnia ! que
de la calumnia algo queda.

I

Cuando se reunía a campana tañida en la capilla de San Miguel el lunes 21 de Septiembre de 1755 la Hermandad de Caridad, con paso lento y majestuoso entró el señor de Campana y expuso:

«Que en vista de la precaria existencia que arrastraba la Cofradía después de treinta años, comprometíase a fundar el Colegio de Huérfanas, costeando de su propio peculio edificio y cercados, reservándose el patronato y título de fundador.»

El discursito no podía ser más sabroso. Aplaudiéndole todos, se levantaron para congratularle por su piedad y cristiano propósito. Algunos se admiraban que ofreciendo tanto, pidiese tan poco.

—Ni siquiera un par de huérfanas para alcanzarle el mate de leche matinal—murmuró la mulatilla que por ahí andaba sacudiendo santos y flores de trapo viejo en el altar del arcángel.

No sólo sus cofrades le aplaudieron, sino los filántropos de entonces que sin lista impresa, ni bombo periodístico, hacían más caridad sin tanto ruido, y los señores González, Goyeneche, Ochoa, de Almarita, el obispo Agramonte, el gobernador Andonaegui, y hasta el mismísimo Rey, desde España, mandó agradecer por su desprendimiento a tan magnífico señor.

... ...

Seis años después, todavía en el Capítulo celebrado el 25 de Noviembre de 1761, volvía a exponer Alvarez Campana, «que habíase visto en el empeño de pagar la obra, los gastos de alimentos, vestuario y muchas otras etcéteras, cual consta, no sólo á los hermanos, sino á toda la ciudad, llevando miras de fundar el Hospital de Mujeres y una Casa de Expósitos». Contestaron los presentes, testigos de cuanto refería y era notorio, como lo atestiguaron, y no habría quien lo niegue, declarando, que el patrono y fundador de dicho Colegio era y debía ser el señor Campana, pues que lo inició, lo ejecutó, recibía las limosnas, administraba sus cortos productos, corría con la fábrica del Colegio, y también con las colegialas

por los vericuetos del jardín a falta de otra gimnasia o ejercicios para el mayor desarrollo. Esto último no lo decían, pero lo hacían.

Los mismos señores González, fundador el padre, de la predicha Hermandad y posteriormente el hijo, del Hospital anexo, firmaron el acta, y por segunda vez su ilustrísima aplaudió el santo celo con que empleaba su caudal. Llegaron a querer tanto al señor de Campana toda la gente de sacristía que hubieron de elevarlo a la altura de sus tocayas, y si no lo realizaron fué por que la torre no se había concluído.

II

No transcurrieron muchos años, cuando en el de 1766 era arrestado por orden de su Majestad, confiscándosele sus propiedades durante la prisión.

¿Qué había sucedido para caer de alto pedestal, que cuanto más elevado mayor porrazo produce? ¿Qué causa cambiaría la opinión pública, tan variable, que ni permite proyectar buenas obras sin levantar emulaciones?

«¿Que me importa?» suele decirse. «¡Me río del que dirán!» «Tenga uno la conciencia tranquila sin hacer caso de lo que se diga». Y adagios

semejantes, más o menos estoicos, se repiten con frecuencia. Pero la verdad verdadera es otra, cuando la procesión anda por dentro de esos honrados a medias, no enchapados a la antigua, como los que adoctrinan que preciso es no sólo ser honrado, sino también parecerlo. ¿En qué cascarita de naranja o mal paso habría resbalado este promotor de tantas obras buenas, para ser conducido entre rejas, él, que muchas y muy pesadas hiciera venir de Vizcaya, en precaución de escalamientos, gatuperios ó tentaciones del mundo, y también de la carne, a escuálidas huerfanitas por tantos abandonadas y que sólo él guardaba?

Mientras lo descifra el lector, seguiremos éste que es mucho cuento.

... ...

Engorroso sería reseñar las diversas peripecias de traspasos y divisiones en los campos de Campana, desde que en noche de trueno y sobre la verde carpeta los ganara el capitán Lomes, obtenidos por donación del rey, ni de cómo de esa sucesión, los adquiriera la sociedad Escalada y Armstrong. Escenas hubo y algunas de melodrama al cederlos después el padre Escola al coronel Ibarrola y Martínez, á quienes compraran los señores Costa en 1853.

Misteriosas leyendas recuerdan aquellos pagos, como la de *El Pirata Correntino*, *La Sala-*

manca de Juan Sin Ropa, y otras; pero ni en la celebrada carrera, (parejeros de don Ladislao Martínez y el padre Escola), hasta el cañón de la Recoleta frente á la antigua quinta del doctor Cayetano Campana, podemos detenernos en esta tradición, también á la carrera, destinada á recordar cómo la calumnia dió muerte al que dió vida á esos campos y nombre al *Rincón de Campana*.

III

En el transcurso del largo pleito no faltó, ni aún de los mismos beneficiados por el señor Campana, quien se prestara á declarar: que en la estancia «Los Remedios» (en Las Vacas) éstas sólo daban leche para el patrono, siendo propiedad del Colegio, y de pichuleos en huevos y quesos, frutas de corral y traspapelamiento de otras menudencias.

Otro de sus émulos declaró que el rinconcito consabido servía para arrinconar muchas cosas, y que si detrás de cada rancho del camino quedar solía alguna *campanita*, resultado de frecuentes idas y venidas del enamoriscado estanciero, ninguna de sus tocayas sonaban a tiempo, para despertar al guardacosta, cuando por esas desiertas barrancas del Paraná se introducían mer-

caderías del *Buque del Asiento,* fondeado frente la Recoleta, donde nunca acababa su carga y descarga, olvidando pagar alcabalas, ocupado en sus huérfanas y tanta obra pía, piadosa ó de pillería.

Y de cuantos declararon, apenas resultaba con algún viso de apariencia, que si del contrabando provocado por tantas prohibiciones y gabelas, almojarifazgos y altos impuestos, alguno había desembarcado allí, no fué para provecho del rico hacendado, y si en un mismo libro llevaba cuentas de propios y extraños, y asentado á su nombre propiedad para otros adquirida, exigencia era del vendedor, á quien inspiraban más confianza los fondos del señor Campana, que todas las huérfanas sin *fondos,* que si de todas ellas, apenas la más talludita apartaba, no para su uso particular lo era, sino para servir el chocolate de la señora, quien muy piadosa, bien la adoctrinaba así de día como de noche.

IV

A rumorcillo de contrabando agregáronse añejos rencores suscitados, pues que á petición de Campana vino la Real Cédula prohibiendo á los curas cobrar *derecho de muerto* que habían inventado, pues ni morir de balde era permitido.

En caso de fallecer alguno, muerto quedaría pero enterrado no, mientras no apareciera alma piadosa que pagara por quien tuvo ese mal gusto. Entonces, como al presente, tan irresistible persuasión tenía el mal, que al referir el embustero vicios inventados, mayor crédito alcanzaba, que narrando el veraz virtudes ciertas. Su reconocida virtud no impidió largos y fríos días de prisión al doctor Campana.

Mayor que el de muchas cuchilladas es el daño que una calumnia produce. Aquellas heridas cicatrizan; abierta siempre ésta, su cura es dolorosísima é ineficaz. ¿Llegará la rectificación al que la oyó? Una hiere; la otra, asesina moralmente y sin prevenir por la espalda. Como toda traición la calumnia es cobarde.

Campana, rico de nacimiento y hasta después de sus días, poseía desde antes que las huerfanitas del Colegio nacieran, mayor caudal que la limosna para ellas recolectada. Cuando al fin la verdad se abrió paso, uno tras otro y antes de dirigirse a su casa los dirigió detrás de San Miguel, que la experiencia le había enseñado ya a cuidar más de su buen nombre que de sus peluconas.

A la puerta del Colegio de Huérfanas nuevos inconvenientes se opusieron para franquearle entrada, que obstruían los últimos restos de la ca-

lumnia. No obstante salir absuelto de culpa y cargo, desconocíanse sus prerrogativas de Patrono y fundador. Abatido, pero no vencido, cuando se le cerraba la institución á que consagrara tanto tiempo, dinero y paciencia, nuevo pleito siguió, aunque á la larga llegó el día de su triunfo!

Cierta mañana, pasando por esa misma iglesia de San Miguel, desfigurado por los sufrimientos , á oir alcanzó la murmuración de dos beatas saliendo de comulgar, al no serles contestado el saludo por el buen mozo que pasaba.

—Pero has visto, mujer¡—chismografiaba una á la otra,—¿qué tieso se ha puesto el sobrino del encarcelado, desde que salió el tío de chirona, purgados sus gatuperios?

Quebrantado por la pesadumbre, desde ese dia cayó en cama el benefactor, pues hasta en el umbral de la iglesia tropezaba con la calumnia. ¡Cuán cierto que de la calumnia algo queda! Siempre hay oídos más abiertos para el mal del prójimo que para la justificación del inocente.

Hay quien exclama: «Ande yo caliente, aunque se reía la gente». El abuelo setentón, á quien oí cuando niño muchas de las consejas que hoy transmito á mis nietos, enseñaba lo contrario. Notando al cruzar la Plaza de la Victoria la desaparición de la torre del Cabildo, al pie de la pirámide de Mayo exclamó apesadumbrado: «Si

alguno de esos cronistas atolondrados, que por anticipar noticias narran sucedidos antes de suceder, publicara que te has robado esa alta torre, apresura á vindicarte. Posible es no falte testigo que confirme: *Es cierto; yo lo ví.*

V.

Otros tres años transcurrieron en trámites y apelaciones, engrosando, subiendo y creciendo el expediente, como una montaña.

Llegó la hora de reparación, y saliendo Campana de nuevo más limpio que patena, al tapar con ésta el cáliz, dió vuelta el Cura en la solemne misa del desagravio, dirigiéndose á la puerta de San Miguel, donde la ofensa se le infiriera y en cuyo propio sitio establecía la ley tuviera lugar la reparación.

Parado frente al párroco á la entrada de la iglesia, le rodeaba numeroso grupo de vecinos y curiosas, de entre las que, viendo á Campana tan demudado, se escapó más de una exclamación compasiva:

—¡Cómo lo han dejado! pobre hombre! ¡La calumnia mata!

Ya el cartulario bajaba las antiparras, leída la sentencia en que, entre otras penas imponía al

ofensor que tomando al calumniado de la mano presentara al público como inocente y le pidiera perdón por la ofensa, declarando tres veces en alta voz que no había tenido razón en su dicho.

A cumplir esta primera parte de la reparación dirigíase, cuando Campana, todo trémulo y emocionado, retrocedía á la vez que se le aproximaba el calumniador. Los sufrimientos y amarguras de largos años habían de tal modo consumido su físico, que agotada toda energía en la prolongada comprobación de su inocencia, desfalleciente el ánimo y quebrantada su naturaleza toda, al extenderse la mano para satisfacerle, se desplomó como fulminado por invisible conmoción, cayendo para siempre el anciano en el mismo sitio que se le había afrentado.

No fué que el honrado señor de Campana llegara á ser convicto de malversación de fondos, sino que la última justificación, marchando como suele la justicia, con pies de plomo, tardó tanto, tanto, que llegó al fin de sus días!

La calumnia mata, y ni es el único ejemplo que recuerda la crónica del siglo pasado. Esta tocó de rechazo á todos los que de más ó menos cerca tuvieron participación en tan escabroso berenjenal.

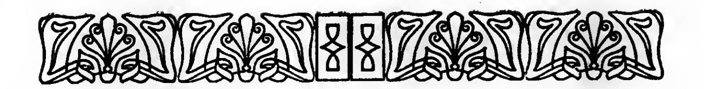
Hasta el prelado que amenazara al capellán de San Miguel con la excomunión en voga, si no

prohibía la entrada del Colegio á su fundador, murió en el destierro. A su vez le mató la calumnia el día antes de fondear el galeón de Indias en Montevideo, cuyo cajón de España traía la real comprobación de su inocencia.

... ...

Lectora amiga: ¡no calumnies, no calumnies jamás! ¡Cuántas veces, sino de pronto, lenta y sorda, va interiormente minando!

¡Cuántas ocasiones la calumnia mata!



Salineros

(TRADICION DE 1871)

A la región donde la sal se cría...

I

Como al presente se viaja á la región del trigo, al país de la viña, á la región del oro, cruzando por Santa Fe, Mendoza ó la Patagonia, todo el siglo pasado, el interior y hasta los comenzamientos de 1800, cada dos años se hacía un viaje hacia donde la sal se cría.

De Buenos Aires, de Santa Fe y hasta de Mendoza, venían carretas, bueyes, mulada, y en largo convoy, reunidos con *los salineros de Buenos Aires*, partían luego, unas veces del Luján otras de Ranchos, para la travesía del desierto.

Expedición hubo, como la dirigida por el maestro de campo General don Manuel de Pinazo

en 1778, que reunió seiscientas carretas, doce mil bueyes, dos mil seiscientos caballos y mil hombres á más de la escolta de cuatrocientos blandengues, pardos y milicianos, y aún cuatro cañones. Verdadero ejército con su General y oficiales á la cabeza.

Para la que nos ocupa, bajaron desde Mendoza doscientas carretas, no sin haber pasado desiertos, no menos desiertos y peligrosos que los que iban á cruzar.

II

La del doce de Julio del año 1797, noche clara, fría y de luna llena, mesa de mantel largo reunía en la Comandancia de la Guardia de los Ranchos a jefes y oficiales de aquella avanzada frontera.

Bien que doble fiesta celebraba el comandante del pueblo (General Paz, actualmente), don Miguel Tejedor, pues al honor que se le hacía de nombrarle segundo jefe de la expedición de los salineros, uníase la satisfacción de dejar fuera de cuidado á su esposa, doña Manuela Garayo, heroica como lo fueron las valientes compañeras de los Oficiales de frontera. Esa misma mañana habíale dado, en su tercer hija, una rolliza Juana, tan bondadosa, como no la hubo mejor.

Siguiendo la costumbre de aquellos buenos tiempos cristianos, inmediatamente del nacimiento se procedió al bautismo, y al ponerle el óleo sagrado á la recién nacida, llamóle el Capellán Castrense de Nuestra Señora del Pilar de la Guardia de los Ranchos don Francisco Javier Acosta y Gómez, con los nombres de Juana María Josefa de la Trinidad del Corazón de Jesús, pues que en día de San Juan Gualberto llegó á la vida.

Las conversaciones de sobremesa, en aquella alegre reunión, prolongábanse en altas horas de la noche. A la cabecera el anfitrión hacía los honores de la casa. En el puesto de honor don Francisco Balcarce, primer Comandante de frontera, rodeado con otros oficiales y sus siete hijos. Cuatro de ellos llegaron á Generales, Antonio, Ramón, Diego y Marcos, y si los tres más jóvenes, José, Francisco y Lucas, no alcanzaron alta graduación, fué porque la muerte cortó en flor vidas tan preciosas durante la primavera de su juventud, en las primeras batallas de la independencia.

En la opuesta cabecera se hallaba el Comandante Olavarría, jefe de Blandengues, rodeado entre otros vecinos, oficiales y paisanos, de don Antonio Obligado, más que Teniente de Húsares, recién nombrado, antiguo Presidente del gremio de hacendados, quien, como uno de los ricos estancieros de la vecindad, venía á ofrecer tropilla

pareja para los jefes, con el Comandante de la Ensenada don Lázaro Gómez, trayendo un contingente para la misma.

Y los brindis, chistes y agudezas se cruzaban como chispazos ó reflejos de colores, fuegos pirotécnicos al través de las copas de líquidos topacios y rubíes, vinos generosos, que muy buenos habían enviado para los expedicionarios, comerciantes y mayoristas de la plaza.

III

Coincidía la partida con la llegada de *el buque del asiento*, sin fondo al parecer, por la multitud de efectos que de sus estrechas concavidades desembarcaban sin agotarse nunca.

Las casas de Sarratea, Escalada, Sáenz Valiente, Alzaga, Lezica, Arroyo, contribuían con vituallas y pertrechos de toda especie, mantas, frazadas y anteojos verdes para los que extraían la sal, amortiguando la blanquísima reverberación enceguecedora; como los ricos hacendados, Anchorena, Osornio, Otárola, con yeguadas amansadas para regalar y amansar á los indios.

La autoridad proporcionaba soldados y armamento, y el comercio, los estancieros, el vecindario todo contribuía gustoso á equipar la expedi-

ción de los salineros, que tenía por doble objeto, traer ésta de Salinas Grandes, y cambalachar viejas cautivas flacas, por yeguas gordas, pues jóvenes cautivas no se recuperaban sino cuando ya no daban servicio.

Numerosos fogones animaban el improvisado campamento, alegrando la armonía, guitarras vibradoras bajo las carretas.

Círculos fantásticos agigantábanse en los giros del baile al través del humo y cambiantes de luz. El verde cimarrón y el porrón de ginebra circulaban de mano en mano, y el gaucho cantor dejaba oír décimas interminables entre el zapateo del gato y media caña antecesores del cielito federal, en bailes camperos.

Las banderolas de los guías lanceros, flameaban clavadas en línea ó cerca de grupos rodeando el asador, y los fogones llameantes, esparcidos en gran extensión con alternativas de luces más ó menos claras, según se avivaban ó amortiguaban las sombras que en torno se deslizaban. Gritos de arrieros, declaraciones de unos, lamentos de otros, cantos más lejanos, todo un mundo de voces, ruido y confusión poblaba de alegres ecos, llenando de movimiento y vida esos desiertos otrora.

Mocito cantor de la Guardia del Luján deja-

ba en las trovas de ocasión, á la chinita que pastoreaba, al dejar su pago del Santuario:

Oh! devota lujanera
Un granito de tu sal
Que cura de todo mal
Derrama en mi limosnera.

A lo que contestaba piscoira que á otro prefería:

Andá con los salineros,
Jactanciosos y embusteros.

Redoblábase el contento antes del último sueño de la partida fijada para la próxima diana, después de la que muchos de los acompañantes hasta aquel fortín avanzado, del otro lado del zanjón de Samborombón volverían á sus pagos.

Y dentro el largo rancho de la Comandancia continuaba el ruído de platos y botellas, y rumor del servicio incesante prolongado después del toque de silencio.

IV

—Esto augura buen resultado en la cruzada, —observaba el Capitán Tejedor, lleno de satisfacción ante el feliz alumbramiento de su esposa en

víspera de la partida, que con uno ú otro pretexto hacía días demoraba.

Pues no era nada lo que faltaba!

Militar pundonoroso y cumplidor, por inconvenientes de familia no podía dejar de estar listo para el día designado, y por otros sentimientos, cuesta muy arriba se le hacía alejarse, dejando á la buena compañera de sus más bellos días, en aquel desamparo y en tan crítica espera...

La partida no podía retardarse más.

Pero la esperada fué bienvenida, é hizo obra buena desde su primera, con la gracia andaluza que nunca á sus dichos faltaba, observó el padrino: «Esta hija ha venido haciendo bien desde antes de nacer, pues su primera obra buena ha sido llegar á tiempo»...

Ya el toque de silencio había dado el clarín del Cuartel General, uno que otro esparcido fogón humeaba apagándose, y algún relincho ó bajo eco perdido en la soledad oíase cuando todavía las copas del prolongado festín resonaban.

Entonces el anfitrión, deseando poner fin, por lo avanzado de la hora, alzando la copa y dirigiéndose al padrino, acabó su último brindis, diciendo: «...Destinada á su hijo, compadre! porque su primogénito me la haga feliz, á mi recién nacida».

Sin presentir que tal brindis habría de tener

la más cumplida realización (pues el candidato andaba por Chuquisaca ejerciendo oficios de vara alta, como alcalde de primer voto, de donde trajo sobre su cabeza cual López y Moreno, sus colegas en los primeros gobiernos de la Patria, las borlas del doctorado), agradeció el padrino entre bromas y chispeantes andaluzadas tan anticipado compromiso.

Con el andar del tiempo, y antes de tres lustros, casada fué la bienvenida con el hijo de su padrino. Vivió hasta más de ochenta años, en la virtud pasados, derramando obras de caridad en su largo camino, conocida por sus contemporáneos como piadosa filántropa, alcanzó su cuarta generación, dejó numerosa prole educada en el honor y en la virtud de su ejemplo, y murió en otro doce de Julio el día de sus días, haciendo la víspera no su última buena obra (que después de muerta continuó realizándolas por su ejemplo) y preparando la mesa de sus cincuenta descendientes.

«Y como de novias se trata, bueno es no perder la ocasión», se dijo para su capote don Lázaro Gómez, vecino de mesa, inmediato al padrino. Ya por entonces requebraba de amores á su linda Paquita, la más pequeña de las tres rubias, y sin esperar más con tres pasadas á la vía-sacra en San Roque, y una semiaceptación bajo forma

de ramo, flores entre sonrojos alcanzadas por la ventana, como amor aguijoneaba al valiente Capitán, apechugó con todo y derechito se fué a hablar á señor padre, solicitando la mano de su hija para la vuelta de la expedición, si Dios sacaba á todos con vida.

En el correr del tiempo y en menos de un siglo, cuatro veces en otras tantas generaciones, entrelazáronse ramas de tan buen tronco.

V

Allá por los años de 1668, errante lujanero don Domingo Isarza, avanzando pampa adentro descubrió por casualidad (como la mayor parte de los descubrimientos), la celebrada laguna Salinas Grandes, cien leguas distante, del otro lado de las sierras.

Tan grande fué la afluencia y continuados viajes de sus expedicionarios que, doscientos años después perdido una noche en medio de la pampa desierta el que esto escribe, volvió sobre la rastrillada á encontrar hondísimas huellas del camino por cientos de carretas tantos años frecuentado.

Y no era chico descubrimiento, si recordamos que hasta entonces la sal consumida en Buenos

Aires no procedía de los salitrales del Norte, al parecer más cerca, sino importada de Cádiz.

El mismísimo Rey de España, por Real Cédula concedió privilegio y exoneración de impuestos al descubridor de la sal en Buenos Aires, y sus descendientes, y las familias de Isarza, de Colman y de González, avecindadas en el Luján, gozaron por muchos años de ellos, sin que nunca las suyas fueran gravadas con la fanega y cuartilla de sal, con que lo eran las carretas para el consumo. Percibíase esta sisa bajo los portales de Cabildo en Villa Luján, por el recaudador público, al regresar la expedición, que duraba cuatro y aún cinco meses, por bando anunciada en toda la provincia.

Las tres leguas de agua salada que hondas quebradas unían en una depresión del terreno, á cien leguas al Sudeste de la Capital de Buenos Aires, eran cuartel general de los indios pampas, por mucho tiempo sobre el camino á Chile.

Montes seculares de algarrobo blanco rodean la salina, y espinillos, chañares y acacias los limpiones de muy buenos pastos del abra. Barrancas rocallosas y á pique, hasta de treinta metros de elevación amurallan la hoya, y en sus fondos encuéntranse depósitos de sal común elaborada por la naturaleza, hasta de doscientos metros á la ribera del agua salada, y dilatada en sábanas, y

más allá sal más fina, como flores sonrosadas, reflejándose sobre mantos de la misma, cuyos cristales chispean al sol cual facetas de brillantes deslumbradores.

Algo más de una legua cuadrada mide la Salina Grande, en cuyas mayores crecientes se extiende á tres...

... ...

El pesado convoy adelantaba de cinco á seis leguas por jornada, cuando marchaba, que no era todos los días, por lo que más de un mes retardaba en el trayecto buscando pasos en los arroyos para la tropa.

VI

Todo era soledad y silencio, apenas interrumpido por el chirrido de la pesada carreta tucumana, monótono navío de la pampa, que parece no avanzar en su despacioso giro, pero que marcha, marcha y marcha sin cesar, al paso de hormiga de sus pacientes bueyes, hasta el fin del desierto.

Uno que otro indio bombero rodeado de perros cimarrones, solía asomar de vez en cuando sobre la cuchilla lejana, ó el avestruz veloz cruzaba en aquellas soledades, interrumpido apenas su silencio siempre igual por el graznido anuncia-

dor del chajá que parece anunciar: ¡allá va! ¡allá va!

Indios amigos iban de vanguardia exploradora. Las banderolas altísimas de los batidores flameaban á los costados, cuatro cañones rodaban en el centro, y carretas en fila interminable seguían, seguían sin fin unas tras otras, con sus tres yuntas de bueyes, plumeros colgando, largas picas, y el guía conductor adelante. Numerosa caballada cerraba el rodeo, levantando á la cola polvareda espesa.

Y así avanzaban poco á poco pasando sin dificultad ríos, arroyos y cañadas. Cruzaron el Salado, despuntaron el arroyo Las Flores, el Tapalquén, cuando al llegar como á mitad de camino la noche que pernoctaron cerca de la Blanca Grande, el jefe de la expedición se acostó, pero no se levantó.

Sin previo aviso, el Comandante Balcarce amaneció tieso y helado sobre su cama de campaña, que era el propio recado.

Se acercó el físico á tomarle el pulso, y vino el sangrador, y el sanguijuelero, y el Capellán Castrense y todos los que venían, pero ni curas ni sacristanes, ni sinapismos, ni agua bendita le volvieron á la vida, que ya la muerte había dado con él en tierra, volviéndole al polvo de donde salió.

Padecía el achacoso Comandante de oculta y traidora afección al corazón, de la que han muerto la mayor parte de la familia Balcarce, y cuando mejor parecía, dijo ésta, hasta aquí no más.

Lamentable era tan inesperada pérdida. Llorado por sus soldados y sentido por cuantos le conocieron.

... ...

Entonces el Capitán Tejedor, segundo Jefe de la expedición, reasumió el comando de ella, siendo su primer acto dar cristiana sepultura á los restos del amado jefe, enterrándole con los honores de Ordenanza. Celebróse en el desierto solemne misa de cuerpo presente, á la que las mil quinientas personas acudieron, arrodilladas y contritas en media pampa, bajo la grandiosa bóveda azul, inmenso templo de la naturaleza, con corazón sencillo y lagrimoso semblante.

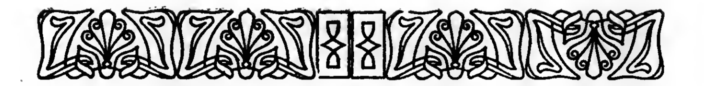
Bien marcado dejó Tejedor el sitio de su tumba bajo verde sauce llorón á la orilla de una laguna para rescatar de aquellas soledades, á su regreso, restos queridos, entregándolos á sus deudos en Luján.

Así lo hizo, y al volver por el mismo camino, les exhumó con igual solemnidad y su familia dióles definitiva sepultura en el campo santo de los Domínicos, que por entonces caía sobre la calle á que posteriormente sus hijos dieron nombre,

ubicada la casa paterna primera cuadra de la calle Balcarce.

En la segunda columna de la entrada, á la derecha de ese mismo templo se hallan los restos de su hijo, el General Don Diego, cuyas medallas de la Independencia incrustadas sobre su lápida, han posteriormente desaparecido por mano profana de ladrón anticuario, ó numismático.

Así acabó el viaje al país de la sal, con tanto entusiasmo y esperanzas lisonjeras emprendió al acabar la noche del doce de Julio de 1797, de imborrable recuerdo para tres de las más antiguas familias del Virreinato.



Rozas cautivo

(1780)

Hermoso tipo de raza criolla como el padre, el hijo; con la diferencia que éste se desvió desde su infancia de los buenos consejos de aquel honrado patricio.

I

Cristiano rubio apartando *pa semilla*, había gritado el Cacique, dispersando a *caballazos* el grupo de indios que al concluir la refriega, atropellábanse por repartirse su chapeado y prendas de plata. En tan apurado trance, sin duda á su belleza debió Rozas su salvación.

De don Juan Manuel se dijo, posteriormente, que fué uno de los más hermosos tipos de su raza.

En aquel terrible año 40, que todo lo coloreó,

cuando bajara de la Escuadra Francesa el Vicealmirante Mackau á visitarle, en circunstancias que un mismo sofá de crin negra sobre caoba conversaban ambos, salía el General Guido del salón de Gobierno exclamando con admiración:

—¡Jamás he visto juntos dos hombres más buenos mozos!

Agregando la hermana del Gobernador, al ver entraba el General Mansilla:

—Ni militar de más gallarda planta que mi marido.

—Tiene razón, Agustinita; ni mujer más hermosa que la que con tanta perspicacia lo observa.

Y el galante diálogo entre una dama de *esprit* y el más culto y galante de nuestros diplomáticos, seguiría derramando rosas en el salón del mismo, más largo sin duda que aquella visita.

Pero como ninguno de los referidos personajes lo es de esta tradición, agregaremos solamente que tratándose de cristiano tan gallardo, nada extraño fué anduvieran *Cacicas* y *Capitanejas* á tirones de crenchas, cuando cristianas muy recatadas, caso hay más de uno acostumbraban imitarlas.

... ...

Cómo, cuándo y dónde cayó Rozas cautivo, tema es de capítulo aparte. Mientras alguna alma

caritativa ruega á San Pedro Nolasco por su redención, de cajón viene aquí una manito de historia pampa...

II

Recuerda la tradición que un viernes trece, Diciembre de 1783, caía postrado de un bolazo en la frente, el Mayor de milicias don Clemente López Osornio.

Cerca del palenque, frente á las poblaciones de su Estancia, Rincón de López, se encontró cubierto por el del padre, el cadáver de su hijo Andrés, á quien defendió hasta el último aliento.

La invasión de indios fué aquel año terrible y devastadora.

Pasado el Río Salado, sólo se divisaban por todas partes ruinas humeantes por el gran malón.

Lo que poco se recuerda es que, el mismo día y más de cien leguas al Sur, por otro certero tiro de bolas que le maniatara ambos brazos, dejándole indefenso, caía también cautivo el Alférez don León Ortiz de Rozas.

... ...

El 3 de Enero de 1785, salía del fuerte de Patagones don Francisco Javier Piera, al comando de cincuenta soldados, hacia las tribus más cercanas, refugio de cuatreros y desertores.

No había transcurrido veinte días cuando, derrotados sus exploradores en los desfiladeros de la sierra, apenas escapó el que llevara el cuento .

De notar fué que contra las órdenes superiores y advertencias de subalternos más prácticos, desoyendo los consejos de la prudencia, iniciara Piera su injustificada invasión.

Confirmando una vez más que á la crueldad unida va la cobardía, á este jefe, que tan inhumanamente había pasado á cuchillo toda una tribu el año anterior, no sólo se le aflojaron los calzones, sino que cayó muerto de susto, al saber la pérdida de su hermano, Oficial de vanguardia. .

La situación era bien afligente; pero quedaba Gómez, á quien no se le cayeron, porque llevó durante toda la vida bien puestos los muy ajustados que por entonces se usaban.

Este Oficial en quien recaía el mando, no era hombre de atortolarse, y no obstante quedar á pie en media pampa, rodeado de indios, su prudencia y serenidad salvó á los que la impericia de su jefe dejaba á punto de perecer en el desierto.

Improvisado un atrincheramiento al pie de la Sierra de la Ventana, mientras que entretenía á los indios con parlamentos, acechaba la ocasión de hacer salir algún chasqui bajo las sombras de la noche, pidiendo auxilios á Patagones. Aunque

pocos ó ninguno aguardaba de la tierra, puso su confianza en Dios, y esperó...

Era de los soldados cristianos que, como los oficiales de Belgrano posteriormente, tanto enseñaban á un tiempo la carga del fusil en once veces, como el rosario en cinco *paternóster*.

Con esta ciega confianza en el buen Dios de su destino, al venir el día, y cuando acababa sus devociones matinales, se le presentó un indio como llovido del cielo, y la lenguaraz Catalina, trayendo *papelito que habla* (papel pintado, carta ó comunicación). El Cacique mandaba decir que todos los cristianos habían sido derrotados, que pasaría a degüello los cautivos y también á los de ese campamento, si no se retiraban prontito. Que fuera el Capitán grande y el cirujano, para tratar de las paces y auxiliar á los heridos.

Genuina muestra de la correspondencia de cautivos, transcribimos la carta del Piera cautivo, al Piera muerto, copiada del diario militar de Gómez:

«Querido hermano: Estoy bueno, á Dios gracias, y cautivo en poder de Catruén, el que me considera en ciertas cosas; pero estoy esclavo en poder de todos los del toldo. En fin, hazte cargo cual será nuestra miseria; pero no debes darte por entendido de nada de esto, pues me han encargado todo lo contrario, y así me conviene.

Avisa á Buenos Aires de nuestra infelicidad y la de Rozas, que está aquí en poder del Cacique Negro; los demás están con Dios.

«Me mandarás un barrilito de vino, un par de arrobas de yerba, el tabaco que tiene Varena, catorce ó diez y seis cuadernillos de papel, una muda de ropa, el poncho y cuentas de las que tienen en los cajones, para pasarlo menos mal. Y así conviene los trates bien, y les digas que te digo que me tratan como á ellos. Mándame uno ó dos reales de jabón, para lavar; y mándame, ¡por Dios! todo cuanto te pido, y te puedes retirar que no te puedan hacer daño; y reza; y encarga nos encomienden á Dios, por los cautivos y muertos, por nuestra redención, y á Dios que te dé feliz viaje y á todos los compañeros. Yo me quedo á poca distancia.

Domingo Gabriel Piera.

P. D.—Creía que á Gómez lo hacían para Río Negro, para ir á traer la paz. Trata bien á éstos y dí que te digo bien de todos; y no hay que habíar porque hay ladinos; y será para nosotros un infierno. La dicha Catalina es sobrina del gran Cacique, regálala bien; y mándame un tintero con pluma para escribirle al Virrey.»

III

Cuando allá por los años de 1742, llegó nombrado Gobernador y Capitán General, don Domingo Ortiz de Rozas, trajo un segundo Domingo, en calidad de sobrino y ayudante; y cuando don Domingo 1º. pasó á desempeñar la Presidencia de Chile, donde por las poblaciones que fundó, fué agraciado con el título de «Conde de poblaciones» el sobrino de su tío, vencido ya en otras lides, próximo á caer en las de Himeneo, quedó en esta ciudad de la Santísima Trinidad, pasando á servir en el batallón real de infantería como Capitán y en los brazos de su esposa como esposo.

Este alto y erguido señor Rozas, que poco se daba con la mayor parte de los Oficiales, encontró entre ellos un otro más alto y no menos Capitán, que le caía en sayo, así en humos, pergaminos y estiramientos.

De Castilla la Vieja ambas familias casi á un tiempo llegaron á ésta; y si las preferencias de sobrino del tío Gobernador, realzaban propios méritos en el flamante Oficial últimamente incorporado, los del más antiguo en el batallón, sirviéronle de intermedio para la aproximación con los demás.

Alto, delgado y de morena faz el uno; rubio, sonrosado y grueso el otro; si aparecía entre ambos contraste físico, así se armonizaban en lo moral, como en lo noble se igualaban.

Si el rubio descendía de los duques de Normandía, el moreno provenía de los antiguos Condes de Gómez, abuelos de doña Ximena, esposa del Cid Campeador, don Rodrigo Díaz de Vivar, castellano á las derechas.

Y larga lista de Condes, Duques y Marqueses, en líneas paralelas de ambas prosapias ascendían á las alturas, como que los dos tenían santo en el cielo.

Los Capitanes don José Gómez del Canto y don Domingo Ortiz de Rozas, con mayor predilección por el estrado que la carpeta y otras distracciones de cuartel, galantearon en la flor del coloniaje descollantes pimpollos de belleza, por lo que, si no al mismo tiempo colgaron la espada, en la misma hora misteriosa del corazón, levantaron el velo nupcial de la frente virginal de sus prometidas.

Gómez desposó á una de las más hermosas doncellas del Virreinato, doña Juana Rospillosi, (cuya estirpe contaba tres Pontífices en la Corte Romana y un Santo en la Corte celestial) y el señor de Rozas á doña Catalina de la Cuadra.

Lo que poco acontece en estos tiempos del

telégrafo y el vapor, que todo pasa rápido, y ni caudal ni amistades duran tres generaciones, los hijos de ambos siguieron hasta la tumba, la amistad que de sus padres heredaran.

Venidos á la vida en corta diferencia sus primogénitos, como á hijos de Capitanes del Rey, á un tiempo les llegaron de la Metrópoli los cordones de cadete; juntos entraron á la escuela del Rey, don Lázaro Gómez y don León Ortiz, menos porque vivieran en un barrio, que por ser la única en muchos años. Más tarde, ingresaron al batallón en que sus padres habían seguido carrera. En un mismo buque se embarcaron para su primera campaña; una era la fecha de sus despachos; juntos arrollaron con sus valientes soldados del Fijo á los veteranos ingleses de la Plaza de Toros, en la tarde del 11 de Agosto de 1806. Cuando el Capitán Rozas supo que Gómez había caído muerto en la brecha de Montevideo, el 3 de Febrero del año siguiente, tan gran sentimiento le apesadumbró, que antes de concluir ese año, colgó la espada.

Tales antecedentes explican la clase de íntima y sincera amistad que estrechaba á los dos alféreces del Fijo.

¡Cuál sería, pues, la sorpresa de Gómez al tener la primera noticia de su amigo! No sólo

vivía Rozas, sino bueno y sano se encontraba á poca distancia de su campamento.

Como la desgracia le había hecho desconfiado poco creía en promesa de indios; pedía mayores pruebas, algo como una muestrita que le dejaran ver, de lejos siquiera, la punta de la nariz de tan deseado cautivo.

En estos parlamentos, chasques y mensajes se estaban, cuando un buen día se le presentó de cuerpo entero y tan entero de alma como de cuerpo, el mismo Rozas; tan llorado compañero...

IV

Abrazándose entre lágrimas, pasados los primeros momentos de efusión, dijo Gómez:

—Y bien, hermano: ¿qué debemos hacer para que tu visita en mi campamento pase de tal, reteniéndote por siempre?

—Lo primero, empezar por retirarse. Enviar el parlamento pedido, que yo dejo el terreno preparado en el ánimo de los Caciques, haciéndcles ver cómo siempre les fué mejor vivir en paz con los cristianos.

—Pero empecemos por el principio, y puesto que estás entre nosotros, quédate.

—¡Imposible! He dado mi palabra, y me co-

noces desde chico, esclavo de la palabra de honor.

—¿Palabra á indios?

—Palabra de cristiano, que yo siempre cumplí.

—De aquí no te sacarán, sino después que nos hayan muerto á todos.

—Lo que no tardará mucho, pues te encuentras rodeado de *indiadas* sedientas por no dejar cristiano con cabeza, y son Caciques aconsejados por su propio interés, *que no sólo entre indios es el mejor consejero,* los que hacen esfuerzos en detenerlas. Catruén, principal de los que aquí acampan, quiere mucho al hermano que fué de parlamento ante el Virrey. Escribirás á S. E. para terminar el tratado por el que los indios prometen someterse. Ha sido la mayor imprudencia traer invasión con tan poca gente, como se te inculpará que, rechazando esta proposición del Cacique, se malogre ocasión tan propicia. No es fácil salgas bien en tan afligente circunstancia, mientras que por algunas yeguas si les devuelven los rehenes, te dejarán regresar sin hostilizarte.

Los últimos *malones* han dado pésimos resultados, pues están las haciendas muy reconcentradas. Más cuenta hace á los indios vivir de las raciones y regalos del Gobierno, que de robos y asaltos, convencidos hoy, por mi propaganda, que les es mejor ser honrados por conveniencia.

—Todo esto está muy bueno; pero lo que es á tí, no te largo.

—Así será, señor Comandante; pero como León Rozas solo tuvo una palabra, y ésta la he empeñado en volver, me largo solo, dijo, dirigiéndose al palenque y montando el picazo.

No hubo razones que le hicieran apearse, ni los cariñosos pedidos de sus compañeros, ni las afecciones que á Buenos Aires le atraían.

Algunos días más pasaron en idas y venidas, chasques, mensajes y parlamentos; pues, si bien Gómez aceptaba las proposiciones, hacía hincapié en la entrega inmediata de Rozas.

Quedaría el Capellán y demás prisioneros en rehenes, entregaría todos los víveres y objetos pedidos, cuya lista era larga como lista de poncho *á pedido de indio*. La comisión de éstos y la de cristianos marcharían juntas hasta la Capital. Harían las paces según lo convenido; pero nada de esto tendría cumplimiento, sino cuando en libertad Rozas en el campamento de Gómez, pudieran juntos emprender marcha de regreso...

Y tanto alegó y sostuvo, que al fin lo consiguió, cumpliéndose el adagio de que:

«Más te vale un buen amigo
Que en tu troja mucho trigo».

V

Espigado, enjuto, puro nervios y puro cora zón, era don Lázaro Gómez un pundonoroso Oficial, y á su perseverancia y buen tino debióse la salvación de los expedicionarios; redimir á Rozas, abreviar el cautiverio de sus compañeros y hacer la paz más duradera.

Aquí y en la otra banda, se distinguió batallando contra portugueses y *charrúas*, pampas é ingleses. Instruído y valiente heredó con la virtud de sus padres el honor, herencia legal á sus descendientes, que han sabido conservar como religión de familia ciento setenta años en esta tierra.

... ...

No había sido muerto don León, ni siquiera herido, apenas sí, cautivo; y aunque al principio tratado con severidad, más humanamente fué, desde que le cambiara el Cacique Negro, demostrado en dejarle ir, bajo su palabra, al atrincheramiento de los cristianos.

Este Cacique recordaba que su padre había hecho la paz más duradera con otro Rozas (1743); como un hijo de él repetía á don Juan Manuel, en vísperas de Caseros, donde le ayudó á bien disparar, que su padre (don León) había sido cautivo de su progenitor.

Comprueba ello una vez más que siempre es bueno ser bueno, aun con malos; pues supo don León portarse como hombre honrado y buen cristiano en todas las circunstancias de la vida.

Consiguió hacerse querer de todos. Primeramente por las prendas que vestía; reservando para canjearlo, por su varonil belleza y hasta por el recuerdo de su humanitario tío, gobernante que consideró á los indios, y en todas partes llegaran á apreciarle.

De más de una toldería lo pedían prestado, cuando en compañía del Padre Montañés empezaron á instruir á las indias, en cristianos principios y, sin duda en otras muchas cosas...

VI

Así acabó ésta que pudo llamarse la expedición de los milagros; pues milagro y no chico fué que no mataran á Rozas, que lo conservaran intacto por tanto tiempo; le exhibieran, comprobando su existencia; volviera, resignado cristiano, á seguir la suerte de sus compañeros cautivos; que al fin lo entregaran por las exigencias de Gómez; y, por último, y no el menor de los milagros, que una partida tan reducida salvara

en su travesía al través de indiadas sedientas de pillaje.

Sobre si dejó ó no, semilla entre pampas el hermoso cautivo, aunque poco dados á genealogías de princesas y *cacicas*, agregaremos únicamente que más raro fué la aparición entonces de un cacique negro entre lampiñas caras bronceadas, que posteriormente, más de una de las nietas de éste, peinar trenzas rubias sobre blancas mejillas rosadas ó color de rosas pálidas.

Misterios son estos que Darwin á su paso no profundizó, ni tampoco nosotros...

Hombre honrado á carta cabal, era don León de Rozas, humanitario y valiente; contemporizando por su prudencia, supo conquistarse simpatías hasta en los salvajes.

De temperamento afable, irradiaba un buen genio en su abierto semblante, y por su carácter parsimonioso arreglaba toda disidencia, así entre indios como entre cristianos.

Proverbial fué siempre su distracción, y, sin duda, para evitar volviera á caer entre pampas. á su regreso, ya sin padres, congreso hubo de tías que le condenaron á cautiverio perpetuo.

Encargado de casamentera misión, su guía espiritual, como en tales tiempos era usanza, llegó á descubrir que otro colega mercedario conta-

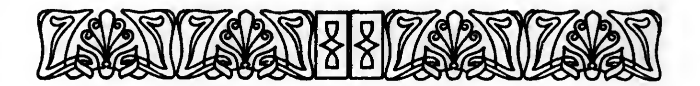
ba entre sus hijas de confesión, la más hermosa flor del verjel espiritual.

También sin padres, pues entre las calamidades que al señor don León persiguieron, no conoció la de suegra, crecía la más bella mercedaria que hábito de tal vestía el fatal *viernes trece* en que su padre y hermano fueron muertos por los indios, la misma tarde que cayó Rozas cautivo...

En la del martes 30 de 1790, desposó el Capellán Castrense, en el Convento de Mercedarios, al señor León Ortiz de Rozas con doña Agustina López de Osornio...

Y así salió de un cautiverio para caer en otro sin salida. Pero si angustias hiciera pasar la enérgica Agustinita al blando y cariñoso marido bonachón, misterios fueron que encubrieran cortinajes de aposento conyugal que nunca fuimos dados á descorrer.

A pesar de su nombre, don León Ortiz de Rozas fué bondadoso y honrado en este valle de rosas, que el hijo regó con sangre.



El Virrey de las indecisiones

(1809)

El corazón del hombre es su destino.

I

Muy fácil parece, y sin duda alguna es algo de lo más difícil, tener carácter.

Uno de nuestros prohombres de carácter, el ilustrado doctor don Carlos Tejedor, insinuaba en su Curso de Derecho criminal: «Debían abrirse escuelas de carácter, para formar desde niño el del hombre, pues que la mayor parte de faltas, delitos y crímenes producidos son por falta de carácter, de convicción y entereza». Y otro elocuente catedrático en esa misma Universidad de Buenos Aires, doctor Juan Carlos Gómez, enseñaba afrontar las responsabilidades sin vacilar. A

cincuenta años distante recordamos sus palabras: «En el transcurso de mi breve actuación política he visto á militares valientes que no trepidaban en dar una carga de caballería, llevándose todo por delante, medrosos al día siguiente de escenas de valor, temiendo la opinión pública ante el reproche de la prensa, no faltos de conciencia, mas temían á la responsabilidad moral». Sin enumerar muchos nombres, no son los del intrépido Ignacio Rivas y Emilio Conesa los únicos Generales de quienes presenciamos iguales vacilaciones.

Pero mientras no asistimos á la inauguración de la «Escuela del carácter», he aquí un cuentito de otro militar valiente hasta la temeridad, y víctima de sus fluctuaciones. Si á su intrepidez se debe el primer triunfo en las calles de Buenos Aires, su falta de energía moral detuvo á medio camino las chispas que en sus hijos prendiera, siendo á poco arrollado por el carro de la revolución triunfante.

II

Media noche era por filo en la del 25 de Julio de 1809 cuando el Virrey de la Victoria levantaba su cabeza encanecida de entre el fárrago de papeles esparcidos y desbordando de su mesa de trabajo, en el despacho del antiguo Alcázar de los

Virreyes. No hemos podido averiguar si es que las virtudes desterradas del viejo mundo se refugiaron en el nuevo, ó acaso rebalsando abundancia en España arribaron, pues en corto tiempo llegaba al Perú un «Marqués de la Concordia», el «Conde de la Lealtad» aquí, otro «Marqués de la Fidelidad» á Lima, títulos y virtudes descollantes que naufragaron antes de llegar á Mejico y Nueva Granada. La verdad es que agraciado con título de Castilla, el penúltimo virrey eligió el de «Conde de Buenos Aires». Otro de nuestros ilustrados profesores de la misma antigua Universidad citada, el ilustre jurisconsulto doctor Estéves Saguí, inolvidable presidente en la municipalidad, nos escribía: «No llegó á usar Liniers en el título agraciado la designación de su preferencia, y en verdad que en esos tiempos bien lo merecía, pues no se lo dejó usar el Cabildo, que alzándose con el santo y la limosna á todo un rey de España replicó: «No podemos permitir se dé ese título en detrimento de los derechos de la ciudad de Buenos Aires».

Diarios, oficios, cartas, notas, periódicos, impresos, manuscritos y aun anónimos que releyendo á solas trasformaban la cabeza de Liniers en un horno, formábanle atolladero sin salida en que se abismaba, en la misma sala de que poco antes había despachado con cajas destempladas

al marqués de Lassenay, quien en nombre del gran francés venía á tentarle á él, francés, antes que general español, ofreciera su virreinecía bajo la protección del gran usurpador.

Sucesivamente acababa de leer:

De Fernando VII cuya proclamación no hacía mucho presidiera, y de sus adoradores que clamaban por Fernando el Deseado: «No haga caso de lo que hacen decir á papá, pues está chocho, y el privado Godoy lo tiene embrujado. Yo soy el rey aclamado por mis fieles vasallos». En otro, de data anterior: «No den oídos á Fernandito, cuya truhanería es capaz de vender la misma madre que lo parió. Fuí forzado á la abdicación. Soy el rey por derecho divino».—Carlos IV.

Otro recorte de Gaceta vieja aludía al «tuerto Pepe Botellas», menos tuerto y menos botella que el último virrey Cisneros, mandado como de encargo: «Yo soy el rey por derecho del amo del mundo, que San Napoleón impera en la tierra más que Santiago en el cielo».

En las Juntas que nunca comulgaron juntas, pues cada provincia levantó una, la central de Madrid, de Sevilla, de Cádiz, de Galicia y hasta del último rincón de España, cuando á la afligida madre Patria apenas restaba un pedacito de isla, cada alcalde repetía: «Cuidadito con dar cumplimiento á lo mandado por esos cuatro gatos, ó

leones, que desde la isla de León rugen, sin haber hecho nunca otra cosa».

Y esto, mar por medio, que de más cerca, cierta amulatada Carlotita, más fea que un susto, como que oficial de palacio hubo prefiriera caer en chirona, antes de caer en sus reales brazos, venida de perder un reino en Portugal, próxima á perder la corona, que en cuanto á la vergüenza la había perdido por todas partes, comunicaba: «Puesto que señor padre ha renunciado la corona de todas las Españas, y el hermanito Fernando está á perder la cabeza, que juicio nunca lo hubo, me sacrificaré únicamente por conservar la herencia de familia, aunque preciso sea reembarcarme para el Plata, anticipándome pleito homenaje y acatamiento á la aclamación de única regente en todos los dominios de América».

Elío, murmuraba desde Montevideo: «Soy el virrey, no ése que, verdadero franchute, se atreve á deportar ricos y encumbrados españoles». Todavía más inmediato, los partidarios de Alzaga, rey en mientes, Martín I, repetían en coro: «Esto es venta. ¡Abajo el francés y los afrancesados!»

Dentro del mismísimo Fuerte, el coronel de Patricios, Saavedra, encabezando los criollos, susurraba al oído de Liniers: «Dejaos de vacilaciones. El pueblo que conducisteis á la victoria os aclama sobre toda autoridad. Confiad en sus fuer-

zas, que respondo á su nombre os sostendrá contra todo viento y marea, como lo probó el primer día de este mismo año. Salgamos á la plaza, y en ella seréis aclamado única autoridad en pie, sobre la del rey, de rodillas en Bayona.»

¡Ni las tentaciones de San Antonio!

Todavía Huidobro, el general de más alta jerarquía, también virrey propuesto por una de tantas Juntas, desprendida avanzada en observación, husmeaba desde la otra banda el mal cariz que iban tomando las cosas en ésta, acentuando recelos del otro flamante virrey «'n partibus», Cisneros...

¡Tal batiburrillo capaz era de marear á hombre de más cabeza que Liniers! ¿Qué hacer en medio de la corriente cuando de los cuatro puntos del horizonte soplaban vientos encontrados sobre el Plata? Fácil es seguir si se presenta el camino recto del deber, pero llegados á la bifurcación ¿cuál será la senda de la verdad?

Vivo ejemplo el virrey de las vacilaciones que tradicionamos!

Aquella fué su noche triste, tan afligida como la de Cortés en México. Más de una tenebrosa noche de tribulaciones le rodearon, como ésta del dia de sus días, Santiago, patrón de España y de su nombre.

III

Levantándose de improviso, abrió la puerta, saliendo á pasear por el baluarte, entre las garitas en que á uno y otro extremo del bastión se cobijaban centinelas.

La atmósfera estaba serena y fría, de riguroso invierno. Luna llena de Julio espejaba visos azulados en el Plata resplandeciente, inmenso y solitario en aquellas horas. En el silencio dilatándose ecos lejanos, gritos de pescadores que salían á tender sus redes, oyóse: «¡embarque!» Tal exclamación á orden parecida, resonó vibrante en su oído, y cavilando sobre esa voz anónima en el misterio de las altas horas de la noche, aviso del cielo le pareció en medio de sus cavilaciones. Refrescada su ardiente cabeza por las brisas del Plata, dió término á sus paseos resolviendo consultar con la almohada.

Al pasar frente la capilla, por su puerta entreabierta vislumbró luz de algún cirio olvidado en la solemne misa de la mañana. Entró postrándose ante la santa de su devoción, rogando á los pies de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, á quien otrora ofreciera banderas prisioneras arrolladas ya á su peana. En las sombras del soli-

tario Oratorio largo tiempo le absorbieron profundas meditaciones, retirándose más tranquilizado. Aquella voz de la ribera y esta luz salida á su encuentro aclararon la selva enmarañada de sus pensamientos.

Un día pasó sin recibir ni oir á nadie. En la noche siguiente, preparaba la embarcación más velera, bajó al puerto, embarcando sigilosamente y acompañado sólo del comandante Rodríguez. Envolvióse en su ancha capa militar, y recostado á la popa, después de largas noches de insomnio quedó profundamente dormido, mientras navegaba viento en popa rumbo á la Colonia. Durmió, soñó, ¿qué soñaba? Parecían disiparse de pronto las nubes, huyendo en girones las vacilaciones anteriores, tentaciones todas que no prendieron, al resolverse ir en busca del sucesor, á cuyo oído llegaban voces de que hasta las piedras de la ciudad se levantarían por no dejarse arrebatar al «Virrey de la Victoria».

Y era la espléndida alborada de mañana limpia y luminosa cual una de esas vagas sonrisas de invierno que sonrosar suelen la azulada faz de nuestro río, cuando saliendo de sueño agitado al terminar la noche alcanzó á divisar la última estrella que caía hundiéndose en horizonte obscuro. Desechando siniestros augurios, bien cerca abordaba al mismo viejo muelle de piedra por que as-

cendiera los primeros peldaños de su gloria en 1777, encaminándose á la casa de Gobierno.

Muy de madrugada, aún no había pedido el chocolate en la cama el viejo Cisneros, cuando el oficial de guardia le despertó azorado.

—Ahí está Liniers.

—¡Cómo! ¿Se divisa del muelle?

—Más acá, señor.

—¿Está ya en la playa?

—Más aquí.

—La guardia á formar. ¿Va llegando á la plaza?

—Más inmediato.

—¡Mis pistolas, ligero! ¿Trae mucha tropa? —y ceñíase su rota espada de Trafalgar.— ¿Dónde, pues?—abriendo la puerta para dirigirse á la sala, en medio de la que, cuadrado y haciendo la venia militar:—Aquí, excelentísimo señor, y á sus órdenes,—contestó Liniers avanzando al caer el penúltimo Virrey en los brazos del postrero, de quien en sus primeros años había sido subalterno. Lealtad de corazón no engaña. Elío aconsejaba el fusilamiento de Liniers. Los partidarios de éste que impidiera el arribo de Cisneros.

IV

Los buenos ejemplos contagian. A mil leguas distante pocos años después el penúltimo virrey del Perú vacilaba. En la capital de la Ciudad de los Reyes, Abascal fué incitado á colocar sobre sus sienes la corona de los Incas, puesto que la de España acababan de precipitar su pérdida reyertas domésticas entre el padre y el hijo, por lo que el Espíritu Santo, ó más propiamente el espíritu maligno de la mismísima princesa Carlota, desde el Brasil pretendía la corona, caída sucesivamente de Carlos, de Fernando, de Bonaparte, sin encontrar propia medida donde encasquetarse. Asegúrase que Carlos IV le ordenó desobedeciese á su hijo; José Bonaparte le brindaba honores, y la ambiciosa Carlota le mandaba plenos poderes. Al noble anciano no deslumbró el brillo de una corona. Con lágrimas en los ojos cerró oídos á la voz del que ya no era rey, despreció indignado los ofrecimientos del invasor de su patria y llamó respetuosamente á su deber á la hermana de Fernando. La población de Lima esperaba con la mayor ansiedad el día destinado para jurar á Fernando VII, pues nadie ignoraba las encontradas intrigas que le rodeaban, la gratitud que Abascal sentía por Carlota, y la amistad que le unía

á Godoy. El anhelo general en Lima era la independencia bajo el reinado de Abascal. Nobleza, clero, ejército y pueblo lo deseaban y lo esperaban.. Las tropas formadas en la plaza, el pueblo apiñado en las calles, las corporaciones reunidas en palacio aguardaban una palabra. En su gabinete era vivamente instado por sus amigos. Hombre al fin, sus ojos se deslumbraron con el esplendor del trono, y dicen que vaciló un momento. Pero volviendo luego en sí, tomó su sombrero y salió con reposado continente al balcón del palacio, y todos le escucharon atónitos al hacer solemne proclamación de Fernando VII y prestar juramento al nuevo rey.

Un grito inmenso de admiración y entusiasmo acogió sus palabras, y el rostro del anciano se dilató con el placer que causa *la conciencia del deber cumplido*, placer tanto más intenso cuanto más doloroso ha sido vencer para alcanzarlo la flaca naturaleza de la humanidad.

Tal le perfila el literato peruano señor Lavalle, biógrafo de Abascal. Este tuvo que dar sólo un paso y asomarse al balcón. El virtuoso Liniers virrey de quien tomó ejemplo aquél, hizo algo más: cerrando los oídos al pueblo que le aclamaba, cruzó el Plata cuán ancho es en su dilatado estuario, para entregar su autoridad al recién venido sin autoridad mayor.

V

Muchos áños habían transcurrido.

Cierto día nos encontramos frente á Liniers contemplando lo que había sido cincuenta años después de su muerte, y más singular, en el momento de su último naufragio, pues el que llegó á la cumbre de la gloria en Buenos Aires, fué tan desventurado hasta después de sus días que, muerto, se fué al agua.

En otra noche de plena luna cual la en que navegaba la de sus sueños en el Plata, surcábamos el Paraná acompañando la diputación de Buenos Aires que se dirigía al Congreso en la ciudad de aquel nombre. Sumamente crecida, la corriente era tan rápida que al choque violento de la primera lancha de tierra, fuése al río negro bulto que pasando rápidamente á popa del vapor apenas alcanzamos á distinguir. Cuando momentos después regresaba la urna pescada, supimos contenía los restos del general Liniers y sus compañeros muertos en Cruz Alta. La comisión presidida por don Juan Barra y el cónsul de España en el Rosario, según Fillol, conducía las cenizas de Allende, Concha, Moreno y Rodríguez, jefes levantados en armas contra la revolución de

Mayo, y de Liniers, cuya popularidad acaso hubiese retardado la emancipación.

Uno de los congresales de Buenos Aires, el poeta Mármol, exclamó de improviso cuando se le dijo que todos los españoles se habían ido al agua.

—Estos godos protestan, aún después de cincuenta años de muertos, viajar en compañía de los hijos de la tierra que dió en tierra con los que se opusieron á su independencia.

Era aquella noche del 20 de Marzo de 1861. En esa misma hora caía en ruinas la ciudad de Mendoza, desapareciendo por espantoso terremoto, cuyas vibraciones se prolongaron á los confines de Buenos Aires, llegando á sospecharse que la inmensa oleada que produjo el choque y casi naufragio, últimas ondulaciones fueran de los estremecimientos del Andes al Paraná. Más tarde, en el silencio de media noche, descendimos á la improvisada capilla ardiente para honrar las cenizas de los que el general Concha, ministro en el gobierno de Isabel II, había solicitado repatriación del presidente de la República, doctor Derqui, quien se apresuró á decretar honras debidas á su rango. Y en verdad que dignos son de recordación los méritos del «Virrey de las vacilaciones».

VI

Su biógrafo español repite: «Tiene Liniers el carácter honrado y lleno de honor. No conoce el miedo, pero sin firmeza de carácter ni el vigor que se necesita para mandar. Su pasión dominante es la de hacer bien. No tiene un real, ni es capaz de guardarlo. En toda circunstancia se ha comportado en calidad de nobleza y leal caballero. Este valiente soldado que carecía de las grandes cualidades del mando, retrocedió con timidez ante el ancho camino que se le ofrecía, y siendo el árbitro de la situación se resignó á obedecer humildemente. Siempre en perpetua vacilación, á poco de oficiar á la Metrópoli: «aquí se necesita un Virrey lleno de energía y probidad, y sobre todo que venga con dos regimientos de tropa veterana», cruzó el Plata á prestar acatamiento al viejo inválido de Trafalgar, que sólo traía un ojo y un oído escaso para percibir todos los ruidos subterráneos de chamusquina revolucionaria, con más achaques y veleidades y tan blanduzco de espíritu, que al anunciársele Liniers, pregunta tembloroso: ¿Viene sólo?—Solo llegaba acompañado de su lealtad!»

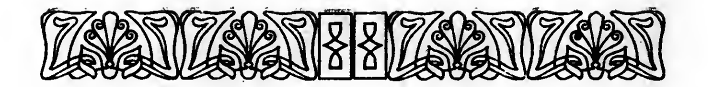
Confirmó hasta su muerte la virtud de título con qué fué agraciado.

Nos refería en Madrid, no hace muchos años, el señor conde don Santiago Liniers (sobrino), que de allí le expidieron título de «Conde de la Lealtad» cuando nuestro Cabildo le impidiera usar el de «Conde de Buenos Aires» que él había elegido.

¡Infortunado reconquistador! Antes que su biógrafo español advirtiera de menos en el lugar solitario, testigo de la hermosa muerte de aquel hombre de bien, una lápida que recuerde su nombre y su vida, nombre que escribir debieran con emoción profunda, juntas las manos por efusión generosa, la piedad argentina y la gratitud de España, ya había escrito nuestro gran historiador Mitre:

«Fué un bravo francés que se ilustró entre nosotros como el primer caudillo militar que nos condujo por primera vez á la victoria, al ensayar las armas con que conquistamos la independencia, siendo por la fatalidad de los tiempos la primera víctima inmolatoria de nuestra revolución. ¡Gloria es debida al héroe franco-hispano-argentino. de la reconquista y de la defensa de Buenos Aires! Sobre su tumba pueden darse el abrazo de fraternidad españoles y argentinos, y honrar juntamente la memoria de un hijo de la heroica Francia».

¡La heroicidad y el martirio son de reconocimiento universal!



Niño patriota

El amor á la Patria es más sagrado
Que el amor que te debes á tí mismo;
Estudiadlo en tu nombre, que en él tienes
Modelo que imitar de patriotismo.

EL DR. GRANEL AL AUTOR.

I

Eran Juan y Juanito los niños de más hermosa letra entre los numerosos de la mejor escuela de la época y ésta, la que dirigía don Francisco Argerich, de familia tan honorable de que salvo gran número de médicos, abogados, militares, contadores y hasta canónigos de campanillas dió, desde antes de nuestra nacionalidad.

Ubicada el año de nuestro cuento en la primera cuadra de la antigua calle Reconquista (hoy Defensa), en ella se codearon Lavalle, Rozas, Córdoba, Riglos, Peña, Lezica y otros que lue-

go descollaron, ya por sus virtudes ó maldades, como «Juan el Malo» tras «Juan el Bueno», derramando éste toda su sangre por fundar una Patria independiente, y aquél la de sus conciudadanos para cimentar su despotismo; el Capitán General Concha, que rindió la vida por su rey, y Concha «el cruel», así apodado el futuro capitán general en la Habana, á la sazón de los más grandulitos, servía de poste de ignominia, sosteniendo sobre sus espaldas, el niño sentenciado en azotaina diaria:

Al rincón
Quita-calzón.

Sentíase comezón revolucionaria ardiendo desde años atrás en el virreinato y toda América, contaminando y propagándose hasta los bancos escueleros.

Virreinaba en el Perú por esos tiempos aquel gallardo granadero, Abascal, que sin más padrino que su buena estampa,—cautivó las miradas de Carlos IV. Observando éste al pasar en la carroza real el tesón con que disciplinaba sus soldados, de Capitán le ascendió á Coronel, de Madrid á México, y de allí á Virrey en el Perú. Bien que tal favorecido de la fortuna y de su Majestad, se cita como uno de los modelos de virreyes honrados.

Cierta noche que jugaba fuerte entre palaciegos, cayó sobre la mesa de tresillo, sin saber qué tapada lo arrojàra por la ventana, papelito revolucionario que le maltraía sin sombra, por más de haber sido poco asustadizo en sus mocedades.

Tantas y tan repetidas correspondencias llovían como goteras en casa vieja, interceptadas por Cochabamba, Potosí, La Paz, el Cuzco, Quito, Caraças y sobre todo el Plata, que á punto de convencerle estaba de que el nido debía hallarse por esos barrios.

—No hay más,—se dijeron,—allá anda el «busílis», funcionando la máquina revolucionaria. ¡Chamusquina mayúscula, peor que la inquisitorial, habrá en la Plaza Mayor para el primer autor que se atrape de tales misivas!

Y al fin cayó uno. Le sorprendió el Mariscal Nieto, que lo era de su abuela la tuerta, como biznieto era de su tatarabuelo. Lo mandaba el Virrey de Lima, descubierto en Chuquisaca, ciudad á la que arribara con algunos patricios engañosamente conducidos.

Antes que él habían llegado Arenales, Monteagudo y otros activos chisperos de la revolución emancipadora.

De esa Universidad doctoral acababan de salir graduados in utroque: el doctor don Mariano

Moreno, don Manuel Ortiz, don Vicente Anastasio Echevarría y otros hijos de Buenos Aires, los que se costeaban á lomo de mula desde aquí á estudiar en la Universidad más vecina, distando apenas mil setecientas cincuenta millas, como el doctor Vicente López y Planes que recibió las borlas doctorales sobre su sahumado uniforme de capitán de Patricios, vencedor de los ingleses, cantor de las primeras glorias argentinas, como después por su ejemplo y entusiasmo viva personificación del «himno de la patria andante».

¡Cuántos de los escueleros que siguen con fastidio el diario caminito de unas cuadras á la escuela, se encontrarían hoy dispuestos á viaje tan lleno de peripecias, ávidos de ciencia!

II

Entre paquetes de cruces, escapularios y novenas, se atrapó una de clara letra y de más claro espíritu revolucionario, que clarito rezaba:

«Ya somos grandecitos. Trescientos años de tiranía se cuentan dobles, como en frontera. Edad tenemos para gobernarnos y tiempo es nos dejemos de andadores. La América es de los americanos, como España de los españoles. Recordad que si los tiranos aparecen agigantados, es sólo cuando los vasallos siguen de rodillas. De pie,

y erguidos, á la misma altura lleguemos. Sacudamos el pesado yugo. Si con Tupac fuimos vencidos, fué por falta de unión. Que de la Tierra del Fuego al Golfo Mexicano se oiga sólo un grito: Libertad!»

Estas palabritas mal sonantes en catilinarias por el estilo, repetía el papelito sorprendido que con otros, bajo sobre, recibió el 3 de Febrero de 1810 el Virrey Cisneros, del de Abascal, transportado en cien días á toda carrera de Lima á Buenos Aires.

El Virrey del Perú encargaba «muy mucho», como suena en la sierra, seguir la pista con suma cautela hasta descubrir el autor del libelo substraído al correo del Alto Perú y en momentos que á Nieto daban tanto trabajo «coyas» y revolucionarios.

En esquinas, postes y canceles fijáronse carteles ofreciendo alto sueldo, al escribiente de mejor letra, que se presentara.

¡Ni uno! Todos eran garabatos de cartulario y patitas de mosca. No se encontraba casi, casi, como al presente, plumífero de buena pluma, ni escribano que supiera escribir; apenas medias *plumas*, sin ser del barrio de las Magdalenas que tenían barrio propio, no como al presente ubicadas en los más centrales.

Oidores y Cabildantes, oficiales, alguaciles

y ministriles, chamuscábanse las pestañas por descubrir la incógnita.

Quién será... Quién no será! Adivina, adivinador!

Que el papelito partiera de aquí no había duda. No solamente era grueso, feo, ordinario, como el escaso que de España llegaba, cuando llegaba, sino que aun la fecha estaba groseramente tergiversada: «Buenos Aires tomen ustedes», empezaba, acabando con la simulada exclamación «¡Santa María purísima!»

¿Quién no descifraba de corrido: «Puerto de Santa María de Buenos Aires»? El seudónimo era más intrincado, pero fuera Juan ó Diego, de aquí se había expedido.

Por vencidos dábanse, cuando casualidad «rosarina» colocó al Inquisidor sobre la pista.

De misa mayor salía compungido y persignándose con agua bendita de la iglesia de Jesuitas el testarudo fiscal Villota, doctor de campanillas, quien con gerundiana elocuencia pretendía confundir á los doctorcillos de la Revolución que empezaban á embrollar la lista.

A descender iba del cancel al pretil de San Ignacio, cuando á curiosidad llamóle blanco papel, recién pegado, que en hermosa letra se ofrecía buena gratificación al alma caritativa, que á más de serlo, fuera también honrada y quisiera

entregar en la sacristía un grueso rosario con «paternosters» de oro, que en la última azotaina y tinieblas de maitines se perdiera.

Limpiando el caviloso fiscal sus viejas gafas:

—O mucho me engaño,—se dijo, arrancando el aviso,—ó es la misma letra que la del papelito insurgente.

Y doblándole lo echó al bolsillo!

... ...

A primera hora acudía á la audiencia cotejando con el oidor Caspe los dos manuscritos y encontrando ambos similitud tal, exclamaron satisfechos:

—¡Ya apareció aquello!

Llega Leiva, síndico del Cabildo, y apenas nota semejanza; viene el alcalde Lezica y la encuentra menos.

¿Pero de quién será la letra?

¡Sin duda de su autor!

Cítanse calígrafos para el cotejo. No existian. ¡Qué habían de encontrarse en tiempos que se vendían hombres (esclavos) pero no libros, pues que no había, ni necesidad de otros que Astete, Catón cristiano y la Novena de Santa Bárbara bendita, seguida del trisagio para alejar truenos y tempestades.

De investigación en investigación por el hilo se sacó el ovillo y entre curas y sacristanes se

aclaró que el rosario en mal hora perdido, pertenencia era de la señora Lezica, que el plumífero escribiente de tan importuno aviso su propio sobrino, el niño Juancito, y que donde tan linda caligrafía y otras lindezas se enseñaban la escuela de don Francisco Argerich.

III

El fiscal inquisidor hizo llamar ante la audiencia al niño, y entre elogios y halagos dictándole la misma frase: «Cansados estamos de amos y tiempo es ya de que cada uno mande en casa», púsole frente al reciente dictado la carta devuelta por el virrey del Perú.

Tan semejantes aparecían que al ser interrogado Juan Buatista ni pestañó, como en su vejez acostumbraba.

—¿De quién es esa letra?

—No sé.

—¡Pero... es la misma!

—Parecida, sin duda.

Y de ahí no pasaba, ni salía de sus trece.

Hubo conciliábulo, y el señor don Francisco de la Peña volvió á llevar su hijo, y el alcalde Lezica, su tío, le apadrinaba y Rivadavia recomendaba al niño: «Cuidado con decir nada», y el otro Francisco Argerich iba y venía sin que se le pe-

gara la camisa al cuerpo, con cerote mayúsculo que los causados por su palmeta.

Entre ellos, Villota y Caspe, celebróse segundo conclave, donde oidores y ministriles con dulces promesas primero, y amenazas finalmente, volvieron á interrogar al niño de la buena letra.

Confiesa, niño. ¿A tí te han hecho escribir esto? Serás inocente, pero...

Y el niño, enérgico desde la cuna, como lo fué toda su vida de honradez y patriotismo á la antigua, nones que nones:

—¡Esa no es mi letra!

Y recaditos van, y consejos vienen, y por fin dice el tuerto Virrey al miope de su secretario:

—Si la letra es la misma y no hay modo que declare, aplíquesele el principio del propio maestro: «¡La letra con sangre entra!» Después de la azotaina confesará. ¿Quién le mete á jeroglíficos comprometedores?

No hubo más. Por tercera citación comparecieron padre, hijo y espíritu santo; es decir, el señor de Lezica, el marido del rosario ó de la tía Rosario, á mal tiempo perdidosa, del que le había regalado el reedificador de la iglesia en Luján.

Nada que sospechar dejaba niño tan formalito. Menos el señor don Francisco de la Peña, español seriote, grave, y más godo que el rey que, como el otro, ignoraba ser llamado para presen-

ciar azotaina de vástago. Entre Panchos anda el juego.

—Confiesa niño, la verdad,—repetíanle al subir con él de la mano la ancha escalera del Cabildo.

Y la verdad declaró.

Lelos quedaron todos y asombrado el padre, cuando al ser por última vez interrogado:

—¿Es de usted esta letra á la suya idéntica?

—Sí,—contestó Juan Bautista.

—¿Dónde la ha escrito?

—En la escuela.

—¿Quién le mandó escribir?

—Señor maestro.

—Anote el Notario.

—¿Cómo se llama su maestro?

—Don Francisco Argerich.

—¿Dónde vive?

—Reconquista, número 70.

—¡Alguacil!—ordenó el magistrado.—Vaya usted, é inmediatamente conduzca aquí al maestro Argerich.

... ...

Por mucho que volaron corchetes y alguaciles, antes había volado el pájaro, y á la sazón, viento en popa, sin detenerse en Montevideo, iba Argerich muy de prisa por esos mares de Dios á toda vela, sin parar mientes al Brasil, de dónde

sólo regresó cuando nuestros padres ya tenían patria.

¿Qué había sucedido? Pues nada: que halagando á Juancito, el señor Argerich hacía copiar por su discípulo de mejor letra cartas, proclamas y toda la correspondencia que Rivadavia, Moreno y Belgrano propalaban, incitando á la emancipación á los patriotas del Alto Perú, y cuando llegóse á sospechar allá que los cabecillas anduvieran por acá, bajo pena de azotes, que aun sin prometer muchos daba, conjuróle Argerich al más riguroso secreto sobre el papelito extraviado.

Azotes por azotes, comprimido el niño entre dos azotainas, y desconfiando el maestro de la frágil infancia advertido por Rivadavia cuyas amistades en la secretaría del Virrey teníanle al corriente de la investigación, aconsejó á uno pusiera pies en polvorosa, aviso que no se hizo repetir, y al otro, confesara la verdad cantando de piano, pues ya no habría peligro ni para el inocente copista.

En verdad, empezaba siendo mucho niño, el que bien pronto fué mucho hombre en todas las circunstancias, tan olvidado patricio. Ministro, presidente del Banco, de la Municipalidad, de asociaciones de crédito, senador, comerciante, hacendado, no fué de esas reputaciones de vidrio de aumento, sino por el contrario, de las que cre-

cen y se acentúan con el tiempo, pues que á larga distancia se recuerda con aplauso su múltiple actuación.

Desde sus primeros pasos los dió con la firmeza que procedió toda su vida en el recto camino del deber y el patriotismo. La economía proverbial del señor Ministro de Hacienda don Juan Bautista Peña y Lezica puso coto á muchos despilfarros de la hacienda pública.

No reconocía más que una moral y como hombre público y particular fué hombre de bien y honrado á carta cabal. La misma diligencia observaba en la hacienda pública que en la propia, preservándola de sus perseguidores y tantos que de puros patriotas nos van dejando sin patria. Alguna vez se le criticó de excesiva estrictez, quedando como adagio: «Más económico que don Juan Bautista Peña».

Pero si no supo despilfarrar los dineros públicos, ni empeñar al Estado en onerosísimos empréstitos, supo sí hacerlo prosperar sin salir del presupuesto.

... ...

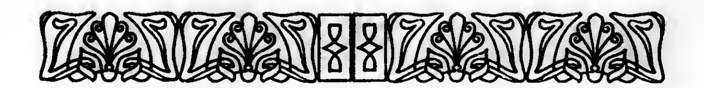
En la tarde de su vida, refiriéndose candorosamente sus primeros tímidos ensayos de revolucionario novicio, terminaba su relato:

—«En verdad que la primera sangre á punto

de correr en esta plaza en vísperas de la Revolución de Mayo, fué la de mis nalgas».

Si quedaría bien sentado el señor Ministro de Hacienda, don Juan Bautista Peña, sobre sólidos principios, cuando desde muy niño defendía el secreto confiado hasta exponer en inminente peligro «el de sentarse».

Fué todo un carácter, y el recuerdo de este digno ciudadano, tan lleno de virtudes y valor cívico, perdura en la generación que le sucedió, por lo que á los cien años de su primer servicio exhumamos para propios y extraños sus reminiscencias como dignos ejemplos á seguir.



Baile bajo el bombardeo

(1811)

Cuando las primeras argentinas celebraban los albores de la emancipación nacional, arrojados marinos de contrabando bombardeaban sin previa intimación, bien que ella fuera inútil, no plaza fortificada, sino esta Ciudad siempre abierta, que nunca opuso más murallas que el pecho de sus defensores.

I

Fachada de antigua casa colonial, obscuras tejas asentadas en duras maderas del Paraguay, que muy poco hace cayó bajo el martillo del rematador, y casa de remates en sus postrimerías, de uno de los descendientes de su fundador, tan honorable y activo como el señor Llambí, era la

penúltima, en la segunda cuadra de la calle San Martín, nombre que conmemora el Patrono de esta ciudad, y casa que recuerda al general que llevó más lejos el triunfo de la Revolución. En ella encontró su cara mitad el gran Capitán, pero nó allí anidó, que las águilas sólo anidan en las más altas cumbres.

Llamaba la atención el ancho balcón saliente sobre amplia puerta de escalón alto, dando paso al zaguán, á cuya derecha abría puerta de umbral. Por ambas penetraron lo más elevado, notable y granado, así en damas como en caballeros, que en cien años pisaron las calles de esta ciudad. Antesala á media luz, recibía la suya del gran salón siguiente, y al exterior, de ventana á la calle de empinada reja, ferretería toda de Vizcaya, como en las casas del Consulado y siguientes hacia la Plaza Mayor.

¡Cuántas veces los niños que concurrían á la escuela de don Rufino Sánchez en vetusta casa á la vuelta, cuyos sótanos ocultaron luego la Logia Lautaro, una de las tantas del señor de Velazco, propiedad del rico padre de madama Thompson, se detenían embobados, sin que el negro esclavo consiguiera hacerles seguir, contemplando con la boca abierta el lujo que se entreveía por la ventana!

Ese largo y angosto salón, profusamente ilu-

minado, y el gran comedor que encuadraba el patio, bajo artístico artesonado, ostentaban el esplendor de una antigua familia, profusión de adornos de buen gusto y maciza vajilla de plata del Perú, trabajada á martillo por hábiles coyas en Potosí.

Desde aquel improvisado mirador de escueleros, al pasar divisábanse espejos venecianos sobre pequeñas mesas doradas, pata de cabra; tapices de damasco color de oro, como los cortinados cubrian todos los muros; gran araña central de cristal pendía del alto techo, y en repisas y rinconeras, perfumando con las exquisitas pastillas, confección de monjas vecinas, pebeteros y sahumadores del mismo metal, elevándose el estrado dos tramos en el testero principal, y á su frente cuadro de la Pura y Limpia Concepción. Descollaba en su escudo el guerrero que, espada en mano, escalaba el castillo del Moro, exclamando: «¡Escalada está la torre», de cuyo grito de triunfo tomó nombre su descendencia,—primorosamente bordado en rico tapiz, enviado de Cataluña á nuestro último alférez real. Destinado luego para alfombra al pie del estrado, cubrió su centro un paño blanco para no pisar las armas de la casa.

Este salón, como su ancho comedor, de mantel largo permanente, fué frecuentado á diario por los últimos conspícuos del virreinato y los

primeros prohombres de la nueva época, agasajados con igual cortesía de la alcaldesa, coadyuvada por la primogénita de su marido el señor don Antonio Escalada, quien nunca le trató como hijastra.

De aquí salió don Mariano Moreno para su destierro disimulado, y más tarde Rivadavia á su proscripción sin término. Del umbral enfrente saltó al caballo de guerra el que fué dejando jirones de gloria en las malezas de los campos de San Lorenzo, Chile y el Perú, como en ese balcón asomaba echando bendiciones á sus vecinas y cuantos pasaban, *urbis et orbi*, el primer Arzobispo, antes de serlo en la Metropolitana argentina. Más breve enumeración sería la de los que no pasaron, que de los que en hogar tan hospitalario, nacionales y extranjeros, estrecharon sus manos y sus afectos en la antigua dignísima mansión de los hermanos Escalada.

En cuanto á bellezas de la época, parece que la dueña de casa no admitía feas ó medias tintas, sobresaliendo flores más donosas, como pimpollos de *bouquet* en primavera, las niñas de la casa y éstas eran tantas, que sólo con las de la familia podía formarse baile de primas y primitos.

Estrado frecuentemente concurrido por las señoras de Riglos, Irigoyen, Igarzábal, Pueyrredón, Sáenz Valiente, Lasala, Ibarrola, del Pino,

Castelli, Tellechea, Sánchez, de la Quintana, bajo él, diseminábanse en corrillos, *sottovoce*, á lo largo de la sillería en hilera arrimada al muro, señoritas de Rubio, Oromí, Balbastro, Barquín, De María, y Encarnación, Trinidad, María Nieves y Remedios Escalada: las jóvenes en las sillas más bajas, los caballeros en las de más alto respaldo.

Esta última había dicho en noches anteriores, al salir los contertulianos de malilla: «No olvide decir á su hijo que no falte el *quince*. Después del rosario daremos unas vueltas.» Y es por tal secretito conspirador, en confidencia á cada uno de los que salían, que tiesos señorones de todas las noches, Escalada, Azcuénaga, Larrazábal, Casamayor, Luca, Aguirre, rodeados se encontraron de jóvenes que iban entrando: Olazábal, Rubio, Rezábal, Necochea, Riglos, Oromí, Barquín, paseándose impacientes por el patio, mientras concluía el interminable rosario, cuyas jóvenes devotas, al través de las rejas de la ventana del aposento, dirigían furtivas miradas con mayor devoción á los percundantes, por descubrir cada una si llegaba su cada cual.

Más de una noche de infaltable malilla, en que la juventud bostezaba por los rincones, mientras viejos discutían su tresillo, había acabado en baile improvisado, al volver del café á la vuelta

algunos jóvenes, pero aquella noche estaban en auge sala, salones y comedor, si bien no se trataba de gran baile, pues los más entusiastas seguían la danza y contradanza por Cotagaita, Suipacha y lejanos campamentos.

De blanco y celeste ellas, vestidos de medio paso, y ellos pantalón corto, no en los estrechos giros del vals agitado, sino en ceremoniosos saludos del rigodón, apenas los caballeros tocaban dos dedos de la parte contraria, al compás del clavicordio ejecutado por Thompson, más hábil aficionado, mientras iban á llamar al maestro Parera á Catalanes.

Y pasada la primer contradanza de respeto en que tomaban parte personas mayores, en vueltas y revueltas, paseos y paradas, desgranábanse jóvenes parejas diseminándose en alegre charla por salas y antesalas. El rigodón no había llegado á su última figura, cuando á un ¡cataplúm! estrepitoso, si no cayó cada dama en brazos de su pareja, sin duda porque el bien parecer sobrepuso al terror, sí, se estremecieron fuertemente todos los cristales y hasta las bujías de cera temblaron en la araña por estruendo espantoso, al que siguieron otros cuarenta.

Al segundo cayó de bruces el negrito que entraba al salón con la bandeja de plata, rodando jícaras y platillos, que si no dejaron ruedos color

chocolate, fué porque se usaban cortos vestidos para lucir zapatito liliputiense, y entrelazadas cintas sobre medias caladas.

Al tercer estampido no faltó timorata que exclamando «¡Jesús María!» acudiera á ella don Jesús María Monasterio, y la pálida beldad á postrarse en oración ante el cuadro de la Vírgen de Belén, que adornaba el dormitorio de madre señora, cuadro que era de historia.

Y como los cañonazos seguían, refugio fué este de danzantes y también arrodilladas alrededor de la tarima al pie de la cuja, cuyas anchas cortinas recogidas dejaban ver abrigos y tapados revueltos y amontonados sobre el amplísimo lecho.

Para no dejar en Belén á curiosa lectora, como las del baile improvisado, encomendándose á la Virgen de ese nombre, referiremos su origen, cuya tradición ha continuado hasta nosotros sino el cañoneo del baile bajo las bombas.

II

Años atrás, con malos vientos, navegaba el señor don Ignacio Bustillo Ceballos (abuelo de doña María Gertrudis P. Ceballos, madre ésta

del futuro Arzobispo de ese nombre), cuando mandado arrojar carga al mar para aligerar la nave, lo único que por su persistencia consiguió salvar fué una caja que contenía artístico cuadro, copia de la milagrosa imagen «Nuestra Señora de Belén», venerada en el hospital de Antón Martın (Corte de Madrid). Colocada ésta como piedra angular de la iglesia del Susto (San Telmo, en el alto de San Pedro), que por el susto de inminente naufragio fundó ese caballero montañés, vecino de esta ciudad, la familia Escalada tenía en gran veneración una copia como antiguo cuadro de familia venerado en tres generaciones.

... ...

Cuando la mayor zozobra y tribulación acrecía, entró el negro del farolito para la retirada, á aumentarla todo azorado, gritando:

—¡No es nada, mi amita, son los godos que están desembarcando!

La alegría, expansión del alma, la dicha, el regocijo, la danza, como la de las horas de la vida, cuán rápida pasa! Celoso el sufrimiento sigue de cerca, acechando oportunidad de atrapar su presa que es segura. Somos hijos del dolor; apenas desertamos de su presión, caemos de nuevo bajo su garra. Libamos júbilo, ráfaga fugitiva que huye dejándonos un sabor amargo. Tal en

el cuadro de confusión seguido al de las cuadrillas.

Militares y ciudadanos salieron apresuradamente al Fuerte y cuarteles inmediatos. Los dueños de casa mandaron apagar luces y trancar puertas y ventanas, o fuera á filtrarse algún godo exaltado de los que habían puesto señales á la escuadrilla de la otra banda y las empiringotadas á quienes no indigestó el chocolate del baile que acabó á cañonazos, siguieron rezando trisagios, Pater noster y Ave Marías, haciendo coro á la devota patricia quién más pronto se repuso, en época de sobresaltos continuos:

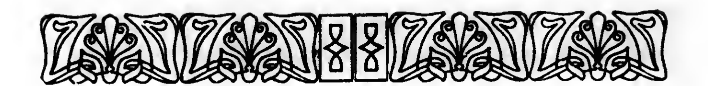
Agrega cronista verídico:

«En la noche del 15 de Julio de 1811, los vecinos de esta capital sufrieron los estragos de un bombardeo, dirigido desde el canal interior por cinco barquichuelos á órdenes del comandante Michelena, arrojando cuarenta bombas y algunas balas rasas, que ocasionaron desgracias y estragos consiguientes.

«Algunos vecinos, asustados por tan furibundo ataque, salieron con sus familias á medio vestir ó con lo puesto, buscando salvación en los campos vecinos .En las calles todo era confusión

y alboroto, hasta que cesó el fuego, bombardeando abierta ciudad indefensa, sin preceder intimación, contrario á todos los procedimientos de la guerra».

Así acabó á cañonazos el baile en la histórica casa del señor Escalada la noche triste del 15 de Julio de 1811.



Manumiso

(TRADICIÓN DEL AÑO DE LA LIBERTAD)

La libertad es aspiración innata en todo ser.

I

«Vale un negro con pito»—«con pito y todo», —era la expresión de mayor asombro en la época que cada una de esas lustrosas muestras de ébano se adjudicaban en pública subasta, á voz de pregonero, bajo los portales de las Casas Consistoriales, en ciento sesenta pesos pieza, y doscientos si la madre iba con cría.

¡Alguna vez había de valer la mujer más que el hombre! La vanidad impide reconocerlo. ¡En cuántas ocasiones es superior la que nos dió la vida, y aquella en que la prolongamos!

No siempre Angolas y Mozambiques tuvieron con qué comprar un cachimbo. Alcanzando, por excepción, ser dueño de sí mismo, nada poseían. El negro que tradicionamos, si bien se pagó en almoneda su precio en plaza, por su conducta y corrección, su habilidad, laboriosidad y virtudes, valía más. Nunca dejó de usar la faz tiznada con que viniera á la vida, pero demostró alma más blanca al salir de ella que muchas rubias pecadoras ó arrepentidas. Testó muchos teneres, en posesión aún de nietos de sus amos. No le alcanzamos, pero nos alcanzaron sus cuentos... y sobre todo sus cuentas, de cuánto adquirió y aumentó, comprobando éstas su generosidad y filantropia en obras de beneficencia que perduran, cual semillitas de selección en heredad hábilmente plantadas.

II

Concluídas las fiestas de San Benito el último año del siglo XVIII, más sonada que otras, por la negrería del barrio de los tambores, y en la Capilla de San Roque, con cantos y gangolina que convertían la procesión en verdadera merienda de negros, saliendo entre la multitud devota que se desgranaba por las gradas del pretil de San Francisco, descendían tres vejetes de los muchos

González que poblaban el vecindario. Ellos seguían su habitual paseo y murmuraciones hacia la calle San Martín, que toda la presuntuosa aldea era de santos, al menos en sus calles, descansando de larga caminata al pie de la cruz en la barranca de San Sebastián, mojón del término fijado desde la primera repartición de solares por Garay.

Honrados vecinos de un barrio eran González Rivadavia, González Balcarce, Belgrano González, á la sazón acompañados de un otro Beruti, también González por entroncamiento, españoles unos, si bien los dos últimos procedían de Italia, continuando su paseíto de tarde, envueltos en amplias capas de paño onceno color pasa, por el *Retiro de los ingleses* hasta la quinta de Basavilbaso, donde acababa de desembarcar la última partida de negros.

Al través del corral, palizada á pique, formando corros en la *barraca de los esclavos*, veíase apeñuscamiento de éstos, amontonados como moscas, en promiscuidad de sexos y edades, tomando el sol, única cosa que se les permitía tomar por ser gratis todavía.

Fijándose Beruti en la vivacidad de movimientos y locuacidad de un negrito tan pobre que ni llama tenía, y al que después dió nombre, libertad y habilitación, sin esperar al lunes del re-

mate lo solicitó en compra particular, y previo prolijo reconocimiento de integridad, sano de lomo y planta, según examen del veterinario, convino su traslado inmediato.

III

He aquí uno de tantos que sin propia libertad derramó su sangre por la de otros. Cual el ciego de nacimiento que tanteando puertas y ventanas da á otros luz que no conoce, esclavos, alcanzaban para sus amos la libertad que no habían conseguido para sí.

La última tarde de 1812 veteranos del rey defendían el Cerrito en Montevideo fortificados en su cumbre, que el general Rondeau ordenara desocupar. Rechazado el primer ataque, el segundo llegó á media cuesta, cayendo Pablo en montón de heridos. En el momento supremo el Comandante Soler, aproxímase recogiendo su fusil, se cruza el vericú, y proclamando el diezmado batallón, sube el primero con sus valientes morenos, posesionándose definitivamente del *Cerrito de la victoria*, así denominado por tal hazaña.

«Tomá asúca»,—repetía con sus compañeros, exhortándoles el vehemente Soler á que triunfaran, pues si caían prisioneros, destinados serían

á los ingenios del Perú. A los gritos del futuro general: «¡Viva la Patria!» contestaban negros bozales bayoneteando godos: «Tomá para azucar».

Aun no había llegado el día suspirado de su libertad, pero clareaban los esplendores del alba feliz. En vísperas que el General más joven llegó á ceñir la banda de tal, su ayudante cuidaba al inválido, como en otra ocasión cerró Pablo las heridas de Beruti.

Un mes apenas transcurriera cuando don Carlos Alvear, Presidente de la Asamblea Constitucional, pronunció estas sublimes palabras:

«Siendo un desdoro, como ultrajante á la humanidad, el que en los mismos pueblos que con tanto tesón y esfuerzo caminan hacia su libertad, permanezcan por más tiempo en la esclavitud los niños que nacen en todo el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ordenamos sean considerados y tenidos por libres todos los que en dicho territorio hubieran nacido desde el 31 de Enero de 1813 inclusive en adelante, día consagrado á la libertad por la feliz instalación de la Asamblea General»...

Ocho años después el Protector San Martín hizo resonar este eco argentino á orillas del Rimac:

«Una porción de nuestra especie ha estado

durante tres siglos sujeta á los cálculos de un tráfico criminal. Los hombres han comprado a los hombres, y no se han avergonzado de degradar la familia á que pertenecen... Sería responsable á mi conciencia pública y á mis sentimientos privados si no preparase para lo sucesivo esta piadosa reforma, conciliando por ahora el interés de los propietarios con el voto de la razón y de la humanidad. Por tanto, declaro que todos los hijos de esclavos que hayan nacido y nacieren en el territorio del Perú, desde el *28 de Julio de 1821*, serán libres y gozarán de los mismos derechos que el resto de los ciudadanos».

No sólo América comprueba que la libertad nace en medio de borrascas, se extiende entre desórdenes civiles, y sólo dá todos sus frutos cuando llega á vieja. ¡Cuán presente debe tener el pueblo argentino, recordando al pasado, que su abuso engendra la tiranía!

Al mes justo en que cayera herido el valiente negro se dictó la ley que preparaba la extinción de la esclavatura, y tres días después, 3 de Febrero de 1813, regresaba Beruti loco de contento, triunfante y gozoso á casa de sus padres, cantando el himno que el Presidente de la Asamblea acababa de entonar.

«Inhumano es continúen esclavos los solda-

dos que derraman su sangre por la libertad de esta tierra».

Y no hubo más. Aquel rico señor don Pablo de Beruti, que no era de los godos empedernidos, y probara ojo acertado al penetrar los sentimientos de este negrito en su infancia, acabó por convertirlo en el primer manumiso celebrando la plausible declaración con tan noble acto.

IV

Retrocederemos algunos pasos, siguiendo desde sus primeros al protegido del entusiasta patriota.

Creciendo entre los niños de la familia, si no llegaba á pasar umbral de escuela á que todos los días les conducía, por su ingenio natural que pronto imitaba cuanto veía hacer, atrajo numerosa clientela en la chiquilinada del barrio. No hubo mejor fabricante de pandorgas, estrellas y barriletes, tan livianos que remontaban solos, ni talabartero en riendas y correaje para el carnerito de los niños. Activo y diligente en todo servicio doméstico como en faenas rurales, luego fiel escudero de Antoñito, el Benjamín de la familia, de tal modo se le apegó, que ocultador de las rabonas del escuelero, de sus primeras calavera-

das, aventuras y trapisondas primero, fué su guardaespaldas en cuantas pellejerías actuara, que antes y después del 25 de Mayo fueron muchas.

Llegado el día de su libertad no se apresuró hacer uso de ella, quedando como la hiedra adherida á viejos muros, fuera por amor á la casa, quizá por lo que dentro de ella germinaba. Verdad que si no tan rápidamente como el maíz de cuarenta días, ó el de guinea que plantaba para escobas, en cuya fabricación resultó tan hábil como en tejidos de esparto, canastas, esteras, secadores, etc., pasiones gemelas brotaban entre las rosas del jardín, y también entre flores silvestres de los cercos, que espontáneo es el amor en toda la naturaleza. Los de la niña de la casa crecían como los no menos vehementes de la doncella de azabache. Solicitada aquella por uno de los brillantes oficiales del mismo batallón de Beruti, prometida estaba para cuando ostentase tres galones en su manga militar, siguiendo añeja costumbre en el ejército español, que en grado inferior al de Capitán no se concedía licencia matrimonial.

La otra negra pasión, ardiente como de africana, llameaba en la negrita correveidile, por lo que agregando un *Padre nuestro* y un *Avemaría* al *rosario* de todas las noches, que el ama presi-

día frente al santo de su devoción, rodeada de toda la familia y servidumbre, á Santa Rita, para que llegara el día ansiado. Esta no tuvo que andar mucho del altar de San Benito á la Cofradía de San Baltasar,. Cercano estaba el novio dentro la propia casa, y causa era ello de continuas amonestaciones, volviendo el mate frío por la tardanza en la cocina. Quizá *in pectore* deseaba herida, aunque leve, al percundante de la amita, para que con el ascenso llegara la fecha del doble casorio. La niña Juanita había prometídole ayudar á su matrimoniamiento en seguida del propio, con el primer manumiso de la patria nueva.

V

Antaño como hogaño no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. El día que el Capitán don Venancio Ortega, hijo del Comandante don Bernardino Ortega y de doña Juana Sumetru, desposaba á una tan real moza como la señorita Juana Beruti y González, encontró entre las blondas y encajes de su canastillo de novia la *carta de libertad* para la negrita Josefa, puesta por mano propia de su hermano Luis, que como obtuvo de sus buenos padres la manumisión de su asistente, consiguió la de la novia de éste ce-

lebrando la entrada á la familia de un tan bravo Oficial.

En brazos de la negra Josefa nacieron el primogénito y el segundo de la apasionada Juanita, que no pudieron llegar á tres los hijos de su nuevo amito, pues en el asalto á la Fortaleza del Callao bala fatal le invalidó para todo el viaje.

Si activo, perseverante é incansable en todo trabajo resultó Pablo el patriota, aparejado con morena tan apropiada para un barrido como para un fregado, fregaron ambos el barrio, á punto de convertirlo por limpio y bien blanqueados todos los ranchos en que trabajaba, cual tacita de plata relumbrando de lejos.

Por aquellos tiempos, y muchos después, toda la chata y estrecha ciudad era blanqueada por negros; y de escobero, hormiguero, pocero, ganaba en todo medio honrado medios de subsistencia, al par que crecía la clientela de la mujer mazamorrera, acreditada en todo amasijo, saliendo á mercar su factura con tapada canasta sobre la cabeza.

Resultado, que con el andar del tiempo, á Dios rogando y con el mazo dando, juntaron amasijo que, creciendo y creciendo formó una fortunita. Para aumentarla, fuera por cariño ó vanidad, fué un negrito lo primero que compraron. A poco andar, sus posibles les permitieron

tener casa propia, adquiriendo *sitio* con rancho de paja, cada año más viejo, y otra hermosa higuera cada año más frondosa y productiva, como los durazneros que multiplicó. De todo ello dejó Pablo heredera á su fiel compañera de tantos años, legando á Clarisas y Catalinas, monjas y cofradía del Rosario, otro *sitio* tras la Casa de Ejercicios.

Viuda, negra tan laboriosa como su marido, llena de gratitud en los nobles sentimientos que fué criada, en vísperas de su viaje sin vuelta, testó á favor de las nietas de su ama, cuanto hubo adquirido.

VI

Escritores de fuera, pretendiendo enseñarnos mejor cosas de adentro, historian en nuestro daño lo que mal oyeron, poniendo en duda la virtud y humanidad de nuestros abuelos y la benignidad con que trataron á sus esclavos.

En esta tierra donde nunca funcionó el Santo Oficio, la Inquisición ni sus tenazas, ni se paseó otro sambenito que el Patrono de los negros, no se tenaceó á nadie, ni se plantó en panadería alguna el poste de los azotes, ni se vió por estas calles esclavos arrastrando cadena, ni tuvo que

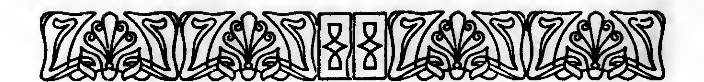
prohibirse carimba que no existió, pues jamás se marcó aquí con hierro candente el cuerpo humano, cual en el Brasil y el Perú. Se otorgaban cartas de libertad con frecuencia al nacimiento del primer hijo, ó casamiento de la niña de la casa, como el caso que referimos. Adoctrinábaseles cristianamente, y los atendían en sus enfermedades, dejando horas de trabajo libre á su beneficio, pues muchos se libertaron por ese medio. Si la Escuela del Rey nunca admitió esclavos, que peligrosos creyó siempre abrir inteligencias á la luz, en la Escuela de la Patria se inscribieron hijos de esclavos, que soldados distiguidos se mostraron, ayudando en la gloriosa obra de la independencia, correspondiendo así con hidalguía y generosidad imitando nobles ejemplos.

Esclavo hubo que manumitido por su amo, no se alejaba del techo bajo el que naciera, é iba de la huerta á los hornos de la Quinta, en el bajo de la Recoleta, abrazando los nogales que por cuidado del amo regó muchos años con leche de las vacas más gordas para obtener mejores nueces.

Otro liberto se volvió á vender para socorrer con el producto de su venta á su antigua ama, venida á menos. Se recuerda aquel generoso Oficial inglés, que curado de las heridas recibidas en el frustrado asalto de 1807, por una negra carita-

tiva, correspondiendo sus servicios con cantidad de dinero á objeto que adquiriera su libertad, prefirió pagar la de su anciana madre enferma, contestando: «Soy joven y robusta; puedo resistir todo trabajo. Prefiero conozca mi madre la libertad, aunque sea en sus últimos días!

Así como nacemos sin cadenas, deseamos vivir sin llegar á sentir nunca su peso. La libertad es lo más codiciable que hay en la vida.



¡Amigo hasta la muerte!

(TRADICIÓN DEL AÑO DE JUDAS)

Cuán dulce la amistad sincera flor preciada, más rara hoy que la del trébol de cuatro hojas en jardines modernos.

I

Ay, no tener un amigo!

¿De qué sirve pasar una larga vida de honradez, haciendo todo bien á sus semejantes, desvelarse por sus hijos, sacrificarse por la Patria, trabajar desde venir el día por cumplir sus deberes, si al fin de la jornada no queda un amigo?

Así se lamentaba, cual otros muchos que no se lamentan, un antiguo soldado de la Provincia de Santiago, puesto en capilla (en 1813) para ser fusilado al toque de diana.

Delito de deserción se le atribuía, cuando en

verdad, éste, delito de amor paternal apenas podía clasificarse.

Cierto que había salido del campamento, pero galopaba no al enemigo, ó por rehuír servicio militar; sólo daba un galopito hacia sus hijos. Para vigorizar el ejército y las escaramuzas de indisciplinados gauchos de Güemes, que magníficos guerrilleros de vanguardia estrictos eran poco en cuanto á Ordenanza, se había dado orden de que todo soldado que se alejara una cuadra del campamento fuera pasado por las armas como desertor.

Agregado á esto susceptibilidades y choques entre jefes de Divisiones que cruzaban las Provincias en marcha para el Alto Perú, y rivalidades de Borjes con Oficiales de Ocampo y Belgrano, no podían los subalternos de éste perder la oportunidad de darse el gustazo de fusilar al primer desertor ó declarado tal.

Todos los medios de solicitud hallábanse agotados. A la Comisión de notables, siguo desairada la de señoras principales, y á ésta, la de Curas y Cofradías pidiendo gracia por tan patriota y valiente soldado, como Santiago Neirot.

Pero el inflexible Jefe se mantenía en sus trece. La orden se había dado, y en capilla y confesado, con el práctico á bordo, el pobre reo liaba petates para el viaje sin vuelta.

—¡Cómo ha de ser! Suerte indina!—decía. —Lo único que siento es no dar el último abrazo á mi pobre mujercita y á mis hijos. Aunque nadie tiene la vida comprada, no era así como yo debía acabar, sino de un metrallazo al enlazar algún cañón de los maturrangos. En fin, Dios ayude á la viuda. ¡Ay, no tener un amigo...

Y en esto, interceptando la luz de la entrada cubierta con un cuero en la miserable choza, la gran silueta de un hombrazo más grande que la puerta asomó, agachándose para entrar junto al reo.

Como en la conversación repitiera éste lo antedicho, de que no sentía morir, pues que lo mismo era hoy que mañana para quien no ha hecho pacto con *la pelada*, sino el no poder ver á sus hijos, cuyo techo divisaba, contestóle el amigo, tan noble y abnegado como él:

—Para eso quedamos los amigos, y se me ocurre una cosa. Dígale al Padre que lo auxilia vaya á proponer al Coronel que yo me quede de personero hasta su vuelta, consintiendo ser fusilado en su lugar, caso de que no haya usted regresado á la hora. Si accede, salte en mi caballo y cumpla su deseo. A qué diablos sirven los amigos, sino para sacar de apuros en trances apurados!

Sea que le impresionara tan extraña propues-

ta, ó que supo el hábil sacerdote tocar el corazón del inflexible Jefe, ello es que una hora más tarde se divisaba flotando el poncho del gaucho á galope en dirección al rancho blanqueado, que á lo lejos aparecía como vislumbre de esa última esperanza.

II

La oración sería, cuando ya entre dos luces metió la cabeza un emponchado por la ventanita trasera de su pobre rancho, sorprendiendo cuadro de lástimas, ayes, llantos y gemidos que partían el corazón, el mismo corazón que no tembló cuando leyeron su sentencia!

De rodillas ante una tosca imagen de San Santiago, entre dos velas amarillentas de baño, cuyo pabilo ennegrecido humeaba, vió á su hermana con sus cuatro hijitos, rezando el bendito y rogando al Santo de su pueblo por la salvación del padre en capilla, mientras que en otro rincón más obscuro se ponía su mujer, á quien recién se le anunciaba la tremenda desgracia, el escapulario del Carmen, descolgándolo de la cabecera de la ancha cama de su buen compañero, para llevárselo como único consuelo en su pobreza.

Oyendo entre llantos y Padrenuestros, la voz

de la mayorcita: «Tata Dios: salvá te pido á mi tatita» al buen paisano subiéndole el dolor que se liquida con los jugos del alma, dos lagrimones como garbanzos se le cayeron. Luego, reponiéndose un poco, dió vuelta y entró diciendo:

—Aquí estoy con ustedes; todavía me encuentro entre los vivos. Vengan mis pedazos!

Y abriendo los brazos, cual gallina que cobija bajo sus alas sus polluelos todos, una ponchada de criaturas fué oprimida fuertemente sobre aquel honrado corazón.

Bien pronto se disipó el temor de las criaturas con la impresión del aparecido, pues acababan de oir podían ya dar al padre por muerto.

Acaso la mujer creyó un instante fuera el alma del ajusticiado aparecida á reconvenirle por no haber corrido con más prisa en su socorro.

Sentando sobre las rodillas á los más chicos:—Vengo á despedirme de todos y á darles el adiós!

—Yo te ocultaré donde nadie dé con vos,—dijo la mujer, creyendo habría logrado escapar.

—No es eso, hijita, sino que mañana debo llegar tempranito al otro mundo. Lo que más sentía era no despedirme de todas vosotras, ni verlos más. Como la última gracia nunca se niega al sentenciado me han concedido ésta, pero no puedo faltar una hora á la fijada, pues fusilarían

en mi lugar á mi buen amigo Ciriaco, y tan bueno, como suelen no encontrarse dos en la vida. Su abnegación llega á ofrecerse le fusilen en mi reemplazo.

En apeñuscamiento, esposa, hermana, hijos, le estrechaban con la mayor efusión entre lágrimas, besos y abrazos, rogándole por todos los Santos se escondiera, huyera bien lejos; después galoparían tras él hasta el fin del mundo por juntarse.

—Imposible. ¡Mi palabra está empeñada! ¿No comprenden ustedes lo que es un amigo que se ofrece á morir por otro? ¿Cómo puedo traicionar la confianza de mi compadre, y la palabra del Cura, intercediendo por este mi último gustazo?

—Pero si no se han de animar á fusilar á ño Ciriaco, tan buenazo é inocente, que no ha hecho nada para que lo maten!—decía la viuda ó casi viuda, ya de rebozo negro.

—¿Que nó? ¿Y qué he hecho yo, y sin embargo me fusilan? No saben lo *malazo* que se han puesto ahora con la *redota*. Cuatro tiritos a mi compadre, bien pegados, sin perjuicio de reservarme otros cuatro cuando me agarren, y la felonía de haber dejado colgado a un amigo tan generoso, remordimiento que me perseguiría sin

dejarme dormir, llevando la muerte sobre el corazón, por los pocos días que pudiera substraerme á lo inevitable. No. ¡yo no soy felón! Mejor es morir como hombre, que nunca hice asco á la muerte. Vamos; hablemos de otra cosa. No entristezcan mis últimos que están muy sabrosos.

Luego de repetirles que no se afligieran, y consolarles él, que más consuelo necesitaba:— En lugar de llorar, encomiéndenme á Dios, les dijo, y vamos á rezar juntos, á la Virgen y mi Patrona del Carmen.

Hincados, padre, madre é hijos ante la ennegrecida imagen de San Santiago, no le pedía un blanco caballo sobre el que se le representa, más ligero que el pampero, para salvar de un galope hasta más allá del confín de una tierra en que se colgaban de los algarrobales á sus valientes defensores, sino que se encomendaba al Santo de su pueblo, salvara su alma pecadora.

Y un poco más tranquilo, después de pedir el auxilio del cielo:

—Se me ocurre una cosa,—agregó mirando al Santo, como si de él viniera la inspiración,—yo no puedo faltar á mi palabra, pero si mi Dios me protege y no debo morir todavía, oye bien lo que te voy á decir, mi hijo. Mañana bien temprano, vos, Perico, que eres más gauchito, te vas en el

parejero de mi compadre, y le dejas con la rienda alzada lo más cerca que puedas detrás del banquillo, que si Santiago me ayuda he de salvarme. Pero hasta entonces silencio y entereza, que llantos no ayudan á salir del paso.

III

Y así refieren los viejos de aquellos tiempos, no sabían qué admirar más: si la abnegación del amigo, exponiendo espontáneamente su vida en un hilo, ó la palabra empeñada del sentenciado que ni en mientes pensó faltar.

Pero este noble ejemplo de nobleza, de abnegación, de amistad no fué bastante á contagiar en tan generosos sentimientos el empedernido corazón del Coronel. Ya impartida la orden que se llevara adelante el fusilamiento del leal amigo, vióse llegando á todo galope al sentenciado, y desmontando á la puerta del rancho que hacía de capilla, dió un ponchazo al caballo para que enderezara á la querencia, regalándole esa única prenda á su amigo con su último abrazo, y deslizándole tres palabras al oído se cuadró preparándose á bien morir.

Nuevos empeños de frailes, monjas y notables habían fracasado como la víspera, y los

aplausos de la multitud que se apeñuscaba, con que fué recibido el recién venido, esclavo de su palabra, volviéronse llantos y soponcios del mujerío, viéndole salir entre cuatro sayones, y el Capellán exhortándole Crucifijo en mano, caminito del banquillo, bien corto para caber ilusión de que la fusilatina no iba de verdad.

Cual si misteriosa prevención hubiera combinado á los apesadumbrados circunstantes, sólo hacia el lado que se divisaba á poca distancia el parejero, había cancha abierta, interceptando grupos de paisanos curiosos los otros costados.

Y así mientras mandaba pedir con el Oficial de tiradores al Jefe del cuadro, que no era cuadro, según los diseminados soldados que lo formaban, se le concediera, como soldado veterano, dar las voces de mando en su ejecución, al desprenderse la chaqueta que daba al Sargento, en un momento de distracción, admirando todos la entereza de este valiente, rápido como relámpago, corrió hacia el caballo que los centinelas no observaron, y cuando éstos salidos de su sorpresa intentaron atajarle el paso ya había saltado sobre el parejero en carrera hacia el monte, sin ser alcanzado por balas de recortados ó carabinas. La mayor parte de los de caballería tropezaba con mirones, que parecían estar en el secreto de abrir cancha al

que el pueblo quería salvar, estorbando á los perseguidores.

De esta suerte escapó del banquillo el que desconfiaba de la amistad, y sin embargo, fué el amigo de última hora quien le salvara la vida exponiendo la suya.

El bravo veterano de Salta y Tucumán, Santiago Neirot, burló así el banquillo, y á milagro del Santo de su nombre, devoción de familia y Patrono del pueblo de su nacimiento, atribuyóse, pues que la inspiración del ardid de su fuga le vino, cuando hincado y absorbido en la oración estaba mirando el caballo blanco de la imagen, por su buena madre heredada.

IV

Pero la persecución continuó. El irrascible Coronel no era hombre de dejarse burlar por ningún santiagueño, ni creía en otros milagros que en el de su facón. Sabiendo que el amor á la familia era su virtud predominante, perseguíale á sol y á sombra rodeando el rancho de espías.

Algunos años pasaron. Suponiendo el desertor estaban cansados de buscarle entre enmarañados mistoles, atraído por el imán irresistible del cariño, cierta obscura noche que rondaba la ni-

dada, á galope tendido salió un felón de los que pastoreaban sin resultado á la irresistible semiviuda.

Vuelto á caer, por segunda vez fué condenado á muerte. Lo más granado de la sociedad de Santiago se desgranaba en pedidos, comisiones y empeños. Señoras de familias tan principales cual las de Navarro, Rueda, Iznardy, Santillán, Achával, Iramain, Ibarra, Alcorta, Gondra, Carranza, Taboada, Olaechea, Gallo, Gorostiaga, Vieyra, Frías, Orgaz, Lascano y Unzaga, volvían desairadas.

—De esta no escapa el desgraciado,—murmuraban sus amigos. No hay ya esperanza de salvarse, ni en *malacara ó plateado* tan ligero como el del apóstol de España.

Habían apartado de los alrededores todo animal de cuatro patas, excepto el que tal parecía, ordenando la bárbara ejecución del veterano de la Ciudadela. El último caballo que partió á escape fué el *propio* que á la Estancia del vecino más influyente, despacharan en su busca, tentando el postrer empeño.

—¡Pero, Coronel,—decía éste;—no es el modo de atraerse popularidad, ni es posible fusilar á este soldado de injusta sentencia, por demás prescripta. Usted no debe recibir lecciones de humanidad de un infeliz paisano que ofreció su

vida por la del amigo. Y en este sentido insistía tocando sus nobles sentimientos.

Encontrábase ya algo quebrantado ante repetidas súplicas de tanta belleza santiagueña, y a media noche, al sonar la primera del año de la Independencia, rendido al fin y fatigado por tantos empeños, se ablandó el jefe un poco.

—Bueno amigo;—contestó medio retobado —concederé á la amistad lo que me había propuesto no ceder y de este modo seguirá la relajación de la disciplina, y sin ella no hay ejército posible!...

V

Bien se ha dicho que un grande amigo es en la vida la más grande dicha, pues que ese sublime afecto desinteresado que tanto conforta y sostiene, ese otro *yo* en el que encuentra el hombre su complemento y prolongación, hace que la amistad de dos hombres de bien, sea el vínculo más fecundo en bellos frutos. Los sencillos vecinos de aquella árida zona en que naciera el primer General que habló en *quichúa* é inglés, Taboada, pocos dados eran á lectura de clásicos y nada sabían de Tirteo y Pritóo, Aquiles y Patroclo, Pelópidas y Epaminondas, pero sí sabían de amistad que más sincera se usaba en aquellos tiempos menos falaces.

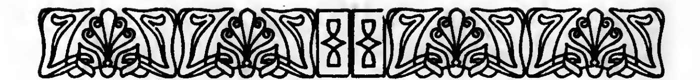
En la celebrada fábula de Pacubio, ignoraba Rey quién de los dos era Orestes, y Pílades decía que él era, para morir en su lugar, y Orestes aseguraba él era el verdadero. Aplaudían los espectadores siendo fingido, y comentando esto Ciceron agrega: *¿qué harían si fuese cierto y nó pura comedia?*

Llorar! como lo hicieron sencillos corazones emocionados por espectáculo semejante, pero real aquí. El corazón humano palpita por los mismos sentimientos generosos bajo toda latitud, y lágrimas sinceras fueron el mejor aplauso á noble abnegación.

Tan seguro quedaba Iramain de que su amigo no le dejaría en la estacada, como Neirot de que éste su compadre dejaríase colgar en su reemplazo. Vencido por tanta hidalguía, el enérgico Jefe de la reserva en Santiago, á pesar de su omnímoda autoridad, no consiguió contrariar la voluntad unánime del pueblo de Santiago.

¡Amistad! ¡amistad! bendita seas aún en época de versatilidad que si todos desean tener un buen amigo, pocos muy pocos son los que se consagran á ser verdaderos amigos!

Si el culto á la amistad fuera más verdadro, el amor de los hombres convertiría la tierra en un paraíso.



Una santa argentina

(TRADICION DE LA ÉPOCA DEL VIRREY ARREDONDO)

¡Santa y limeña! Preciso será que lluevan flores.

I

¡Era una santa! Cuántos como nosotros oyeron: «¡murió en olor de santidad!»

Por el mismo caminito que el año 1745, en pesada carreta tucumana llegara de Córdoba la abadesa Ana Arregui á fundar el primer monasterio en ésta, cuarenta años después y á paso de mula, venía desde Salta la señora Alquizalete, á levantar una capilla á Santa Lucía, protectora de ciegos caminantes. A pie y descalza, desde la región de los mistoles, se había adelantado á esta última doña María Antonia de la Paz y Figueroa, caritativa y santiagueña de nacimiento, fundadora de la santa Casa de Ejercicios y de otras

muchas obras, que á los cien años proyectaban destellos luminosos entre nosotros.

Las tres piadosas peregrinas llegaron, sucesivamente, á arrodillarse á la puerta, sin umbral todavía de la primera iglesia (Piedad), á la entrada de esta ciudad, que tal sentimiento y no otro, les traía, implorando al santo de su devoción alcanzar por su intermedio, el mejor resultado de lo que se proponían. Es fama que la última tuvo allí presentimiento de su éxito. A la derecha del cancel se lée, en su lápida ennegrecida: «La memoria del justo jamás perecerá», y como el más exacto cumplimiento, á los ciento setenta y seis años del nacimiento de sor María, se remueve su memoria y sus virtudes por elevar á la corte celestial tan beatífica misionera de caridad.

La mitad al menos, de las familias de Santiago, resultan con ella emparentadas, y pues, que no es solo por el barrio de la Concepción donde buenas obras dejó, tradicionamos lo que hasta nosotros ha llegado á su respecto.»

El cosmopolitismo, que como creciente ola avasalladora todo lo invade, y evoluciona en usos y costumbres patriarcales, va esfumando éstas, ya como nubes que se desvanecen. Entre otros recuerdos, surje el de la reunión en la antigua Casa Rectoral, platicando al rededor del Cura sus viejos convecinos, sobre lo que de sus abuelos

oyeron, y los contertulianos de todas las noches en la botica de la esquina, en cuyas murmuraciones de barrio, extraño no era se aplicara cataplasma ó sinapismo, que levantaba ampolla mayor que los confeccionados por el mancebo de la farmacia. Dentro de poco cumplirá un siglo la botica de Amoedo, decana de todas. Donde se abrió en 1818, continúa tan acreditada por el padre como por el hijo, pues ni por equivocación despacharon envenenado alguno. Allá por el año... que no queremos precisar, pues no es cosa de sacar á luz á cada rato los muchos que nos agobian, conclave completo congregado había cierta noche de garúa y mucho frío. En intrincada y fervorosa discusión seguían encaprichados don Ramón Morado poquito de cuerpo y de espíritu, y un viejo perulero, que maltrecho por sus arrias de tierra adentro, ubicárase en la carpintería de Márquez, á los fondos del portugués Barbosa y desaparecido en la polvareda de Caseros.

—Ustedes los porteños, son muy engreídos —decía—y jactanciosos en todo, y después de tanto cacarear ninguno se ha ido al cielo hasta ahora, que yo sepa. Nosotros, más pacatos y callanditos, sin tanto fantasear, sí hemos dado más de un santo, y con solo San Francisco, Santa Rosa y Santo Toribio, podemos tapar la boca á todos

esos santulones que se andan comiendo los santos, sin producir cosa buena.

—Vamos por partes, vecino—replicaba con parsimonia don Ramoncito el petizo—pues si destaramos cuentas, no suman los de ustedes más santos que nosotros. Toribio, el de la esquina, vino de España arzobispo y santo, como Solano. Este predicador del Alto Perú, tanto de ustedes como de nosotros resulta, pues más evangelizó en la vasta región argentina, y en cuanto á la señorita de Flores (Isabel) luego, Santa Rosa de Lima, si los hijos de esta América, siempre galantes (que de hidalgos españoles viene), la proclamaron patrona por bonita, recuerde la exclamación del pontífice Máximo Clemente IX: «¡Limeña y santa, preciso será lluevan rosas!»

—¡Y rosas llovieron!—contestó el perulero.

—¡Pásemelas para olerlas, que también entre nosotros murieron en olor de santidad el beato Bolaños, brazo derecho de San Francisco Solano; el mártir en Yapeyú, jesuita González, que asaetado y cortada la cabeza, al quemarle, refulgía sin derretirse entre llamas, la santa imagen de la Asunción (plata maciza), que de su pecho no se apartaba, desde que de la capital del Paraguay salió á predicar entre las riberas del Uruguay, Santos eran también...

En esto entró nuestro padrino de pila, don

Víctor Silva, Cura de la iglesia de enfrente, é impuesto de la controversia, punto y coma puso á la de ambos contrincantes, refiriendo con su mesurada y suave palabra lo que, con otras, más ó menos equivalentes, recordamos después de cincuenta años.

II

—Paz y concordia entre los príncipes cristianos, que los cielos son muy espaciosos y todos caben. Nos preocupamos tan poco de lo de casa, aunque la caridad bien entendida empieza por casa, que, de puertas adentro, ni de santos sabemos—decía.—Miren ustedes: yo no la he alcanzado, pero, viejos vecinos de este barrio cuentan, que la fundadora de esa Casa á la otra cuadra, santa era, y tan altas virtudes y tan buenas obras reunía, que escalera para ascender á lo más alto se formó sin duda. Sembrándolas á puñados, vino recorriendo ciudades y villorrios, en Silípica, Soconcho, Salavina, Ancaste, Jujuy, Salta y Tucumán, La Rioja, Santiago y Catamarca, Córdoba, Buenos Aires y luego Montevideo, donde fundó casa de esta sucursal.

Bella, joven, de ingenio y espíritu de bondad infinita, ¡si la rodearían seducciones antes de

abandonar las comodidades del hogar paterno! El número de sus loables acciones podían contarse por el de sus días, y de méritos propios basta y sobra con los alcanzados en ese refugio, para decir en verdad: ¡Era una santa! Cuántas almas se abrieron ó se fortificaron en la fe, allí donde ejemplos y palabras, imágenes y pláticas, todo inspiraba devoción y recogimiento. De Santiago salió, y de la celda misma en que á San Francisco Solano se recuerda, rogando la hiciera digna de seguir descalza, la huella de sus sandalias, llegando casi exánime á la iglesia, donde reposan hoy sus restos, reconocidos por el trozo de algarrobo, su báculo y única almohada.

Muchos años se oía desde el alba el chirrido de la carretita limosnera que ella misma guiaba, rodando entre pantanos y arenales de suburbios, y en las afueras, por quintas, chacras y estancias, recogiendo donaciones en especie, de pobres gentes del campo, tan generosas. Se había impuesto ir en busca del humilde gaucho desheredado, y edificar refugio, para que lugar y ocasión hubiere de oír palabras de verdad y consuelo que confortan en los sufrimientos. Jamás desanimó, y en idas y venidas, al través de contratiempos sin fin, logró levantar esa casa, donde hace ciento veinte años se dan ejercicios espirituales. Impulsada por la más viva fe y amor al prójimo, enseñó con

su ejemplo lecciones vivas de caridad, practicándola á vista de todos.

Desde 1772 se preocupaba de aquellos que quisieren recogerse (en un estreacto á las faenas cotidianas), meditando sobre los remedios del alma. Cuando el Obispo Malvar le concedió licencia para formar la comunidad de Hermanas del Divino Salvador, en la esquina Independencia y Chacabuco, abrió allí el primer retiro.

Requiriéndose muy luego mayor espacio, benefactores que nunca faltaron en la ciudad de las beneficencias, como Pavón, Albertín, Rodríguez, secundaron sus propósitos, donando el terreno, y con la limosna día á día recolectada, en quince años, pudo el de 1795, inaugurar edificio propio, donde abren sus puertas á cuantos en sus pacíficos claustros buscan un consuelo, nunca negado al alma del creyente...

III

Era el canónigo Silva discípulo aventajado del sabio doctor Alcorta, en cuya aula codeábase con otros tan sobresalientes, como los Domínguez, Guido, Frías, Fernández, Cuenca, Pérez, Irigoyen (Fermín), Obligado, Caffarot y Balcarce, poeta en cuya dulce lira vibraron notas ins-

piradas á la consagración del virtuoso sacerdote.

No tardó la ocasión de poner en práctica las lecciones que de tan ilustre médico filósofo recibiera, y así como el maestro, á sol y á sombra recorría el barrio cerrando heridas en la negra noche del año 40, el piadoso médico de almas cerraba heridas que no sangran.

De los viejos vecinos del barrio de la Concepción, por tantos años contertulianos en la renombrada botica de Amoedo, más fácil sería enumerar los que en distintas épocas, desde el año 1818, dejaron de echar su cuarto de hora de palique, primero con el padre, luego con su hjo (don Rafael), quien, á pesar de sus años, sigue regenteándola con la honorabilidad del padre que la fundó. Los más inmediatos, como don Feliciano Cavia, don Francisco Rincón, Udaquiola, el benefactor señor Areco—ricos estancieros del Sur—médicos como los cuatro Cuenca, del Arca, Malaver, contadores, Leloir, Aldama, Goyena, Vivas y Marín, Casavalle, Jurado, Cárdenas, Flores, Morado, García Zuñiga, García del Molino, y más notables del barrio, en un siglo cambiaron su palabra, recibiendo tantos remedios de botica, como del alma, expandida en el seno de la más sincera amistad.

... ...

Y ampliando la narración del canónigo Silva,

agregaremos que, clarovidente se denominaría hoy, á la que, á raiz de la expulsión de los jesuitas, profetizó su regreso, que á pesar de la oposición del rey de España, de Rivadavia y de Rozas, se realizó en diversas épocas.

Recuérdase entre otras varias ésta su profecía: «De regiones lejanas vendrá una legión de rubios, poniendo todo bajo sus banderas. Pero con la ayuda de Nuestro Señor serán expulsados», cuya realización cumplió un siglo el 12 de Agosto de 1906.

En apuros se encontraba cierto honrado alcabalero, y atribulado había salido al balcón aspirando las primeras brisas, que desde el río penetraban por la tortuosa y angosta calle Independencia, cuando pasaba picaneando los dos flacos y entecos bueyecitos de su castillo sin toldo, y gritándole desde el pértigo, al verle tan compungido:

—«No se aflija hermano, que más que llave de oro que no siempre abre toda puerta, valen las influencias y súplicas de los buenos. Visite á don Fulano, Zutano y Mengano, que yo voy á rezar para que salga bien del trance que le melancoliza». Y llave de oro, envuelta en oraciones, devolvió la tranquilidad al atribulado, saliendo bien del pantano en que la maledicencia le sumergiera.

¡Cuántas veces una esperanza á tiempo es el mejor confortativo!

Admirando en nuestra última visita á la Casa de Ejercicios el precioso *Altar de la Virreyna*, se nos refirió este origen de su procedencia. En otra de sus matinales incursiones, paró frente á la iglesia de la Piedad. Compungido y lloroso, todo cubierto por el polvo del camino, hincado y rezando en la misma puerta sin umbral, donde ella se arrodilló á la entrada á esta ciudad, tropezó con un anciano, en ferviente oración. Sorprendido éste por el bondadoso acento que cual brisa acariciadora trajera á su oído estas palabras, llenas de suavidad y dulzura: «No se aflija, hermano, vaya con Dios, que El y mi Manuelito han de sacar con bien al inocente. Confíe en éste (señalando el nicho del Niño-Dios, que todos los sábados paseaba limosneando). Me voy á poner á rezar por usted».

Nada menos era un virrey destituído que del Perú venía, citado á *juicio de residencia* ante la corte de Madrid. La justicia tarda, pero al fin triunfa, y ese pariente de San Francisco, don Manuel Márquez de Guirior, que resultó más limpio que patena, virrey de Granada y del Perú, calumniado por el inícuo Areche, visitador de real hacienda, aunque inocente, no pudo regresar á Lima, que á los más fuertes quebrantan sinsabo-

res. La noticia de su inculpabilidad arribó, juntamente con la de su muerte (igual sucedido que el del Canónigo Maciel) y cuando la ex-virreyna viuda resolvió regresar á Bogotá, en memoria de lo mucho que le había consolado la profecía de sor María, primera palabra que oyera en ésta, envió el altar de su Oratorio particular para la *Casa de Ejercicios*, cuya fábrica adelantaba.

IV

Y sin duda, que ésta fué su grande obra, á milagro considerada, pues que en época de tanta pobreza, no solo sin auxilio oficial, sino hasta con oposición de unos y desdén de otros, quedó fundada bajo el mismo reglamento, que ciento diez años há rige con la la casa de recogidas, por que han pasado más de veinte mil almas reconciliadas en la virtud. *La iluminada* le llama la tradición, y de tan ilustre abolengo era María Antonia de la Paz y Figueroa, que en vísperas de su consagración en los altares, la mayor parte de la antigua sociedad de Santiago, la forman sus deudos: Olaechea, Alcorta, Achával, Frías, Borges, Gorostiaga, Gallo, Iramain, García, Ocampo, Taboada, Bedoya, Santillán, Pinto, apenas resta santiagueñita buena que no resulte sobrina

lejana, ya que no deje hijas, sino de espíritu. Hasta el mismo fundador de la ciudad de Esteco se cuenta en su ascendencia. De más subidos quilates que la virtud entre cristales, guardada en celda cerrada y sellada, estimamos la que entre peligros cruza zarzales del camino, prosiguiendo misión de caridad, sin renunciar al mundo, que en él se encuentran los vicios á combatir. Sor María frecuentaba cárceles, cruzando barrios de mala fama, sin abandonar en el triste y frío aislamiento que hunde más y más á la mujer caída. Así ambas virtudes forman la aureola de esta nuestra santa compatriota, que orilló vía resbaladiza sin vacilar, apoyándose como báculo, en la Cruz que á todos sostiene, y esparciendo en el claustro con el vivo ejemplo de su caridad, el perfume de su alma, cual esencia que alienta á lo bueno. Muchas obras dejó, pero, sobre todas, y la de más benefícos resultados, esta *Casa de Ejercicios* levantada con limosnas que personalmente recolectaba, sin auxilio oficial hasta hoy, y donde tantos miles de personas fueron socorridas, sin gravamen de nadie. Más de treinta mil niños deben su primera educación al asilo, dentro el que falleció su fundadora, en olor de santidad el 8 de Marzo de 1799.

... ...

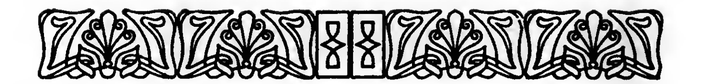
Del barrio de la Concepción solían con des-

dén hacer referencia algún cronista de otros andurriales, pero nó recordar que él fué santificado con la presencia de la bienaventurada argentina, cuyas obras de caridad, después de cien años, la conmemoran digna de beatificación. Comprobando que de esa parroquia, de Buenos Aires, de la República toda, ha traspasado sus fronteras, la fama de su excelsa virtud, al salir del nuevo edificio en ensanche, encontramos la beata portera, traduciendo del inglés páginas impresas en Londres, que ya en Roma y en Francia, en *El Estandarte de la mujer fuerte*, Juárez, Peramas, Vergara, jesuitas que habían presenciado en Córdoba la vida y milagros de *María Antonia de San José*, publicaron, antes que se hubiese dado á la estampa la menor biografía de esta santa compatriota.

¡Bien platicaba el virtuoso canónigo doctor don Víctor Silva, que tratándose de cosas dentro de casa, ni las más santas nos preocupan! ¡Hasta hoy en el olvido, que es una segunda muerte, el paso de tan meritísima benefactora, por calles donde alumbran aún resplandores de su hermosa alma, tan llena de abnegación!

... ...

N. B.—Impresa esta tradición, nos llega noticia de Roma, (por el señor Ministro Argentino ante la Santa Sede) haberse aprobado el expediente de beatificación de María Antonia de la Paz y Figueroa, presentada por nuestro Prelado.



Víctor el burlón

Dá á la pluma misión más noble que la de burlarte de tus semejantes!

I

No somos de los que gozan en reir del prójimo, ni aplaudimos la sátira que generalmente ridiculiza sin enseñar, exponiendo faltas y defectos, bien que de otros mayores adolezca frecuentemente el que los señala. La crítica enmienda encaminando. La sátira zahiere ridiculizando. Las heridas de amor propio son las más tardías en cerrar. No es sólo el Vizconde de Chateaubriand quien confiesa nunca le hizo feliz el escritor que malgasta su talento pretendiendo hacer la delicia de necios, al festejar imbéciles. Con pena oímos al crítico Martínez Villergas, que llegaba al fin de sus días sin tener un amigo. La había cru-

zado criticando á todo el mundo, decapitando moros y cristianos, así en España como en La Habana; en Méjico, en «El Moro Muza», y entre nosotros, con el condimentamiento sin salsa de «Antón Perulero». Es el resultado natural de los que atraviesan la vida silbando alegres la solfa de la burla. Los heridos y maltrechos forman, al fin, regimiento.

El ridículo mata, pero no enmienda. ¡Qué confianza puede inspirar el burlón de oficio, dispuesto siempre á sacrificar el mejor amigo por un chiste! Cuán lejos se hallan esos tales de los dispensadores del buen humor, que provocan la risa abierta, sana, espontánea, festiva, granito de sal, dulzor de la vida! Pretender alegrar las horas con la ironía picante é irrascible, que apenas encubre la punta de saeta envenenada, misión muy distinta es á la antigua máxima: «Corregir las costumbres deleitando».

... ...

«Víctor el burlón», así apodado, no porque naciera en la burlonería andaluza, cuna de toda exageración, sino porque pasó sus días inventando burlas, concluyó en la venganza que provocaba. Así termina, por lo regular, el burlón, víctima de su envenenado gracejo!

Sin alejarnos de nuestro barrio, ni salir de una misma cuadra, recordamos haber oído de él

las siguentes hazañas: Cierto día, que acompañaba al general Mansilla, (padre), saliendo del antiguo «Café de Catalanes», como se sintiera éste de pronto descompuesto, frente la puerta del estrecho y oscuro pasadizo (escape de coristas y «primo-donos» del viejo Teatro Argentino), entró apurado. Esperando á la puerta Víctor, que por la nerviosidad de su temperamento y locuacidad intermitente no podía pasar un momento sin idear travesuras, que aún durmiendo proyectaba, ocurriósele amarrar las anillas de ambas hojas, repiqueteando con el llamador y poniendo pies en polvorosa. Mientras la casera forcejeaba por abrir la puerta, sin conseguirlo, hízole dar vuelta cierto olor, no de rosas, aunque ya tras una hermosa. Rozas caracoleaba el corcel de guerra del futuro contendor en el Combate de Obligado. ¡Puede suponerse la situación sin salida, y el apuro en que dejara al pulcro General!

II

Era don Evaristo P., alto, grueso, cejijunto y reposado, asiduo devoto de la Merced, donde á sol y á sombra seguía no tan solo la «Salve» los sábados, sino el rosario entero todas las noches, en su vecina iglesia. Hombre intachable y hon-

rado de una pieza enchapado á la antigua, corredor preferido de casas tan principales como las de Llavallol, jamás por una cuenta llamaron dos veces á su puerta, aunque sí muchas llamaron dos y aún sin llamar, salía á escape, en auxilio de menesterosos, llevando su dinero, su caridad, y lo que valía más, su espontánea asistencia personal.

Tan de pronto trasponía el alto umbral de su ancha puerta, que hasta en cabeza asomaba, pero nunca sin su inseparable pañuelo de seda colorado, en la mano. Sabían todos los pobres de muchas cuadras á la redonda, que en el nudo nunca faltaba un peso, siendo de los benefactores que daban cuanto tenían, y á veces, aún lo que no tenían. Otra inveterada habitud se le había pegado irremisiblemente: al menor roce en postes, esquinas ó ventanas «voladas», como las de su casa, daba un paso atrás, limpiándose con el pañuelo á cuadros. Observado por el pifión del barrio, comiendo en el «Café de Catalanes», (todavía no era de Migoni), apostó almuerzo de trece cubiertos, pues como entre ellos había más de un francés tenía á gracia molestar á éstos, invitando en viernes trece.

—¿A que llevo reculando,—dijo,— desde la bocacalle San Martín á la de la Paz, toda la acera, sin que lo sospeche ni se enoje, el tieso vecino saludador?

Entablada la apuesta, en acecho se puso á la mañana siguiente, sobre el umbral de «Catalanes», mentidero público de la época, cuando con el grueso bastón puño de oro, bajo el brazo, en una mano el sombrero de copa, y en la otra el inmenso pañolón, pasaba enjugando su relumbrosa calva. Se le cruzó en media vereda Víctor, interrumpiendo el paso con los más respetuosos saludos, palmeándole cariñosamente, (en el país de la palmadita), al final de cada frase, y deshaciéndose en cumplidos, cuya ironía ni sospechaba el buen señor.

—¿Cómo está usted, señor don Evaristo? ¿Cómo lo pasa usted? ¿Cómo sigue su interesante salud?

—Muy bien amiguito, muchas gracias.

Y daba un paso atrás, limpiándose, según costumbre, donde le habían tocado:

—Aquí estábamos comentando con los compañeros su beneficencia, calculando la cantidad que sumaría, desde que vino al barrio, pues apenas hay pobre ó necesitado, que no esté agradecido á su generosidad.

Y volvía á tocarle Víctor, á dar otro paso á retaguardia don Evaristo, y á pasarse el consabido pañuelo.

—Que la mano izquierda ignore lo que da la derecha, me enseñó don Rufino Sánchez, desde

aquella escuela de la otra cuadra. Por lo demás no apuntó esa cuenta.

—Pues, yo no apunto otras que las que me vienen á cobrar y nunca pago, calculando, no lo más rico que por ellas me encuentro, sino cuan más pobre sería de haber prestado á tantos amigos de mala memoria, que de tal modo olvidan la hora de la devolución, á punto de que nunca llega ésta, perdiéndose siempre, el préstamo y el amigo.

Y otro paso atrás, nueva repasada.

—Pues, mire usted, lo que es á mí, señor don Evaristo, de no ser una que otra paliza, á la que no siempre llego á sacar el cuerpo, nunca me han agradecido ni dado nada, ni siquiera cuando estuve guardando esta puerta,—señalando al pasar la de anterior aventura.

Y como estribillo inacabable, dejaba caer la mano sobre el brazo de su interlocutor, quien, por costumbre, daba otro paso á retaguardia, sacudiendo su pañuelo. Tantos toques y retoques, á más de una docena ascendieron, de una á otra bocacalle. Por la vereda de enfrente, larga cola iba extendiéndose con los doce apóstoles de la apuesta, festejantes de la cargosidad del burlón tan charlatán, los que al llegar al poste de la Merced, (cañón que bala en boca, subsiste donde lo tomaron á los ingleses), nutrido palmoteo y aplau-

sos celebró el triunfo de la gracia, sin gracia, con que Víctor burlaba á señor tan respetable.

Y como éstas eran sinnúmero, antes y después de la campaña del Brasil, donde por los chistes, (sal gruesa, que condimentaba solo en fogones de campamento), más que por heróicas hazañas, llegó á hilvanar los tres galones de capitán; terminaremos, para no ser tan pesados como él, la tercera hazaña en una misma calle, que por el barrio de las Magdalenas (detrás el Convento de Mercedarios) contaba muchas otras.

III

El próximo viernes 13, trece amigos rodeaban mesa de opíparo almuerzo, servido en el largo y angosto salón de «Catalanes»! Las honras que se rasguñaron, los hombres en camisa y las mujeres sin ella se entremezclaban con los tomates y ajíes en la ensalada rusa, en mesas donde posteriormente pontificaba el tigre Pizarro, el capitán Mentirola, ó el célebre Pepe Heguerra, trágicamente muerto por bromas semejantes

De más es recordar que si se comió bien y se bebió mejor, se mintió por los codos, exagerando como andaluces de cepa, sin ninguno presente

—Somos trece; alguna desgracia va á suce-

der,—había dicho el oficial francés que al levantarse de la mesa llamó al jactancioso, diciéndole, con más gravedad de la que la efervescencia del vino provocaba, éstas ó semejantes palabras:

—Señor don Víctor: he oído á usted, entre dos brindis, el nombre de una dama que estimo en mucho. Puede que usted no sepa soy su cortejo. Como extranjero, no estoy al corriente de ciertas costumbres, y haciendo poco arribé, eche anclas ó no en ese puerto, quisiera saber si corro peligro de embicar entre ocultas sirtes. Usted me entiende. Si gasto inútiles galanteos en quien no merece, ó si es digna de toda distinción la joven á quien he sido presentado.

Medio vidriosa la mirada, y algo balbuceante, contestó:

—No venga á aguar la fiesta, á echar pelos en la leche. Pero ya que entre espumas de champañe desliza tal confidencia, debo hablar en serio, —dijo quien pasó toda la vida en broma,—aconsejando á usted se diga: «Dónde vas corazón, volvete».

—¿Qué quiere decir eso?

—Que si empieza usted á marearse y para la gente de mar, los mareos en tierra producen más fuertes vendavales, si comienza verdaderamente á enamorarse de la bella de la calle Esmeralda, cuya

fama tiene cierto viso del color de tan hermosa piedra, va pisando mal, cambie el paso.

—Lo contrario me han asegurado dos de mis compañeros de mesa.

—Entonces, ¿qué le voy á decir? El Diablo ciega á los que quiere perder. ¿Cuando va usted de visita á esa casa?

—La próxima semana. Me hacen el honor de recibirme los jueves por la noche.

—¿A qué horas acostumbra llegar?

—¡A las ocho!

—Bien! Al toque de ánimas en San Miguel, me encontrará usted en el aposento de la doncella. Y dando media vuelta se escurrió.

Aunque incrédulo el marino, siempre sereno entre tumbos de borrasca, todo encendido, menos por los repetidos brindis que por tan punzante saeta trastabilló un momento tambaleando, sin caer.

Era Víctor retacón, grueso, de amplio rostro rubicundo, tan ligero en el andar como en la ironía de su contestación, sonriente siempre, de locuacidad inagotable, sin tal vez mal corazón, pero sin reflexionar sobre el resultado de sus bromas, por demás pesadas, al soltar la sin hueso. ¡En cuantas ocasiones comprobó lo de: «palabra suelta, no tiene vuelta».

IV

Y seis días transcurrieron sin acordarse Víctor de la sobremesa ; y muy preocupado el ánimo del joven marino, á medio enamorar, ó enamorado á medias, de beldad cuyo buen nombre rasguñaba alguno por despecho, y que otros ponderaban como la virtud en persona.

En ambas ocasiones el mayor peligro de inexperta joven está en su propia belleza. Una sonrisa inocente, menos es seducción de coquetería que una gracia de alma buena.

—Cosas del otro jeves, murmuraron los comensales ; y la semana pasaba. ¡Cuán largas son las horas de espera, para quien ama con sinceridad, si la duda atormenta.

El jueves llegó, subiendo uno la estrecha y empinada escalera, y descendiendo el otro, precipitado á la eternidad por los mismos peldaños, que poco antes habían bajado el cadáver de Alvarez, los falsos y traidores amigos que allí le asesinaron.

¡Fatal era aquella escalerita, (Esmeralda número 13), como la mesa de los trece amigos, donde hubo un traidor.

¿Qué había ocasionado tan sangriento desenlace?

Mientras las niñas de la casa esperaban visitas en la sala de balcones á la calle, (antiguos altos de Lafranca), penetró Víctor, ocultándose sin ser visto detrás del blanco cortinaje del dormitorio, cuya puerta abría frente á la escalera. Al salvar el último escalón, el novio en proyecto, alcanzó á ver prendiendo un cigarro al audaz tenorio y embozándose en su capa, dirigíase á la calle.

Con más precipitación que la deseada, sin duda, tan violento empujón recibió por la espalda, por donde á tantos había herido, que, rodando escaleras abajo, se partió el cráneo en el filo de una y otro escalón, y al llegar al último, exánime quedó, expirando á pocas horas.

. ...

Tal el fin de «Víctor el burlón», siempre dispuesto á bromas pesadas, semejante al de muchos del mismo pronombre que, creyendo burlarse de todos, quedan á la postre burlados, y pasando la vida en broma, sulfúranse á la primera que se les dirige, hasta tropezar al fin de fiestas con quien les agría la fiesta para toda la temporada.

Había determinado ésta, que, en la duda, el marino francés, si era virtud de verdad la que á sus galanteos correspondía, ofuscado por la pasión que enceguece, le faltó sangre fría bastante para detenerse á reflexionar, si la niña de sus ilu-

siones le esperaba amante al lado de la madre, en la sala de todos los jueves, tomando mate alrededor de la copa de bronce, que entibiaba el ambiente, ó si el pérfido burlón se había introducido subversiva y maliciosamente al dormitorio, para comprometer una inocente!

¡Cuántas veces las apariencias acusan!

Descendió el matador tras el muerto, y al interiorizarse al día siguiente que se le perseguía por homicida, levó anclas, largándose viento en popa á países más fríos, donde la sospecha no mata una inclinación naciente, tal vez donde ni ofuscados por la ira, dan crédito á calumnias sin fundamento.

Quedó sentada y sin visitas, esperando algún tiempo la bella de la calle Esmeralda, suspirando por el ausente, y cuando llegó á saber que, sospechaba en su honra, víctima había sido del burlador, triste y abandonada se melancolizó á extremo tal que en el invierno siguiente, de los trece comensales del viernes 13, once condujeron entre flores al cementerio la pobre virgen calumniada.

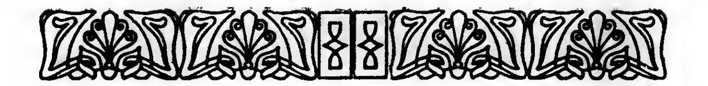
¡Oh! si de detuvieran á reflexionar un momento los sempiternos charlatanes de café, cuánto mal causan, sin remedio luego, sus ligerezas; cuántos sufrimientos infinitos y angustias sin con-

suelo se evitarían! El simple equívoco lanzado como una gracia, cuánto daño produce!

Ningún hombre bien nacido, difamaría la pobre mujer, cuyo mayor tesoro, su única fortuna acaso, es su buen nombre!

Jactarse de una mujer débil que al fin de largo acecho cedió al halago, y la seducción que enceguece es simplemente infame. Cuando por despecho se la vilipendia y se le calumnia es un crimen.

———



El Capitán Pajarito

¡La Cruz sólo es eterna!

No siempre chocaron en rivalidades la espada y la coyunda. Cuando el soldado y el misionero unieron sus esfuerzos, la propaganda civilizadora como la de emancipación, no dejó por vencer obstáculo alguno.

I

En esa tarde, 8 de Diciembre de 1865, salía la procesión de la Iglesia de la Cruz en el piso alto, (Corrientes) frente á cuyo pórtico se levanta hoy la estatua de Juan Bautista Cabral, valiente correntino que salvó á San Martín en San Lorenzo. Sable en alto en defensa de la Provincia y de la Nación, se halla á la entrada de ésta, como centinela avanzado, recuerdo de aquellos bravos co-

rrentinos en todo tiempo, tan entusiastas y decididos por toda noble causa.

La solemne procesión continuaba su marcha. Banda militar á la cabeza de la columna, tras ella la cruz entre altos cirios y filas de escueleros á uno y otro costado, formando calle sobre verde tapiz de fragante hinojo esparcido. El pendón de la Hermandad del Carmen delante las andas de la Virgen, precedida de otra pequeña orquesta de flautas, violines y triangulito.

Detrás el prelado, acompañamiento de curas y hermandades, sobresalía el jefe de la Escuadra Imperial fondeada en ese puerto de San Juan de Vera de las siete corrientes, vicealmirante Barrozo, y su brillante estado mayor, que no solamente los brasileros se acuerdan de Santa Bárbara cuando truena.

Al detenerse un momento el numeroso gentío en la primera bocacalle de la plaza, habló este jefe al ayudante Saldanha da Gama y adelantándose con otros tres ayudantes cargaron las andas ¡y adelante con los faroles!

Entre niños que cantaban, multitud devota lagrimeando de emoción, y ancianos rezando en voz alta, más curiosos que contritos, un grupo de oficiales argentinos recién llegados del inmediato campamento de Ensenaditas, cerraba la marcha.

No sólo el pobrerío agrupábase en encontro-

nes tropezando al gangosear la interminable seguidilla *ora pronobis*, sino también en lucida concurrencia lo más notable: señoras de las principales familias seguían salmodiando preces. Tras las bellas señoritas Juana Zelaya, Ercilia Camelino, Carmen Mohando y Adela Billinghurst, bella entre las hermosas correntinas, deshojando rosas por delante de la Virgen, veíanse representadas familias de Madariaga, Pampín, Cabral, Gelabert, Vedoya, Justo, Derqui, Cossio, Lagraña, Igarzábal, Baibiene, Guastavino, Torrent, Escobar, López, Vidal, Rolón, Ferré, Acosta, Pujol, Molina, Virasoro, Astrada, Vivar, Mantilla y otras muchas piadosas de aquel jardín de azahares. Resaltaba la devoción de la entusiasta patricia señora Berón de Astrada, hermana del gobernador sacrificado en Pago Largo, nonagenaria actualmente.

En la estación de la segunda bocacalle se adelantó el anciano patriota don Serapio Mantilla, que á sus ochenta navidades todavía preludiaba el *trémulo* en el famoso violín, recuerdo del general Belgrano, y dirigiéndose al grupo de oficiales de Buenos Aires, en que era tan querido, exhortó:

—«Mis jóvenes amigos. Bueno es no dejarse poner el pie adelante por nuestros aliados, en decisión ni en devoción. Con razón ó sin ella, los

porteños no son aquí tenidos muy en olor de santidad. Hasta de buena política sería imitaran á los brasileros en el respecto y acatamiento que muestran por las costumbres de este vecindario.»

Asintieron algunos á sermoncito tan edificante, tolerándole otros encogiéndose de hombros como sordos de ese oído, y en grupo que caminaba con el doctor Alcorta (Amancio), cuchichearon otros indecisos.

Acompañaba éste á nuestro almirante Murature, de quien era secretario, rodeado de Py, Neves, Howard, Sívori, Ramírez, Erasmo Obligado, marinos y marineros. Al lado del gobernador Lagraña, su ministro doctor Benítez.

Lo recordamos con gratitud. En aquella ocasión encontramos uno de esos raros y sinceros amigos, que hallados por suerte en el camino de la vida perduran por toda ella. Enérgico, entusiasta y afectuoso se nos acercaba con el corazón y los brazos abiertos, que después de cuarenta años cerráronse sólo cuando cayeron en el sepulcro.

Sonriente y bondadoso, Félix Amadeo Benítez si un tantico incrédulo, leal y complaciente, cuando Campos, devoto como los generales de su raza, dijo: ¡Vamos, compañeros!» decidiendo á todos, y al concluir de dar vuelta la plaza, las andas de la Virgen, regresaban en hombros

de los capitanes Gaspar Campos, Manuel Rocha, Alcorta y Benítez.

Aun no disipado el humo de incensario, se les acercó un sacerdote, invitándoles en nombre del señor cura, hicieran el obsequio de pasar al refectorio.

Sabido es por lo que pueda tronar, que el soldado práctico en campaña, de aquellos que no se ofrecen ni se esquivan, debe tener siempre un sueño y una comida adelantada.

Así nuestros jóvenes oficiales no se hicieron repetir tan agradable mensaje, mayormente incitados por cierto tufillo á pavo relleno, de larga fecha olvidado.

En honor á la galantería porteña, justo es recordar que sólo abandonaron las gradas por donde descendía otra procesión de bellezas, cuando doblara la bocacalle la última morocha, volviendo tentadoras miradas sobre el grupo galoneado.

II

Ancha mesa de mantel largo, y en ella formadas en columnas botellas de diferentes colores, abrían el apetito. A uno y otro lado de su Paternidad bendiciendo la mesa desde la cabecera, un oficial argentino y otro brasilero, seguían alter-

nando mangas de frailes con mangas de galones, en larga hilera, por ambos flancos en comida, si de suculenta cocina de convento, de mayor importancia por las personas que la rodeaban.

Frente al célebre padre Quintana, digno colega de su connómino cuya fama no ha muerto en Catamarca: Medrano, quien regresando de evangelizar en el Japón naufragó frente á Martín García, continuando su propaganda religiosa y educacionista en esa Provincia de Corrientes, que le recuerda agradecida. Seguía el hábil franciscano que con escasos elementos acababa de fabricar un magnífico órgano, resonando hasta el presente desde el alto coro de la Merced, y vis á vis al padre Filiberto, el capellán Fortunato que tantas heridas cerró en los campamentos del Paraguay.

Roto el hielo, ó más propiamente el fuego graneado por el que caían botellas como adversarios, entre otros muchos temas abordó el capellán castrense, canónigo Sevilla Vázquez, tan lleno de chistes sin malicia como de cepa andaluza.

—No es tan poco frecuente cual parece la fusión de uniformes y sotanas, que en sincera fraternidad nos reune. Si algunos clérigos dejaron el hábito por el uniforme, mayor número de militares colgaron la espada por vestir sayal.

Y el capellán Machado, dirigiéndose al gentil

marino, ayudante de Tamandaré después, é infortunada víctima de lucha intestina en el Brasil, capitán Saldanha, agregó:

—Sin ir más lejos, señor, aquel curita tan modesto que divisa usted al confín de la mesa, pues por humildad anda siempre á la cola, hoy ejemplar sacerdote, ha sido ¡quién lo creyera! uno de los bravos soldados del regimiento de granaderos á caballo, fundado por los heroicos correntinos San Martín y Alvear, y en el que alcanzó el padrecito, los tres galones de capitán, no por asimilación, sino como oficial de fila, y en acciones heroicas.

—¡A ver, á ver, que cuente sus recuerdos de campamento el capitán Ortiz!,—exclamó uno, haciendo coro á tal pedido sacerdotes y militares, argentinos y brasileros, mientras que el prior decía:

—No lo conseguirán porque es muy corto.— Aprovechando el aludido la confusión y vocinglería desapareció como por escotillón.

... ...

«¡Fray Pajarito!», solía gritar en la calle pifiona muchachería, así apodándole por su escuálida figura de ayuno perpetuo y andar acelerado á saltitos; pero la verdad era que poseía algo de más valor que otras abrillantadas ilustraciones: un gran corazón y una abnegación sin límites.

Más dado á tocar la campana en la que colgaba en horca de sauce contigua á la iglesia de San Miguel, llamaba á misa de alba desde chiquito, cambió luego el instrumento de cuerda por otro no menos sonoro: la trompa cuyas dianas celebraron la victoria de San Lorenzo.

En el contingente que enviara el gobernador de Corrientes destinado al regimiento de granaderos, compañero de fila fué de Juan Bautista Cabral y otros grandotazos vecinos de Saladas, San Miguel y Yapeyú, seleccionados los hombres más robustos que formaron la vanguardia del ejército de la Patria. Desde la primera, en la acción de San Lorenzo, recibió su bautismo de sangre y fuego, continuando con la escolta de San Martín hasta Salta, y después en el campamento de Plumerillos (Mendoza) de donde trasmontó los Andes, ya de sargento.

Llevado á la Maestranza que otro fraile Beltrán, organizaba, en Putaendo fué alférez, en Chacabuco teniente, y después de Maipú capitán. Una conducta ejemplar y un valor como de correntino, distinguiéronle en todas las comisiones de paz y de guerra.

Antes de partir San Martín de Mendoza y emprender su cruzada al Perú, encontró al «Capitán Pajarito», que se hallaba en comisión reclu-

tando reemplazantes para cubrir las «bajas» que la muerte abrió en el famoso regimiento.

Ya fray Beltrán capitán de Maestranza, le había recomendado por su conducta ejemplar al general en jefe, á quien no era un desconocido su hermano de cuna. Entonces por tercera vez insistió, solicitando la «baja», pues que su vocación primitiva le atraía á la vida claustral, pareciéndole que la campanita de su adea le llamaba, sobresonando á través de las cornetas del campamento.

III

Escandalizado al oir comentar en los fogones la noche de Chacabuco, que cruzara entre los gritos y lamentos de los heridos arrastrándose hasta la rueda de sus compañeros, hizo un voto prometiéndose asimismo de imitar, no el ejemplo de fray Félix, que se arremangaba el hábito tinto en sangre para proseguir matanza, sino de colgar la espada, cuando la guerra de la Independencia terminara, y propagar bajo el hábito seráfico los principios de caridad cristiana y de humanidad aún en la guerra, socorriendo al caído, y procurando cerrar mayor número de heridas que las abiertas por los corvos famosos de su regimiento.

Así procedió. Después de Maipú, cuando los

argentinos creyeron concluída allí su misión, pidió la «baja» ingresando al convento. Tenía el buen cristiano más de valiente que de instrucción, y cuando San Martín le llamó á solas con objeto de disuadirle, no lo consiguió.

—Un capellán no ha encontrado inconveniente para convertirse en militar; menos encontraré yo, soldado que he cumplido con mi deber para continuar con honor una orden que por severa que sea, no es más rigurosa que la militar.

Cuenta Fray Félix que por una promesa de su madre, si salvaba de las viruelas en su infancia, le prometió para la Iglesia, y que encontrándose con hábito y corona á su mayoridad, creyó deber cumplir la promesa maternal; pero que luego seducido por la carrera de sus hermanos, de capellán ascendió en grados militares de asimilación, y de ésta á soldado de fila.

—¿Entonces, pretende dejar usted en él su personero en el ejército?—replicaba el general, á las repetidas solicitudes del capitán.

—Ni tampoco ser su personero en la orden religiosa que escandaliza, pero me eligió el señor general asistiendo heridos en San Lorenzo, y ya los franciscanos de aquel convento me auguraban inclinación natural á otra orden que la militar. Fuí soldado por accidente. Usía tiene sobre su despacho mi foja de servicios.

Ahora que se ha terminado la guerra, ó al menos la misión del ejército argentino, más allá de las fronteras de la patria, solicito respetuosamente de Su Excelencia venia para tramitar la baja y entrar en el convento de mi predilección.

—Por sus meritorios servicios cuente con mi apoyo, capitán; por más que en eso de haberse acabado la guerra hay mucho que andar. Si bien no hay un soldado español en la Argentina, por sus vecindades asoman codiciosos acechando la presa. La independencia americana obra es de mancomunidad. Fuera de esto, y en otro orden de ideas, me informa el capellán del ejército no sabe usted ni el «musa muse» del latín.

—Regresaré á mi pueblo para predicar en guaraní. También los que sólo ese idioma entienden son cristianos. Soy de Misiones y en vecindad del pueblo de su nacimiento, señor general, he nacido cerca de Yapeyú.

Acaso por esta inmediación de cuna, ó porque al fin á cada uno «le llega su San Martín», insistió tanto, apadrinado por el capellán del ejército de los Andes, que no pudo negar el general en jefe lo solicitado después de Maipo.

Muro de inconvenientes más alto que el de los Andes se levantaba ante «Fray Pajarito».

El obispo de Chile se descartaba por no ser de su diócesis. El obispo de Cuyo, le daba otro

empujoncito para atrás porque no era de su feligresía. El de la capital de la República, porque era guaraní. Y así comenzaba tanto tropiezo el bravo granadero andando de Herodes á Pilatos, como en la vía crucis de toda aspiración humana.

—Para derramar mi sangre en Corrientes, como en Santa Fe, Salta, Mendoza y Chile, no averiguaron de mi procedencia, y en todas partes la encontraron de igual color á las de los más decididos patriotas. Para consagrarme á la carrera de mi inclinación, pues aprendí á llamar misa antes de tocar llamada en la corneta, tropiezo con mayor número de inconvenientes. ¡Bendito sea Dios! Pero el santo de mi devoción, «San Juan de Vera de las siete corrientes», me ha de alzar de las siete caídas, en alguna de ellas me ha de dar la mano.

Y el milagro se produjo. Antes de embarcarse San Martín en Valparaíso en el segundo memorial apoyado por el padre capellán, escribió San Martín al Deán Zavaleta, empeñándose dispensara todo lo dispensable al capitán Ortiz para que se metiera á fraile, ya que en tal quería transformarse.

IV

Tiempo pasó para llegar á domar la aspereza de lengua más indomable que mula cuyana dura de boca, atascado en el «quis vel qui»: todos los burros se atracan aquí. Pero tras largos años de estudios de consagración ejemplar, logró vestir hábito, alcanzando corona, y al fin cantó misa. Misa de Gallo, entre gallos y media noche, que era para el tenaz correntino la primera, sin duda pàra que no se percibieran galones bajo el sayal, y de sacristán ordenado «in sacris» de padrecito de misa y olla, aun no siempre contando con esta última, eleváronle á cura de almas, nombrado párroco en la iglesia de San Miguel en Corrientes. Allí predicaba en guaraní, según había ofrecido, y como más fácilmente se hacía comprender por los rurales de su feligresía, practicaba todas las virtudes, descollando en la enseñanza evangélica, en caridad cristiana y vida ejemplar. Día y más de uno hubo, que pobre mujer iba á decirle: «Padre, vengo á encargarle una misa por mi madre que en gloria esté, pero no tengo con qué pagarle, sino este único huevito que la comadreja olvidó en espeso biznagal que rodea mi pobre rancho.»

—Bueno, no importa hermana; será servida.

Todavía ese huevo no lo destinaba á su ali-

mento, llevándole á otra vecina más pobre. En cuanto al propio sustento, bien mezquino por cierto á su flaca humanidad tan económica, no se preocupaba, contando mesa puesta en todos los ranchos de la vecindad, donde se le llamaba al pasar, bien que en muchos no había mesa ni pernirrota. Cuando al sonar las doce la campanita de la iglesia, salía por cualquiera de las estrechas calles que la rodeaban, seguro estaba que en más de una asomaría correntina dadivosa á rogarle entrara á partir su pan de cada día.

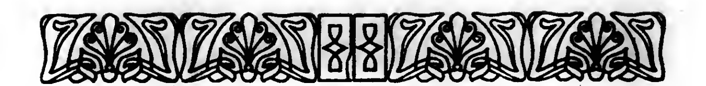
—No caso único,—terminó el padre Quintana.

En los ejércitos de la Patria, aquí y en otras provincias, como en la misma España, en lucha por la independencia primero, y en la de los carlistas ¡cuántos sacerdotes á imitación de los Levitas del pueblo del Señor tuvieron que encabezar huestes para repeler invasores!

Si algunos sacerdotes tomaron armas, mayor número de hombres de armas colgaron éstas en las postrimerías de su vida, acaso desencantados de gloria mundanal.

El capitán Argerich que cargó en andas la imágen de Nuestra Señora de las Mercedes hasta el campo de la gloria en la ciudadela, al día siguiente de la victoria de Tucumán, fué uno de

los más ilustrados curas de la parroquia de ese nombre en Buenos Aires, y el capitán fray Ortiz no será su último colega en la cuna de San Martín y Alvear, que milicia es la vida y batallar continuo toda ella.



Una lágrima del Gral. San Martín

(TRADICION DE 1822)

—

La lágrima no miente!

I

No siempre lágrimas expresan debilidad o sufrimiento; sobre las de angustia, otras más hermosas hay de reconciliación, de perdón; hay lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de ternura. de recuerdos, lágrimas de amor y hasta lágrimas de alegría. La palabra es falaz, la lágrima no miente. Cuando en un hombre de entereza como el de quien la América ha coleccionado tantos actos de heroísmo y abnegación de este su primer militar, vióse correr ese jugo íntimo cristalizado por el sentimiento, tocado fué sin duda por emoción que dignifica.

¿A cuál de esos nobilísimos sentimientos de al-

ma grande correspondió la lágrima del veterano fortísimo, y dónde, cuándo, cómo se observara la única que se le vió verter?

No fué en medio del peligro, en sus tribulaciones, no al alejarse de la ribera natal, para ir en busca de instruirse en el arte que enseña la victoria, Colegio de Nobles de Madrid, donde se codearon Belgrano, Bolívar, Alvear y tantos otros. Herido en Africa, en Europa y en América, nunca se oyó un lamento de su alma bien templada.

Su lágrima, su única lágrima estaba reservada á satisfacción y reconocimiento que ennoblecen.

Sabido es, que cansados de esperar y en la impaciencia de la nerviosidad argentina, soldados que recorrido habían la América cuan grande es, hasta el Ecuador, sus sables enmoheciéndose por inacción andaban saliéndose de la vaina, y también del ejército, algunos de sus jefes. Preguntaban si en Lima se acababa el mundo y empezaba la gloria, á la que tan encantadora ciudad parecía, por tanta cara de gloria, si las tapadas se destapaban, bien fuera entre sombras, cuando todos los gatos son pardos.

II

Cumplen noventa y un años de la noche en que llegó á oídos de San Martín el primer rumorcito amotinador, ocurriendo á la hora en que reunidos los conspiradores en medio de ellos, y al abrir de pronto las puertas de la sala, desciñéndose la espada que colgara con su falucho, se adelantó, exclamando en su buen humor de pocos momentos:

—¡Hola, mis amigos! Cuánto celebro encontrar reunidos los compañeros de Chacabuco y Maipo. Esta noche es de alegría; llegan noticias de los chapetones que se descuelgan de la sierra, y aproximándose, nos evitan marchas y contramarchas por cordilleras y vericuetos. Vamos á brindar por aquellos primeros laureles que juntos recogimos en la cuesta de Chacabuco y en el valle de Maipo.

Todos sorprendidos alzaron, no sus espadas, sino las copas, renovando sentimientos tan a tiempo recordados.

Presentándose en la hora de la ingratitud el General desarmado, en medio de compañeros que condujera tantas veces á la victoria, había desarmado á los más exaltados.

... ...

Transcurridos algunos días, el vientecito re-

volucionario, corriendo y recorriendo tomaba mayor fuerza, amenazando tempestad, por lo que reunió en palacio los jefes de la división argentina, chilena y peruana, y exponiendo San Martín ante la Junta la denuncia, incitó al Coronel Heras (colombiano y jefe del Numancia, regimiento pasado del enemigo), quien estaba á cabo de la conspiración, indicara los jefes que proyectaban sublevarse.

Con sorpresa, contestó que su delicadeza no le permitía nombrar personas, limitándose á denunciar el hecho para evitarlo, como en otra ocasión. El General Alvarado propuso que por el honor del ejército se mandara levantar sumario.

... ...

No muchos días después, al ir Las Heras á embarcarse para Chile, despidiéndose de San Martín, se paseaban ambos en el salón de palacio á puerta cerrada, cuando deteniéndose de pronto exclamó:

—Puesto que dice saber mejor lo que ocurre en el ejército, ¿quiénes son los conspiradores? usted debe conocerlos.

—Los conozco, señor; mi honor me impone reserva.

En un arranque de irritación, hasta entonces no visto, clavando su mirada penetrante sobre

ojos que nunca se bajaron, y tocando su espada, exclamó:

—Soy su jefe y me debe la verdad.

—Ni con la muerte—contestó—me arrancará una deslealtad. El general Las Heras no será jamás delator.

... ...

Pocos minutos después, aquellos amigos de tantos años, separáronse disgustados.

III

Guardadas respectivas distancias entre el genio de la guerra y el modesto hijo de Misiones, que un día triunfara sobre sus veteranos en Bailén, al final de sus respectivas jornadas reprodujéronse ingratitudes semejantes. Los mariscales de Napoleón, repetían: «Sin nuestra cooperación, sin haberle levantado sobre nuestros hombros para elevarse al trono, el Ogro seguiría pequeño corzo de cinco pies. Cada uno de nosotros valemos tanto como él, y reunidos, más que él.»

Los generales de la independencia valían algo más que aquellas cabezas sobre las que pusiera Napoleón una corona, pues que no luchaban por encumbrar un ambicioso, sino por la emancipación de un mundo.

Fuera que en el Perú pululaban aún muchos condes, duques y marqueses ; que el pueblo no se hallaba preparado para la democracia republicana, o que el soberbio colombiano minaba toda tropa fuera de su mando, cierto malestar conmovía las formadas por argentinos, chilenos y peruanos. Cansado el Protector de oirse vilipendiar en prosecución de una corona, fué inspirado por el acto de abnegación que más le engrandece, franqueando el paso á su émulo y ofreciendo elementos para el más próximo triunfo final.

Todos aquellos que se creían capaces de iguales hazañas sin el gran capitán, palparon bien pronto que sin la dirección del jefe genial, muy á retaguardia quedaban para alcanzar sus hazañas.

Cuando el sol se hunde, sus reflejos se desvanecen.

IV

En más de una ocasión nos fué dable recoger frescos recuerdos de la generación que sucedió á la de la independencia, y de las hijas de San Martín, Balcarce, Olazábal, como la del General Las Heras en su propio hogar, oímos reminiscencias cual la de la única lágrima de San Martín.

... ...

Un año no pasara de la última noche de Las Heras en Lima. En cuanto San Martín llegara á esta ciudad se dirigió al antiguo palacio de O'Higgins y casa de correos, ansioso de cartas de su adorada hijita, único amor que restaba al que pasó de triunfo en triunfo, aclamado por los pueblos de medio continente.

—«Mi padre cruzaba al anochecer por la misma vereda, desconociéndole bajo la amplia capa española que le embozaba.»—Suponiendo San Martín intencional descortesía, sintió como un golpe interior, y saliendo al paso gritó:

—¡Gregorio!!

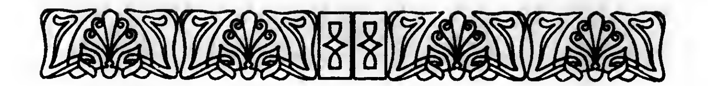
—Don José...—contestó, reconociendo al punto la voz que tantas veces había tocado su oído, eco de voz de mando que ordenaba la victoria, y dando media vuelta se encontró en sus brazos, notando una lágrima que padre repetía haber visto por vez primera asomar á sus ojos, al oirle exclamar emocionado:

—General, usted es el único que me habló la verdad en el Perú. ¡Gracias! Dios se lo pague.

... ...

El gran capitán siguió caminito al ostracismo que voluntariamente se impuso, por no presenciar destrozamiento en luchas intestinas de tres naciones á cuya independencia cooperó, y el que sólo terminó con sus días, lejos de la patria, pero

no tan lejos que no llegara allí la fama de su renombre, donde la posteridad le había de levantar monumento de glorificación. El compañero de sus hazañas fué á sentarse bajo el palmero del hogar en la serena tarde de su ancianidad, á cuya sombra apacible contaba de las grandezas de la patria, nobilísimos ejemplos que aleccionan.



El primer argentino que navegó en Vapor

—

Fué el primero que propagó más lejos de su Patria el pensamiento argentino.

I

En el octogésimoquinto aniversario del día luminoso de nuestros fastos en que el estandarte de humo y llamas de un barco reflejó sobre las aguas de este puerto, acaso no sea del todo inoportuno exhumar el nombre de un argentino ilustre, que lo era desde antes de ser el primero que navegó en barco á Vapor.

Viajero, periodista, poeta, comerciante, fué progresista liberal de pensamiento y acción, impulsando la emancipación americana con más fuerza que el propulsor que le conducía hasta Car-

tagena, en propaganda por las costas mexicanas, para auxiliar la independencia de la «perla» de las Antillas». En la Argentina y Chile, Perú y Colombia, huellas dejó de su apostolado, ejemplarizando con sus donaciones y abnegación, con la elocuencia de su pluma y de su palabra, predicando los principios de la religión de la patria nueva.

No obstante todos estos nobles antecedentes, razón tuvo uno de nuestros eruditos poetas en llamarle «¡forastero en su tierra!» Firman publicaciones en su honor: Vicuña Mackenna, Palma, Menéndez Pelayo, Ticknor, Fernández Madrid, Florentino González, Vergara, Basavilbaso, en periódicos de Chile, Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia y Méjico. Mientras excursionamos por descubrir su nombre, he aquí cuento al caso de otra excursión memorable!

... ...

Un año antes fondeaba en Montevideo cierto bergantín, nombrado como su propulsor: el «Vapor», pero hasta el de 1825 no levó anclas el que tampoco salió del Plata, ni llegó á él. ¿Quién fué el argentino que primero se arriesgó á los peligros de lo desconocido en elemento pérfido como la onda?

Poeta en acción, en alas de su fantasía emprendió vuelo un domingo, y fué no á oir misa, á hacerse oir de su cara suegra, desde un barqui-

to á vapor, desmintiendo la afectuosa carta que da la noticia, el adagio: «Amor de yerno sol de invierno».

Siguiendo el rastro de ese afanoso cultor de las letras y del tabaco, oímos á nuestro sabio codificador, reclamara su cuna para la ciudad del Deán, de quien era sobrino, y á quien por intermedio de Mosquera propuso representante de Colombia, en la Argentina, cuando el andariego compatriota llegó á desempeñar el Ministerio de Relaciones en Bogotá, según lo confirma el doctor Florentino González.

No ha mucho la viuda de otro poeta, y poetisa ella misma, mi señora y colega Soledad Acosta de Samper, noticiábamos que la dolorida Elena, hija única del compatriota cuya memoria evocamos, deslizaba sus melancólicos días en la hacienda «Tucumán», á las afueras de Bogotá, que denominara así en homenaje á la tierra del padre amado.

II

Espléndida mañana la del domingo 13 de Noviembre de 1825, al recordar de nuestros abuelos, que inasistentes á la «Plaza de Toros», dos días antes, festividad del Patrono San Martín, por

prohibición de toda corrida en día festivo, no pudiendo ir á la plaza se fueron á la playa.

Con la boca abierta lelos quedaron los curiosos al divisar «¡miserable visum!» cómo se movía y empezaba á virar, sin rumbo norte fijo, una embarcación sin velas ni remos que á poco andar salió echando chispas entre silbatos y espesa humareda, barquito que parecía ardiendo por dentro, y cuya alegre caravana embarcóse intrépida á descubrir el vellocino de oro, que tal resultó la exportación de vellones de lana del Plata, mina de mayor rendimiento que las del Potosí. Era el bergantín «Druid» (Capitán Bell) que á todo vapor y en sólo seis horas efectuó rapidísima travesía de tres leguas, enfrentando las barrancas de San Isidro, en cuyo microscópico puerti del borrascoso Sarandí, escondido entre ceibos y sauzales, no se arriesgó. De popa á proa, de la quilla al mástil, todo era inglés. Sobre cubierta ó entrepuente, por todos lados se oía el idioma del mar, y hasta la sirena silbaba con pronunciado acento irlandés. No faltó quien murmurase «sotto voce» andaba el barco con los tornillos flojos, ó algún tornillo faltaba á quienes tan vanamente se exponían.

Esos audaces hijos del mar, los ingleses, están acostumbrados á ahogarse, pero atrevidos debieron ser, argentinos que se embarcaron con los compatriotas del Comodoro Brown, único extran-

jeró que llegó á ser nombrado gobernador de Buenos Aires, á tal punto le argentinizaron sus hazañas en defensa de esta tierra. En aquella ocasión no mandaba el barco: platicaba con Miller O'Brien, Harrart, Shéridan, Armstrong, calculando no sería difícil aplicar la máquina que ensayaban á buques de la escuadra.

Once mil quinientos pesos costaba el «Druid», suma igual, en Europa, á la de la primer locomotora que al rodar sobre la plaza del Parque doblara su dispendio. ¡Qué comisiones! sobrepasadas únicamente en los tiempos de la manzana de oro, Congreso presupuestado en cuatro millones, en el cual absorbido se han treinta, faltando otros tantos para su terminación! Calculábase que cuando se duplicara el número de esos primeros cuarenta pasajeros, se reduciría á cinco pesos el pasaje de ida y vuelta. En el primer Paquete establecido diez años después á Montevideo, se cobraba una onza oro por trayecto que, á toda máquina, no siempre terminaba en tres días.

Cinco años apenas de la invención de Fulton, que desconociera el genio de Napoleón, un armador americano (1812) obtuvo privilegio del gobierno argentino para navegación semejante á la inaugurada sobre el Hudson. Fenecido el plazo, sin que nuestras interminables contiendas dieran tiempo para ensayo de tanto progreso, informe

firmado por Wilde y Bevans opuesto á su renovación, proponía se diera el privilegio á una compañía de accionistas, mil acciones de trescientos pesos, prontas á subscribirlas comerciantes de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay.

III

Por entonces en cafés y salones, los doctores García y Belgrano, Erézcano, Irigoyen, Riglos, criollos que acompañaron á Brown, eran saludados con entusiasmo hasta en los bancos de la Alameda, corrillos del muelle, y vejetes que envueltos en sus ámplias capas españolas tomaban el sol y rapé, contertuliando por las tardes en los poyitos que rodeaban los fosos del Fuerte.

—¡Ahí viene uno de los audaces argonautas! —se aclamaba. La valiente argentina que acaba de subir al cielo en aeroplano, no es más aplaudida hoy de lo que admiraban nuestros abuelos de aquellos días á los pasajeros del «Druid». Bien que los más jóvenes, llenos de vanidad, erguían la cabeza en los estrados, principalmente en el de Madama Mendeville, primera entusiasta que más tarde navegó en vapor hasta el Janeiro.

No dejó de amenguarse la agigantada nom-

bradía de los porteños, cuando á poco andar llegó noticia que meses antes, el 9 de Julio de 1825, un otro argentino, de las provincias de arriba, habíales tomado la delantera. «¡Sic transit gloria!»

... ...

Semejante á la única casa colonial, hoy en pie, del doctor Medrano, conocida por de la «Virreina Vieja», y contemporánea á las de Costanzó y Basavilbaso en la misma calle Belgrano, ostentábase desde las postrimerías del siglo XVIII la casa del Virrey, más digna de recordarse por haber sido primitivo areópago de intelectuales, que por el efímero gobierno de Olaguer Feliú, virreynato de carambola, según pliego de mortaja, muerto el primer reemplazante del virrey Melo.

Hasta entonces ese camposanto tras la iglesia, ó campo de ánimas, reputábase tan peligroso desde oraciones que todavía el primer periódico recuerda el letrero de la esquina: «No pasen por aquí que andan las ánimas». Y es por el núcleo de sabidores que allí se reunían como primitivo centro de luces que espantó ánimas, fortaleciendo é ilustrando ánimos, que mejor se recuerda la casa solariega frente al Banco Nacional.

En periódicos de épocas respectivas se recuerdan los nombres del fundador del *Telégrafo Mercantil*, coronel Cabello y Araujo, Cerviño,

Muñoz, Vieytes, Belgrano, Real de Azúa, en esa antigua casa de Azcuénaga el que congregaba allí á su alrededor el primer centro de amigos de letras, al señor Lozano, doctor in utroque de la Universidad de Córdoba.

Veinticinco años después, los canónigos Gómez, Funes, Segurola, al salir del coro de la Catedral contigua, subían los dos altos escalones de su gran puerta, sobre cuyos umbrales tres y más generaciones han presenciado, en cien años el desfile de festividades patrias, á reunirse en tertulia literaria con de Luca, Real de Azúa, el periodista, y don Pedro Feliciano Cavia. Otros veinticinco años más tarde, en ese mismo estudio del doctor Miguel Olaguer, corto de vista pero de muy larga vista intelectual, concurría ya en su interesante biblioteca ó en la sala de los Virreyes, cuyos retratos ostentaba, alcanzamos á oir instructivas conferencias á los doctores Juan M. Gutiérrez, Quesada, Navarro, Carranza, Zinny, Cuyar, Lozano, etc.

En la segunda generación de contertulianos (1825) cierto día que se hallaban presentes Riglos, Sarratea y Belgrano (el doctor), entró el Deán misiva en mano, llegada de luengas tierras, exclamando regocijadamente:

—Señores argonautas: mucho siento que se

les vaya el gozo al pozo. Habéis sido segundones no primitivos que navegaron en vapor.

Y con cartas el señor Mosquera leyó copia de la de un su sobrino con la fausta nueva que enorgullecía á éste, comprobando que el 9 de Julio del año anterior, es decir, con cuatro meses de anterioridad, otro compatriota había navegado en vapor desde uno de los puertos de Colombia. Extractamos el texto: «El lunes tenemos un paseo en barco á vapor, para que vea Elvira lo que es, y vaya acostumbrándose á vivir á la inglesa. Su consignatario, antiguo amigo mío, lo tendrá á mi disposición».

Aclarado el enigma de cómo sin haber llegado al Plata el primer Vapor, pues se agregó máquina á un barco en la Boca del Riachuelo, se divisó de estas barrancas haciendo los primeros pininos, virando y maniobrando dentro del puerto, proseguiremos en la aclaración de la firma borrajeada en cartita encocoradora tan intempestivamente llovida.

IV

El autor de la correspondencia, bachiller en el Colegio de San Carlos, estudiante de medicina en Lima, conspirador en todas partes y comerciante en la Habana, entretenía sus ocios escri-

biendo sobre sacos de café, la poesía que empieza:

Hay en el mundo dos felicidades:
Una ser rico y otra ser soltero!

firmada en vísperas que en alas del amor volaba á Bogotá, á ofrendar sus laureles de poeta ante la hermosa bogotana Elvira Zulueta, hija de la señora Teresa Domínguez, modelo de suegras sin duda, que no era sólo cariño en cartas el que en delicadas expresiones le enviaba, y el Soneto con que cerraba la sátira largamente sostenida con su íntimo amigo y poeta José Fernández Madrid:

No más el tiempo en versos malgastemos,
Porque á la sombra del laurel de Apolo
Coronados y hambrientos moriremos!

Estos si fueron bellos conceptos que en el papel quedaron, pues que así como cantaba la independencia del solterismo en momentos de matrimoniarse, muchas páginas siguió imprimiendo, ya con la hermosa versión de «Cartas de Jacobo Dortis», ora con la magnífica traducción «El Cementerio de Aldea», (Gray) que autoridad tan competente como Menéndez Pelayo designa la mejor en lengua castellana.

... ...

Pesando pilones de azúcar y enfardando tabaco se hallaba en el establecimiento á su cargo, calle San Ignacio 6 (Habana) cuando cierto día que no vaciló grabar en piedra blanca, uno de los más alegres de su vida, se le presentó otro de sus íntimos condiscípulos, que con don Juan Andrés Gelly y don Epitacio del Campo se habían encontrado en el mismo banco de escuela veinte años atrás. Era este heroico defensor de nuestra independencia el Coronel de granaderos don Angel Pacheco, que colgara su espada al terminar la guerra, y antes de volverla á desenvainar para cosechar nuevos laureles en Ituzaingó, comerciaba allí su cargamento de carnes del Plata á la Habana, siguiendo después por achaques del corazón hasta Génova á solicitar del alto magistrado que ejercía justicia allí, le concediera en justicia la mano de la beldad que aquí le aprisionaba, dignísima señorita Reinoso, si bien apasionada por el joven guerrero, esperaba la bendición paterna que á tan larga distancia fué á solicitar.

Cuando más esperanzas prometía,
Le sorprendió la muerte en su camino;
Bajó la noche en la mitad del día!

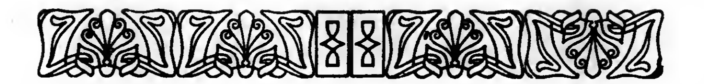
escribió Zalazar sobre este periodista de fama continental, según Fernández Madrid, de quien

Urquinao dijo: «La América debía vestir luto, sobre todo, la Habana, por el primitivo propagador de su independencia». Distinguido americano, hombre de superior talento, versado en los clásicos latinos, poeta fácil, elegante para hablar, encantando la sociedad que le escuchaba, agrega González y Vergara: «Hablaba con igual facilidad y corrección el español, francés, italiano, inglés y portugués, teniendo conocimientos bastantes extensos del griego y el latín, llamándole el «Príncipe de la conversación» los granadinos y el «Adonis de las damas» las colombianas».

Confirmándose una vez más que nadie es profeta en su tierra, agregado á la indiferencia con que desdeñamos todo lo de casa por ser propio, de extrañar no es que el «forastero en su tierra» fuera más conocido lejos de ella.

De tan notable compatriota, de quien el crítico Gutiérrez repite: «Fué poeta como Heredia y vivió como él la duración de un relámpago», encontramos al fin su nombre en un rincón de la Biblioteca Nacional, primero de los treinta y siete volúmenes (edición in folio de Bodoni), que por conducto de su amado condiscípulo Pacheco envió, y también según oímos á este General, una cantidad de dinero para costear lujosa encuadernación en Buenos Aires, que en la Isla no había quien la hiciera. Obsequio en testimonio del agra-

decimiento que guardaba hacia su respetable rector, doctor Chorroarín, jefe á la sazón del establecimiento fundado por el inmortal Moreno y hacia la gran ciudad donde recibió su instrucción según la carta del 27 de Julio de 1822, firmada con el nombre de JOSE ANTONIO MIRALLA.



La Escuela de don Juan Peña

TRADICION del ULTIMO DÍA de la TIRANÍA

—

Aquí se enseña á amar á la Patria.

I

Allá por los años de 1825 en una casa vieja se abría una escuela nueva. El maestro era joven, y su sistema de enseñanza rejuvenecido con las innovaciones de Lancáster. Sin escribir libro alguno, muchos ejemplares publicó que, á la vez, sin ser reimpresos, perdura, sino su lectura, su enseñanza en numerosos descendientes de sus educandos.

Puede recordarse en justicia que la Escuela de don Juan Peña hizo escuela. No fué simple maestro de palotes, si bien muestras de su propia letra decoraban los muros, notables por su her-

mosa caligrafía. A la enseñanza primaria agregó la de dibujo y francés, no llegando á la de solfeo ó canto, pues éste se oía á todas horas en desconcierto, que por oleadas entraba á interrumpir el silencio de la clase, gangolina infernal de chinas y gringuería en el mercado contiguo que parecía merienda de negros.

En el mismo solar se había abierto en 1792, el primer Teatro de la Ranchería; desde entonces todo el barrio quedó cantando por esa «calle de los mendocinos», ó arribeños con tonada de la sierra antes de napolitanos ambulantes.

Casa vieja en la esquina de Santa Clara y Chacabuco, frente la «Botica de los Angelitos», transformados hoy en discípulos de San Crispín, sin duda, por exigir más fuerte calzado nuestras malas calzadas, que ungüentos y cataplasmas la progresiva ciudad del buen aire. Detalle de memoria infantil: una de las pocas casas de tres pisos en los tiempos de antaño, esa en que don Juan Dillón estableció su farmacia, actual zapatería, y en cuya propia calle, á pocas cuadras, elévanse actualmente catorce pisos del primer rascacielos. Oficina de Ajustes, no atinamos si para tornillos flojos, de tantos que cruzan la bajada, ó para ajustarles las cuentas á empleados en la aduana vecina, acostumbrados á que se les quemen los li-

bros, y también los depósitos, á razón de incendio por año.

II

Puerta ancha en zaguán espacioso, á la derecha abría la que comunicaba al interior de las habitaciones de familia. A la izquierda salita donde el maestro recibía bondadosamente á cuanta madre afligida llegaba á confiarle sus retoños. Alta parra de uvas siempre verdes, que los escueleros se encargaban no dejarlas madurar cubría el primer patio, conduciendo húmedo corredor al segundo de oficina indispensable. Frente la puerta de calle, el salón chico para los grandes, y haciendo cruz, el salón grande para los chicos, con dos ventanas y puerta intermedia condenada, debido este nombre, no sólo por férreos barrotes fijos, sino por ser paradero perpétuo de penitenciados, con larga lengua de bayeta colorada á charlatanes, ó cucurucho alto de papel marquilla, único castigo, substituyendo la azotaina en la escuela de Argerich y la dura palmeta con agujeritos en lo de don Rufino Sánchez.

En la conjunción de ambas salas se alzaba sobre tarima de dos tramos alto pupitre, desde donde la mirada vigilante del maestro, que lo ve todo como la mirada de Dios, abarcaba su pequeño

mundo infantil. Poco lo ocupaba, paseándose de continuo á la cabecera de largos bancos en filas sucesivas, corrigiendo las planas ó examinando gramática á los monitores ó mayores de cada uno, bien que algunos de engreñados cabellos sólo seguían la gramática parda.

Añeja costumbre inveterada fué de apodarse aún entre los más compañeros, subrayando el nombre propio con adjetivo picante ó picaresco. Así denominábase al último, el «banco de chocolate, pan y manteca». Tres aplicados niños deletreaban allí su Cristo, A. B. C. Hijo el uno de un laborioso vecino don José Uranga, quien seguía multiplicando chocolates y chocolateritos, calle Piedad número 52. De la no menos acreditada panadería del señor Villanueva, Piedras número 221, el segundo; y lindo rubiecito el tercero, de vivos ojos grandes como hermosas cuentas celestes, retoño del almacenero, Santa Clara número 151 ½, sobre cuya pintarrajeada muestra, colgada frente la puerta traviesa del Colegio de San Ignacio leíamos todas las mañanas al pasar para la escuela: «Manteca fresca de Holanda de hoy». Por más que niños preguntones interrogaban á don Juan Caamaña, nuestro gentil maestro de ojos y narices, nunca llegó á explicar cómo pesadas Urcas de Países Bajos, que otrora intentaron adueñarse de esta plaza, podrían transportarle «en

un día» al almacenero Binel producto de las gordas vacas holandesas.

Seguía á éste el «banco del rompeplatos», proveniente etimología del sueco, que sordo había dejado á su primogénito, al nacer filarmónico, futuro compositor argentino, tamborilando incesamente en el inclinado pupitre, ensayando pininos musicales, preludios que orquestara luego con música de platos, rompiendo sus altos rimeros en el almacén de loza de Mr. Hargreaves (Piedad número 55). Acabó por poner en escena en Suecia la primera ópera de un argentino con buen éxito, comprobando una vez más que nadie es profeta en su tierra.

Tan paciente pecoso, poco se encalabrinaba cuando el más travieso buscapleitos llamábale: «¡Ché, rompeplatos, no te chupes los caramelos de Monguillot que le birló Fasquel al pasar por la propia vereda de ambos, frente la vidriera de su confiteria!» (Victoria núm. 15).

III

Una, dos y tres generaciones adoctrinó bajo aquellos viejos techos el señor Peña, entre cuyos sobresalientes algún tradicionista clarovidente, pudo señalar «el banco de los Obispos», donde

ilustrísimos Aneiros, Boneo, Terreros, Espinosa garabatearon sucesivamente sus «cartillas», como el siguiente «banco de los Generales», codeándose en él los Campos, Bernal, Garmendia, Obligado (Manuel), Balsa, Octavio Romero, é igualmente «banco de los Magistrados», en el cual González Garaño, Langheneim, más tarde Areco, Beláústegui, Martel, aprendieron desde entonces principios de moral y de justicia que pusieron siempre en práctica. En aquella modesta casa de un hogar ejemplar, jamás resonó el eco de pasiones políticas, que dividía la familia argentina, ni penetró como en otras escuelas, el retrato del tirano, que vecinos de la otra cuadra (Chacabuco y Chile, Cuartel de Cuitiño) pasaron en procesión saturnal, para ser reverenciada la imagen del Restaurador sobre el ara santa, donde el Padre Magesté, director del Colegio Federal Republicano, incensara en el de San Ignacio, Colegio de Jesuitas.

Como guardián avanzado del pensamiento en su primer desarrollo, cuando se ordenaba cerrar la Universidad con más ahinco y contracción multiplicaba su afán, cumpliendo la obra santa de enseñar al que no sabe. Bien quisiéramos recordar sus numerosísimos discípulos desde la generación en que Domínguez, Lanús é Irigoyen descollaban, hasta la que en 1864 recogió los últimos acentos de un alma honrada, ¡cuántos y cuántos

proyectaban en sus hijos las luces que él propagó!

He aquí reducida nómina de los que en una memoria de setenta años no se han borrado: Canónigo doctor Víctor Silva, de la Serna, Amadeo, en la primera generación de sus escueleros: y entre otros, de la segunda, en el banco de los Gómez, (don Manuel, Pedro y Elíseo); el de los Aguirre: (Manuel, Rafael, Pedro); de los Marín: (Miguel, Plácido, Domingo); Enrique Urien, Perdriel, Ramón Basavilbaso, Sagastizábal, Bonorino, Ezeiza, Sulpicio Fernández, Jaime Arrufó, Juan y Fabián Molina, Lucio, Lucito y Carlos Mansilla, Melchor Arana, Pedrito Vela y hermanos, Antonio y León Monguillot, Velarde, Solveyra, Constantino Vélez, Morel, Rosendi, Fasquel, Achinelli, Giménez, Escalada, Escalante, Alfredo y Juan Antonio Seguí, Enrique Singler, Narciso Vivot, Leonardo y Luis González, Luciano Aveleyra, Pablo Pacheco, Hargreaves, Biedma, Pedro Piñeiro, Juan Cosio, José María Monasterio, Miguel Crisol, Miguens, Epitacio del Campo, Somoza, Bayá, Marcial Cano, Sáenz Valiente, Meabe, Rodés, Custodio Moreira, Angel Estrada, Luis Palma, Blas Olivera, Borches, Juan Rivera, Pérez del Cerro, Juan Robio, Juan Bautista Gill, Deagustini, Larrazábal, Bullrich, Enrique Peña, José María Rosa, Demaría, Pazos,

Ocampo, Díaz, Saavedra, Jerónimo Zaldarriaga. Chas, Timoteo Calivar, Diana, Lima, Nazar, Uribelarrea, Sagasta, Benguria, Llanes, Enrique Carboni, Cervellón, Camelino, Navarro, Conde.

En diversas épocas, repetimos para evitar protestas de discípulos que empezaron unos en 1824, no acabando todos en 1864, pues más allá de sus días perdura la enseñanza de don Juan Andrés de la Peña.

A más de sesenta años distante, parécenos verle, como en cien días, acariciando los niños que tanto amó, única pasión del Maestro de virtudes, despertando esas plantas en flor, diamantes al natural, labrados en el taller de la Escuela, pulimentados por más amplia instrucción. Pulido él también en sus modales, en su decir, de blanda expresión, de manos suaves cual la suave pluma de ave que adiestraba en nuestras manos, todo de blanco, su cabello sedoso, brillante aureola de plata resplandeciente, su alba cara perfectamente afeitada, blanco su traje, blanca su alma, paseándose al costado de los bancos en hilera, entre las paredes de aquel estrecho templo de la verdad. Notábase como vago reflejo luminoso en la dulce mirada de sus ojos grises claros, transparentando almo sin doblez. Leíase tan claro en sus grandes ojos, pegándose su persuasiva voz venida directamente del corazón, á toda hora pa-

ternal. Como al gran Maestro alguna vez se le vió sonreir, nunca se le oyó reir.

Así infiltró con paciente constancia infinita, sanos principios de moral cristiana, la más sólida base de toda educación.

¡Cuántas otras cien obras bellas podríamos recordar del primer maestro de escuela que abrió el libro en nuestras manos, venido al mundo en el último lustro del siglo XVIII! Ni la muerte concluyó su obra en proyecciones, aún en nietos y biznietos, luces que encendió aclarando el camino de la verdad y de la buena voluntad.

IV

El último día de la tiranía, fué el primero de nuestra libertad de escuelero, que en tal hora dejamos bancos con tanto cariño recordados. Las diez de la mañana sonaban á la sazón en la campana de Cabildo el día más caluroso, (3 de Febrero 1852), cuando al entrar á la Escuela de mala gana, cerraba sus puertas el mismísimo maestro, diciendo á los retardados: «Vuelvan ligero sin detenerse á sus casas». ¿Asueto impuesto? Sin averiguar el por qué volamos, bebiendo los vientos por esa larga y desierta calle Santa Clara, sorprendiéndonos el negro tambor que desde la an-

tigua casa del viejo general Mansilla marchaba por media calle tocando «generala» precipitadamente, en rojo tambor de roto parche que á caja fúnebre resonaba, á tiempo que de las rotas filas del tirano entraban á todo escape los derrotados de su caballería en Caseros, y retumbaban tres cañonazos de alarma en el antiguo Fuerte.

Todavía por doce años más prolongó su propaganda, cayendo como fiel artillero al pie del cañón sobre los bancos en que incansable por cuarenta años había adoctrinado numerosísimos discípulos.

Sus restos mortales entraron á la ciudad del reposo en brazos de representantes de tres generaciones. Sobre el pedestal en cuyo relieve se ve á Jesús rodeado de párvulos, álzase en modesta columna funeraria su blanco busto, repitiendo el mármol lo que hizo en toda su vida: «Dejad que vengan hacia mí los niños.» Se decretaron honores oficiales, amigos, discípulos y admiradores, el gobierno y el pueblo uniéronse en justísimo homenaje.

La Tribuna menciona que cabezas encanecidas de discípulos se descubrieron al abrirse la madre tierra, y rubios ángeles, pequeñitos discípulos en sus postreros días, cubrían el féretro de flores. El ministro Domínguez pronunció la oración

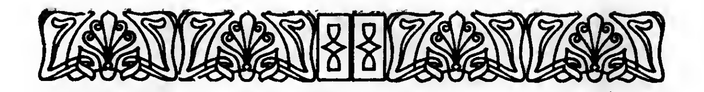
fúnebre en nombre del gobierno de que formaba parte con don Emilio Castro y el doctor Malaver, igualmente discípulos, y al que estos recuerdos evoca tocó unir su palabra en nombre del Departamento de Escuelas, de que era Secretario.

A los cincuenta años de día tan angustioso al corazón de los condiscípulos, me es dable pedir á mis colegas en diversas asociaciones de propaganda educacionista, de Historia, Numismática y otras, honremos la memoria de tan eximio benefactor. Muy especialmente del señor Presidente del Consejo Nacional de Educación, doctor Ramos Mejía, que con tanto aplauso inicia el «Monumento al maestro de escuela», solicitamos que una de las Escuelas proyectadas, en memoria de educacionistas como Argerich, Montero, Rufino Sánchez, Sastre, Sarmiento, Juana Manso, se denomine «Escuela Juan Peña», colocándose en sitio preferente el artístico busto en mármol que han costeado sus discípulos.

Bueno es no olvidar que la escuela es el secreto de la prosperidad de los pueblos. Recordar á quienes en tiempos más difíciles ejercieron su apostolado, es levantar manto más pesado que el de la muerte: el olvido, frecuente ingratitud de los beneficiados.

Lamentamos que de este Maestro de bonda-

des que enseñando cientos de niños pasó haciendo el bien, ninguna de los millares de Escuelas abiertas desde que la muerte cerró la suya, le recuerda. Todavía el mármol blanco como su carácter espera la inscripción sobre frontis: Escuela Juan Peña.



El primer alambrado

(1847)

Puesto en prensa el magín del gaucho más perspicaz, nunca hubiera llegado á comprender cómo un tenue hilo de alambre, casi invisible, resistiría la embestida del ganado bravío, á la vez que preservaría toda disparada y entrevero.

I

Pero al fin, ¿quién extendió el primer alambrado en nuestra campaña?

Tal discusión empezada en el rincón de los viejos, contaminado había á todos los estantes en la tertulia de lo de Guerrico.

Encontrábanse: don Silverio Ponce, estanciero de verdad, rural por los cuatro costados,

frente á don Nicolás Anchorena, rico hacendado que en su vida puso los pies en ninguna de sus estancias; Terrero, Fernández, Iraola, Atucha, Alzaga, Elía, Ramos, Chas, Peña y otros que seguían entrando y llenando la sala, por donde ha pasado todo lo notable de aquellos tiempos.

Las conversaciones se ramificaban en diálogos dispersos, hasta que fueron concretándose en el que vino á absorber los demás.

—No ha de pasar mucho sin que los alambrados se multipliquen, centiplicando las riquezas de los campos—repitió uno.

Al que cierto rural de antigua data, replicó:

—Sí, señor; para guardar cochinillos de la India será bueno ese ténue alambradito, pero tal proyecto es irrealizable. ¿Quién pone puertas al campo?

—Es un error—replicaban otros—seguir con los campos abiertos donde entran, cuerean, marcan, y contramarcan cuantos pasan, aunque les siga la Partida pisándoles los talones.

—Don Juan Manuel de Rozas—agregó Terrero—que entre sus muchos aciertos, no negados por sus enemigos más acérrimos, le reconocen haber sido el más práctico estanciero, empezó á cerrar con tapiales una estancia de cuatro leguas.

La propiedad rural viene valorizándose, y de

seguir como antaño, no semillero de vacas, sino de pleitos, legaremos á nuestros hijos. Hoy nadie sabe lo que tiene. Basta un cuatrero en la vecindad para que señale y contramarque haciendas alzadas ó aquerenciadas, como acontece á Portugués en Tapalqué.

—Eso estará bueno allá por Prusia, donde las cabañas suelen ser no más grandes que poncho pampa. Pero á más de lo costoso de largos alambrados, ya tendrá que galoparse en vueltas y revueltas por el campo, para dar con la tranquera que dé paso. Una simple disparada de yeguas en noche de fuerte pampero los echarán al suelo. ¿Cómo se va á evitar el paso de las tropas? El capataz no ha de respetar que le cierren el camino, usando como adminículo indispensable el cortaalambre colgado al tirador.

En lo más acalorado de la discusión arribó cierto sembrador de ideas, que si bien sólo cultivaba por entonces mimbres en Carapachay, fertilizó muchas inteligencias infantiles y también de grandulitos pradera de su predilección, agregando:

—Señores míos: mientras cada estanciero no cierre bien su propiedad, no sabrá cuántos de los animales que pastan dentro de ella son de su pertenencia—repetía el señor Sarmiento saludando á la reunión.

—Viene usted en mi apoyo—agregó Halbach. —Hacendados rutineros me auguran ruina en los alambrados que implanto, asegurando que ni los postes van á dejar los troperos, arrancándoles para hacer fuego.

—Mi paisano don Domingo poco ha de ententender en vacas, que nunca las vió sino pintadas. ¡Hablando de vacunos, aquí estoy yo!.

Y como la exclamación de este 2.° don Juan también sanjuanino seguía á la de su tocayo, ex ministro de hacienda: «A los pueblos, como á los niños, preciso es limpiarles y asearlos, aunque sigan llorando, pues descontentadizos siempre hubo, encontrando todo mal y peor. Bien que si les cuelga patas arriba, no les cae un cuarto, y aunque les llenaran los bolsillos de oro, habían de seguir quejándose de que las monedas son pesadas!»

Interrumpiendo el contertuliano que entraba, contestó á los dos Juanes contrincantes:

—Puede ser, señor, pero muchos conozco que ya se les ponga patas arriba ó patas abajo, ó se les vuelva por todos lados, de ninguno les cae una idea. Nunca la tuvieron vacunos que en su egoismo no ven horizonte más allá que el de sus vacas.

Y la acalorada discusión arreciaba entre rurales y estancieros de escritorio á la sazón que entraba otro Domingo, á quien el Gobernador ha-

bía dado cita allí, para que le ayudara el conclave de patriotas á convencer al señor Olivera aceptase el Ministerio de Hacienda, vacante por renuncia de don Juan Bautista Peña, antecesor de don Norberto de la Riestra.

Prendida sobre el pucho nueva controversia, sobre si era el señor Halbach el primero ó el tercero en alambrar campos, he aquí lo recordado por el señor Domingo Olivera, ex Oficial Mayor en el Ministerio del señor Rivadavia.

Cual si fuera ayer revemos la tertulia en lo de Guerrico, salón de los cuadros, enfrente al zaguán cruzando el primer patio. ¡Cuántas buenas mejoras se iniciaron y se propusieron! Todos han muerto ya: ¡ninguno queda para catalogar tantas obras benéficas allí iniciadas!

Apenas don Pedro Agote, don Miguel Cuyar y uno que otro estanciero en cesantía. Los jóvenes de la casa, como jóvenes, no siempre pernoctaban alrededor de sus viejos. ¡Qué buenos eran nuestros viejos! ¡Qué no daríamos por volver á saludar aquel grupo de cabezas blancas cuya experiencia transmitía la expresión viva del pasado! Han transcurrido cincuenta años, pero las impresiones de la primera juventud quedan hondamente grabadas. Honrados, sinceros, bien intencionados, cada uno se apresuraba con todo desinterés

á llevar su granito de arena á toda obra de progreso.

II

En 1844, viajando don Ricardo B. Newton, visitaba el parque del Condado de Fitzwilliams, con objeto de enseñar á sus hijos todo lo que puede hacer el hombre de fortuna cuando la emplea en beneficio de sus conciudadanos y del país á que pertenece, según lo hace frecuentemente la nobleza en Inglaterra, siempre á la cabeza de toda mejora social. Llamóle allí la atención un corto tiro de cercado de alambre, cerrando potrero en que pacían ciervos. Inmediatamente comprendió la importancia de cercados semejantes en provincia como la de Buenos Aires, donde la madera es escasa y cuyos ganados pastorean sueltos y sin pastor.

—¡Eureka!—exclamó alborozado el práctico inglés.—Ya lo encontré. He dado con lo que buscaba y resuelve el problema que tanto me preocupa, garantizando los escasos bosques contra destrucciones por haciendas errantes en nuestros campos.

Al día siguiente entró en la primera fábrica del camino, encargando el envío de una fuerte cantidad de alambre de hierro con sus postes y

esquineros correspondientes del mismo metal. Todavía tropezó con alguna demora este primer ensayo. Al arribo del señor Newton á Buenos Aires, supo el naufragio del buque á su consignación. Sin amilanarse ante el fracaso, ordenó por el mismo Paquete, que cobrando el seguro de la mercancía, se empleara su importe en una segunda remesa.

Esta es simplemente la historia del origen del primer alambrado, empezándose por cercar un pequeño jardín, luego huerta, quinta, montes, la gran estancia. A los sesenta años de su introducción pocos establecimientos de importancia quedan sin alambrado.

Newton después de cercar la quinta de su estancia en Samborombón y montes en sus puestos, multiplicó otros muchos así protegidos; por todas partes estableció corrales de alambre en varillas de hierro, repitiendo grandes pedidos á las fábricas inglesas para muchos de sus amigos y circunvecinos. Debemos reconocer á este incansable *pionner* tan importante introducción, á más de otros adelantamientos que le debe la ganadería. Desde que fué posible cercar los campos de una manera rápida y barata, la propiedad llega á ser una verdad entre nosotros. La subdivisión de los terrenos resultó fácil y el cultivo de ellos seguro.

Hasta no hace muchos años en su estancia Santa María se conservaban algunos de los postes de hierro que sirvieron para el primer ensayo de alambrado, reemplazados después por ñandubays. Cuántas veces, penetrando en el local de la Sociedad Rural Argentina en Palermo, nos acercamos á tocar el primogénito de éllos allí conservado, viejo Adán, que sostuvo el primer alambrado.

Indudablemente fué el señor Newton uno de los ingleses más útiles á esta su segunda patria, donde levantó su hogar y su fortuna, como su hijo del mismo nombre, el primer argentino que llevó hasta la Australia su planta incansable de investigador y de estudio, en el cruzamiento de razas aclimatadas aquí. Habilitado de Gibson, Newton abrió tienda en Santa Fe, y sabiendo sacar utilidad de todo, estableció el comercio de pieles antes de volver al Tuyú, donde en 1834 compró cuatro leguas sobre el Samborombón (estancia Santa María). Allí introdujo la máquina de vapor para faenas rurales, la primera prensa de enfardar, propagando plantación de montes con objeto de atraer lluvias, después de haber introducido la raza sajona, y sucesivamente ejemplares de Negrete, Lincoln, Rambouillet y Durham, entre otros vacunos. Ensayó también el pozo artesiano, cavando ciento ochenta varas más

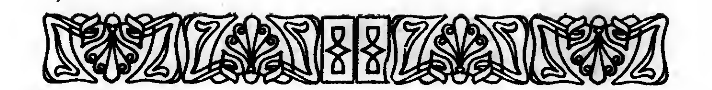
que en el abierto por Sourdeaux, en La Piedad.

Nació para hacer bien á la humanidad y á los suyos. Venido al mundo en Londres, feneció el año de la peste en Buenos Aires (1869) y de su unión con la señora María Vázquez, de esta ciudad, en 1830, formó honorable familia, en la que hijos, nietos y biznietos continúan honrando el nombre de uno de nuestros primeros agrónomos, cuyo retrato se ostenta debidamente en el salón de la Sociedad Rural.

Al par de él la ocasión sale al paso, y no debemos dejar en el tintero importadores descollantes de la importancia de Shéridam, Hanna, Fair, White, Latham, Harrart, Duggan, Clark, Campbell, Bell, cuyos experimentos pusieron luego en práctica, siguiendo selección, criollos tan dignos de aplauso como Pereyra, Vivot, Cobos, Olivera, Santamarina, Martínez de Hoz, Iraola, Alzaga, Ramos Mejía, Madero, Saavedra, Llobet, Casares, Acosta, Vilate, Alvear, Unzué, Villafañe, López, Ocampo, Luro, Anchorena, Elía, Ezcurra, Lozano, Güiraldez, Urquiza, Villanueva, Malbrán, Correas, etc., ya que no es posible recordar á todos, europeos y americanos, que introduciendo nuevas razas aleccionó su ejemplo el refinamiento de la ordinaria oveja criolla.

¡No sólo la gloria de la espada ó de la pluma merece recordación!

Fué el señor Newton otro del numeroso batallón de olvidados, como los que hemos exhumado en tradiciones de nuestro glorioso pasado de ayer.



Un fiscal Catoniano

¿Qué enseña el filósofo Solon?
Que en todo es bueno la moderación.

I

Cuando era *rata de oficina*, noble oficio por cierto, enviáronme cierto día con voluminosos expedientes á casa del Fiscal de Gobierno, más que de modesta apariencia, muy distinta su fachada de las que después habitaron Fiscales y sus Agentes.

Desde su estrecho zaguán entablóse el siguiente diálogo con el hombre que, en mangas de camisa, barría el patio:

—¿Está el señor Fiscal?

—No señor.

—¿El señor doctor don Juan Andrés Ferreira, Fiscal de Gobierno, vive acá?

—Sí, señor.

Y como ya noticias tenía de las excentricidades del personaje en busca, aunque nunca le había visto, no sé porqué barruntaba que el Fiscal y el barrendero en mangas de camisa, habían de resultar una misma persona.

—¿A qué horas se puede ver al señor Fiscal?

Y sin interrumpir su tarea *barrendil*, ni alzar cabeza, contestó:

—Aquí vive Don Juan Andrés Ferrera, que está limpiando su casa, porque el sueldo no le alcanza para pagar quien lo haga. El señor Fiscal de Gobierno que tiene su despacho ahí, primera puerta á la derecha en el zaguán, se encuentra en las horas reglamentarias de oficina, de once á cuatro.

Sacando mi gran *tacho*, al parecer de plata, y comprobando faltaban cinco minutos para la hora fijada, giré sobre mis talones yendo, como los serenos de *La Verbena*, á dar otra vuelta á la manzana.

II

Algún tiempo había pasado, cuando por los diarios se avisó que la persona en cuyo poder se hallára el número de los *tres sietes*, agraciado con el premio de una casa en rifa, podía presentarse

ante la Escribanía de Mogrovejo, para escriturar traspaso de títulos á su favor.

Ya empezaba á murmurarse que tal número no existía y que trapisonda mayúscula encerraba algún gatuperio, para dejar en blanco á todos los creyentes de boca abierta que en rifa tal cifraron suerte, cuando otro sábado, se le ocurrió barrer al buen Fiscal, no el primero y único patio de su casucha, limpia y blanca como tacita de plata, sino los tres cajones de la única cómoda de su hacendosa mujer.

Entre papelitos y sobres de rizos, ya con canas y apuntes de ropa usada, cayó uno amarillento, viejo y arrugado, con *tres sietes* más negros que conciencia de cartulario.

Siguiendo el arreglo del contenido en todo el cajón, le separó, y cuando su buena Petrona regresaba con la mulatilla del mercado, le preguntó á qué rifa referíase el billetito que guardaba.

Ni ella misma recordaba; tanto tiempo había transcurrido desde su adquisición, hasta que leyendo exclamó:

—Ah! es verdad, ni sé si te había dicho.

Cierta mañana, ya hace mucho, me importunaba tanto la vieja billetera, al salir de la Iglesia, que quería darme suerte, más por hacer caridad, pues aseguraba destinarse á los pobres

una parte de la rifa, que por otra cosa, compré ese número del cual ni me acordaba.

—¿Y sabes lo que este número vale hoy?

—Tan poco me ha preocupado, que ni sé si se jugó ó no, ni quien habrá obtenido la casa; solo me interesé por aumentar á los pobres su parte. Pero como en la vida me ha tocado más suerte que tú, mi buen y leal compañero de tantos años, no abrigué esperanzas de llegar á cambiar nunca por ésta, esa casita.

—Así te quiero ver siempre, mi honrada mujer, resignada al modesto pasar que puede proporcionarte tu marido. Pero la verdad es que te ha tocado la casa, cuyo billete ignoraba hubieras comprado. Ahora te voy á pedir un favor. Como sabes, yo no tengo dos morales, una ante el público y otra dentro de casa. Como hombre y como magistrado, uno mismo es el principio que siempre me guía. Te pido no cobres el premio, y sigamos contentos en la pobreza que sobrellevamos.

Como abogado, fiscal y empleado, he dictaminado en cuantas vistas expedí que, en todas esas rifas y loterías, rara vez carecen de irregularidades y engaños. Creo que una persona honrada nunca debe pedir al azar lo que solo del trabajo es dable esperar. Sería pues, para mí una inconsecuencia, borrando de una plumada mis an-

tecedentes, si saliéramos adquiriendo algo en rifas, que he combatido por perniciosas.

Sin inmutarse, ni variar de color, la buena Petrona que también tipo era de *virtud catoniana*, digna consorte de uno de los más honrados Fiscales que hubo en esta tierra, tomó el número de manos de su esposo, devolviéndoselo en cuatro pedazos.

—Talvez hubiéramos podido salir de pobres, dijo: yo no creía proceder mal en lo que hice. Quizás viviendo en casa propia, hubiéramos disfrutado mayores comodidades durante nuestros últimos años; pero no es de hoy que me conoces y sabes que jamás he tenido otra voluntad que la de mi marido.

Y al mismo tiempo que rodaba sobre sus ya arrugadas mejillas una lágrima de afecto, repitióse la escena que el infortunado Rousseau cuenta no haber presenciado nunca: «suspirar de amor dos séres ya encanecidos».

III

Singularidad semejante impresionó vivamente mi imaginación de niño, y díme á investigar antecedentes de virtud tan plausible en aquella, como en toda época. Entonces vino á mi conoci-

miento que el Fiscal Ferrera había nacido en tiempo del *Virrey de las gallinas*, y que era el mismo personaje de quien el General Paz en sus «Memorias» refiere más de una excentricidad.

Emigrado, como la mayor parte de las ilustraciones de su época, tildado de *salvaje unitario*, diez años atrás de la mañana aquella en que le encontrára barriendo el único patio de su estrecha casa, había caído en el campamento que á la sazón se organizaba en la provincia de Corrientes.

Hombre pacífico y poco experto en las armas, en su vida había esgrimido otra que la pluma de la justicia, y se clasificaba á sí mismo de *boca inútil* en el campamento.

Pero, hombre á la vez de ilustración y consejo, el Jefe de esa otra expedición libertadora, deseaba no alejarlo de su Cuartel general.

—Desígneme usted algún trabajo, decía el Doctor, pues de otro modo no me considero con derecho á la ración de soldado.

Y el austero General, reconociendo los quilates de aquel brillante sin engarzar, «que cosa rara fué siempre hallar un hombre honrado á carta cabal», valióse de mil ingeniosidades para retenerle.

Muy pobre y necesitado andaba por entonces, como todo emigrado, sin patria y sin hogar, y sólo los colores de la bandera celeste y blanca,

imán irresistible, le atraían allí donde flameaba.

Llegó en cierta ocasión el General Paz á preguntarle «qué hora tenía» y como le viera sacar un viejo *tacho* de plata, gemelo sin duda del que señalaba la hora que le conocí, se fingió prendido de tan bella prenda.

Aunque desde el primer momento se lo ofreció con toda espontaneidad, el General Paz le dijo, que bien lo necesitaba; pero que sólo le admitiría, aceptando por él las seis onzas que en su mano puso.

--Pero esto es tres veces más de su valor, contestó el Doctor.

—Tres veces más de su valor intrínseco tiene este recuerdo de familia—replicó el General—pues, como usted dice, ha señalado la hora de su casamiento, de su destierro y tantas horas solemnes en su vida.

Y disimulando así el medio indirecto de hacerle aceptar algún socorro en su necesidad que era extrema, contaba después muy satisfecho el General cordobés, cómo le había buscado la vuelta á la austeridad del Abogado porteño.

Tan raro el General como el Doctor, no siempre hicieron buenas migas desde el primer día, pues en algún chiste de campamento llegó runrun, que bien podía haber sido mandado por la

Comisión de Montevideo para que, introduciéndose en sus Consejos, dirigiera al General.

Disipadas las desconfianzas que rodean á un recién venido, se le dió la Auditoria de guerra del ejército, en el campamento de Villanueva (Corrientes).

Entonces solía frecuentar la mesa del General, tan frugal, que los avispados Ayudantes evitaban siempre que el ayuno no era obligatorio.

IV

De tan claras y minuciosas vistas en sus Vistas fiscales, y de fino y nada corto oído como Auditor, ilustrado y severo, en Buenos Aires y Montevideo, en el Paraguay, Brasil y Bolivia, en todas partes dejó recuerdos de recto proceder, la luminosa huella de su paso

Cuantos le conocieron acabaron por hacer completa justicia á su incansable contracción y su desinterés, superior á todo encarecimiento.

Escrupuloso en detalles, era una de sus manías tener todo numerado, hasta las piezas de ropa interior. Jamás vistió la camisa número *cinco*, sin haber usado la *cuatro*. Si en Corrientes no hacía esto, como cuando le conocimos barriendo, fué porque en la pobreza de campamento sus camisas eran *nones*. y no llegaban á tres.

Nacido como queda dicho, en tiempo del *Virrey de las gallinas*, cuando el Marqués de Loreto dejó preso, hasta que se comiera todas, al paisano que le obsequiara seis yuntas por haberle despachado favorablemente el acto de justicia solicitado, vino á fallecer durante el gobierno del Doctor Obligado, que le había nombrado Fiscal.

¡Lástima que fiscal semejante no dejara semilla!

Lleno de talentos y buenas cualidades, cual el General cuadrado que exigía Napoleón, del que era tipo acabado el digno General Paz, ese otro recto ciudadano, fué un argentino honrado por los cuatro costados.

Decía de este último, el primero, que escribir era su entretenimiento, su diversión, su única pasión dominante, á punto de haber dejado algunas toneladas de papel escrito de su puño.

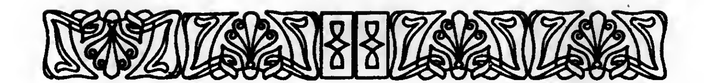
Pero si de elogios se hizo digno el Doctor Ferrera, ¡cuántos no merece su buena y abnegada esposa!

Pobre, humilde y sumisa toda su vida, despierta un día relativamente rica y con casa propia por un capricho de la suerte.

A la primera palabra de su marido, sin objeción alguna, sin la menor vacilación, tira la suerte al pozo, dando espaldas á la fortuna.

En muchos años de Juez, no conocí otro Fiscal, al de esta tradición parecido.

¿Cuántas mujercitas conocéis, queridas lectoras, semejantes á la fiscala de este cuento, que no lo es...?



El Café de la Amistad

...fe !... amistad !...

I

Aunque aclaración á título semienigmático, sencilla y naturalmente fluirá, anticipamos no se trata de endilgar homilía teológica sobre la fe y la amistad, por más que predicamos en época que tanto escasea una como otra. Sin duda necesario no es viajar á Iscariot en procura de un Judas, donde á la vuelta de cada esquina peligro hay de tropezar con un traidor.

Sólo resta del antiguo *Café de la Amistad*, á más de sus recuerdos en tres generaciones que intimaron afectos, humeante taza de aromático moka por medio, fragmentos abollados de ovalada tablilla metálica que tenemos sobre la mesa, descifrando apenas en restos de letras medio borrajeadas:... FE... AMISTAD. Lo que falta, lo car-

comió el herrumbre. Sabio arqueólogo, exhumador de antiguallas, consiguió restaurar letrero en cuyo desciframiento se leía: *Café de la Amistad.*

El afamado establecimiento abría su única estrecha puerta, antes de dos amplias ventanas, todos los días del año, de siete de la mañana á diez de la noche, y desde el subsiguiente al *año negro* (1840) hasta el ennegrecimiento de su frontis, ocasionado por chamusquina de la Estación al frente...

Esto aconteció cuando la empresa del Ferrocarril del Norte, haciendo oídos de mercader á repetidas órdenes de trasladar su viejo casucho indiano, demoledor anónimo juzgó más expeditivo prenderle fuego, ante la reincidente desobediencia con que, esa y otras compañías extranjeras, acostumbran menospreciar la autoridad del país donde enriquecen.

Destarada la parroquia de viajeros retrasados, marinos que ya no desembarcaban por el largo muelle vecino, y asiduos más viejos, esparcidos ya en diferentes cementerios, cerró puerta y ventanas café tan limpio y confortable, después de haber hecho la fortuna de sus dueños y estrechado con apretado nudo amistad de numerosos comensales.

Verdad es que su origen remonta al cariño en los cuartos chicos, anterior á la invención de

Clubs, que á desalojar han llegado contertulianos de confianza del mate, noche á noche al calor de la estufa, sin que el humo del cigarro separara todavía, del comedor á la sala, niñas y mozos, ancianos y pisaverdes de cabezas canas. Pasado habían aquellas largas noches de invierno lluvioso en que el negrito del farol precedía alumbrando al atravesar bocacalles, oscuras como boca de lobo, saltando sobre albañales y malos pasos, que por entonces lo eran todos, aunque únicamente llegaran al *Café de Marcos*, anterior al de don Ramón y el de *Catalanes*.

Luego de la introducción de clubs (de los cuales el de *Residentes Extranjeros* es decano) entre el *Café del Plata* y el de *Colón*, fué el *Café de la Amistad* de mayor concurrencia en las primeras horas matinales y en las últimas de la tarde. En parte alguna servíase mejor café con leche, ni tostada más tostada. ¿Qué estudiante no hizo *rata* por un par de ellas? ¿A qué marino no se le iban los ojos y el olfato tras humeante taza gruesa, como antigua jícara de aromado *soconusco*?

No en valde letrero tan atrayente! Sin los inmensos cristales que reflejan cientos de luces eléctricas en sus congéneres de la Avenida de Mayo, si no se vendía allí amistad á son de música, al calor del café y la amistad compenetráronse muchas almas en armonía. Concurrentes cono-

cimos que desde su primer rabona, por cincuenta años consecutivos, infaltables fueron á la mesa de *dominó*. ¡Cuántos de ellos cuando sus manos se entrelazaron sus almas quedaron abrazadas!

II

Fué por los años de 1842 que los Dirube, bayoneses de honrada raza, establecieron el *Café de la Amistad* en el Paseo de Julio, bajo el número, 160 hoy. Rico estanciero escocés, de los numerosos pastores, cuya laboriosidad acumuló en nuestros campos gran fortuna, donó ese inmueble para que sus alquileres costearan la educación de dos menores, que debían seguir enviándose mensualmente á la Sociedad Escocesa luego, á objeto de contribuír al sostén del Colegio de esa colectividad como hasta el presente se cumple.

El más joven de los hermanos Dirube, después de veinte años traspasó el Café á su consocio Cancillo y Gómez, vendiéndole más tarde á Posse y Durán. Fué bajo esta dirección que se clausuró cuando ya el hijo de su fundador, laborioso joven, levantaba fortuna en su Estancia más allá de Luján, comarca vecina á los ricos campos de Areco, donde falleció el propietario escocés de la casa Paseo de Julio.

En las primeras horas de la mañana, la concurrencia era toda de marinos. Alrededor de lustrosas mesitas, yendo ó viniendo de á bordo, entre dos sorbos del fragante café y mucho humo, conversaron y discutieron largos años: los tenientes Ballesteros, Rodríguez, el mayor Seguí, ó Zacarías Pereyra y su inseparable infortunado Massini, cuando de un poco más distante del Japón arribaron; *Don Pedro el Cruel* (capitán Carreras), Pedraja, Cabal, Jorge, Folly Brown, Türner el rubio, y el rubicundo capitán Badía, Morris que salvó el vapor «Buenos Aires» y Constantino Jorge el griego que perdió los dedos de una mano por defender á Murature en el drama de traición, herido el padre sobre el cadáver del hijo; Marzano y Marzanito, Py, Neves, Fidanza, el Comandante Somellera y hasta el Capitán del Puerto alguna vez, Coronel don Francisco Seguí (el vencedor en Juncal), Sinclair, que alcanzó su centenario, Murature y su suegro Galeano, viejos y jóvenes, marinos de ese barrio de la Marina, que en cuanto desembarcaban, era por su devoción la primera parroquia donde oficiaban.

Aunque no con tanta frecuencia, solía encontrarse en la mesa de entrada, un grupo que casi llegó á ser grupo histórico. Cuando de su rancho de Belgrano llegaba el *corneta de Ayacucho*, a echar su cuarto á espaldas con el antiguo grume-

te de «La Argentina», copita de coñac en medio, sesentones ambos, Obregoso y Manrique, en continua disputa, sobre quien había hecho resonar más la trompeta de la Fama, ó conducido más allá el pabellón de la Patria. Verdad que este último, le hizo flamear sobre todos los mares, en la nave que el Comandante Buchardo condujo al Mar Indico, y Obregoso, mellado tenía el labio de tanto tocar á la carga en el Regimiento de Granaderos que por habitud, á degüello le salía últimamente cualquier toque. Tras la inacabable narración de sus hazañas, sobre quien obtuvo más heridas y medallas, apéndice infaltable tenía el último sorbo de café, si el de Yungas *del panteón* que él bebió al pie de la planta donde en Bolivia florece, desde antes de nacer Bolivia—según la frase del Mayor Obregoso—ó el te de Honkong que sin azúcar le brindaron al Teniente Manrique, antes, mucho antes de ser Teniente, en tacitas tan minúsculas como las que en Arabia mascan el moka. A cortar el diálogo solía pasar don Manuel Pedro de la Peña, despidiéndose de este par de porfiados patriotas, repitiendo: «Digan lo que quieran, no hay mejor te que el del Paraguay, bebido á la sombra del yerbal. Ya lo probarán ustedes si llegan á mi tierra».

Llegaron y ocasión de ello hubieron, pues que estos dos meritorios servidores de la patria,

que en su prolongada vida abarcaron la primera batalla por su independencia, siguieron íntimos camaradas de campamento en la guerra de los cinco años.

III

En horas centrales la concurrencia raleaba un poco, pero luego, ya antes de caer la tarde, empezaban á llegar los infaltables comentando las nuevas del día. Cansados unos en las tres vueltas del largo muelle, obligado paseo digestivo, detenidos otros por el fresco de la oración, sobre los bancos y poyitos de mampostería en los que bajo añosos ombúes en la alameda, encocoraban discusiones trascendentales á vecinos tan graves como los señores Escalada y Llambí, sobre si don Felipe Senillosa ó don Felipe Arana habían pasado la cuchara de plata á Manuelita Rozas en la inauguración de la muralla del Paseo de Julio, ó si era de ese *Café de la Amistad* que salieron marinos ingleses bamboleando entre San Juan y Mendoza, gritando un ¡Viva Rozas! al divisar á éste, embarrándose entre sus soldados bajo la lluvia torrencial (9 de Julio de 1851) durante la última parada.

Por mucho tiempo fueron asíduos Balbín, Aramburu, Molino Torres, Quintana, Callejas,

Pestaña, Monasterio, Dozal, Uribelarrea. Benguria, Lalama, Eastman, Islas, Sagasta, Rodríguez, Basso, Delfino, Basabe, Olazarri, Terencio Moor, Acevedo, Uriarte, Gallardo, Temperley, Llavallol, Carreras, Rossi, David Bruce, los doctores Ocantos, Villegas, Garrigós, Migoni, Tamini, Descalzo, Matti, Rossi, don Manuel Mansilla, don Lorenzo Gómez, Cranwell, Canaveri, — en fin, todo el barrio de la Merced y la Merced misma, pues que tarde hubo que sobresaliera la teja de su primer Párroco Olavarrieta, del Teniente Coronel Canónigo Argerich, ó don Felipe Elortondo, después Deán, no el último de los Felipes de tan feliz época.

Pero la mesa principal, donde largos años, dominando su vozarrón todas las voces, fué la de don Emeterio de la Llave, infatigable lector de *El Nacional*. Todo era entrar este antiguo consignatario de frutos del país, de tan buena ralea como la que sus descendientes continúan, que aproximársele el risueño Cancillo brillando sus ojitos celestes, de tan suave carácter, como el gordinflón de su consocio Dirube. Excelentes bayoneses, en mangas de camisa, en veinte años no tuvieron una palabra, donde no se oían más gritos al través de espesa gangolina de humareda y comentarios que: ¡Copas para el dos!—¡Café para el siete!—¡Media para el ocho!—¡Completo pa-

ra el cuatro!—¡Chocolate y tostada para el seis! —¡Dos para el doce!—¡Te y ron para el trece! —siguiendo la numeración de las pequeñas mesas de cedro. Llegaba, pues, don Cancillo, sonriendo con *El Nacional*, número reservado para los reservados. Bien pudiera repetirse, en aquel solemne momento, la salutación de Eneas á la flechada Dido:

«...intentique hora tenebant».

Todos callaban, agrupándose los que esperaban, y entrando retardados, mientras que, limpiando sus gafas con inmenso pañuelo á cuadros, sorbía su riquísimo café, refiriendo como introducción novedades de Bolsa y Mercado de Frutos, al desplegar con calma el diario repetía sonriendo su muletilla: «Bien está San Pedro en Roma, mientras yo coma».

Acercaban con ruido sus sillas á la mesa del rincón el grave don Cayetano Grimau, marino en cesantía, poniéndose los anteojos para oir mejor, Larrosa cobrador de Pestalardo, (Teatro de Colón), los señores Amadeo, don Luis, don Vicente, de rematrimoniamiento reciente, á sus sesenta: padre, hijo y nieto, trinidad de Amadeos, tan religiosos como honrados; don Evaristo Pinedo, Lugones, Eastman, etc., siguiendo imperté-

rrito, con su voz aguda y chillona, desde el artículo de fondo hasta el último hecho local, inalterable y sin pausa, sin tomar aliento, aunque sin alientos dejaba comentaristas de alrededor, y grescas en que los más fosforescentes intrincábanse por quítame allá esas pajas y con salidas como ésta:

—Bien dice don Juan Bautista que de nada sirven todos esos pelagatos que escriben en los diarios, y vienen descomponiendo el pandero. No han sabido atender su hacienda, y pretenden dirigir la del Estado gentes todas que si las cuelgan patas arriba no les cae un cobre.

—Mejor acaba de replicar Sarmiento,—decía su contrincante,—que á muchos de esos ricachos, porque anduvieron más despabilados para atrapar tierras, ya se les ponga patas arriba, patas abajo ó de cualquier pata, no les cae una idea de parte alguna.

—No hay más, mi amigo,—agregaba un tercero,—la Patria se viene perdiendo por tanto patriota afanoso en levantar la hacienda pública, al día siguiente de haber perdido la propia.

Y otro viejo de voz aflautada, que nunca sirvió para maldita la cosa, alzando su roja nariz, agregaba:

—¡Sálvense los principios! los principios ante todo, señores; la ambición y la intransigen-

cia, lo echan todo á perder. No bien acabamos con el fanatismo de los frailes, nos impusieron los caudillos de poncho, aunque dice el manco Paz que los caudillos de frac son peores. Nos llega á su turno numerosa tribu de doctorcitos pastores, que se han dado á fabricar por ristras leyes rurales sobre los que no entienden.

Y dejando caer por un oomento la hoja, agregó una tarde don Emeterio de la Llave:

—¡Vean, vean, cómo andan las cosas! Bien se dijo la otra noche en la Cámara que al último Rector jesuíta, se le ha puesto recuperar los terrenos adyacentes á la antigua Chacarita de los Colegiales, en que Munita tragina con los ayunos de éstos. Oigan: «Diablura ingeniosa: Esta mañana, los madrugadores del barrio de *El Nacional*, formaban corro frente á la ventana del Rector del Colegio Seminario, Canónigo don Eusebio Agüero, sobre la que flotaba una ancha sábana blanca, que todos veían, menos él, resaltando entre cuatro calaveras, pintadas en sus extremidades, el esqueleto de un estudiante escuálido, muy flaco, cuya boca exclamaba: *!Socorro! ¡Socorro! que nos morimos de hambre!*

¡Pobres colegiales! Aún muy tarde se apeñuscaban los curiosos paseantes, hasta que el Jefe de Policía don Cayetano Cazón, entró á denunciar el cartel, para que lo descolgaran. El

Rector se preocupó más que de indagar la verdad de la queja, en averiguar quién era entre los discípulos de don Martín Boneo, que regenteaba la clase de dibujo, el que tan lindas calaveritas pintaba».

IV

Así continuó por muchos años este conclave inofensivo de comentarios del día y eruditos á la violeta, mariscaleando y enderezando la Patria, ya que no podían enderezar escuálidas figuras que los años curvaban.

Numerosas mesas en cuatro largas hileras poblaban el único salón cuadrado, al que en su fondo se agregó últimamente complicada y altísima maquinaria para triturar, torrificar y mezclar el grano, cuyo café hervido á alta presión corría líquido por tubos, desde el piso alto.

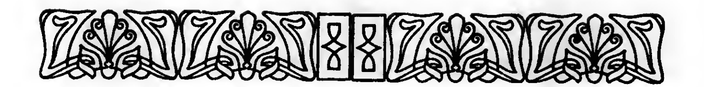
Sesenta años después, en la Metrópoli, de millón y medio de habitantes, en cada esquina ha nacido un café, cuando no dos, pero no otro más agradable, tan abrigadito, lleno de dulces recuerdos y amistades duraderas, como el modesto y confortable *Café de la Amistad*, en el Paseo de Julio (1842-1892).

¿Dónde estará ese grupo de cabezas canas

que noche á noche disputaban sin alterarse jamás?

¿Dónde aquellos honrados ancianos que creían reconstruir la unidad de las Provincias, comentando la propaganda de Vélez, Sarmiento, Piñeiro, y provincianos que la predicaban todas las tardes? Tan pegada á nuestro oído dejó su imperturbable lectura que á veces creemos que ese buen señor de la Llave sigue comentando *El Nacional* en el otro mundo.

Cerca de cincuenta años fué dado saborear allí conjuntamente con el más aromático café la más dulce amistad...



El primer ferrocarril

Las vías férreas aproximan la
tierra y dan paso á las naciones.

I

No hay temor que engolfemos al lector en la enmarañada y eterna controversia de si fueron rubios hijos de Albión, ó los más *coloradotes* del extremo opuesto, que se clasifican modestamente ingleses refinados, los inventores del primer Ferrocarril, del primer vapor, del primer Telégrafo, y de muchos adelantos de que se jactan esos primerizos del Nuevo.

Menos dilucidaremos, si griegos ó romanos usaban en sus caminos algo á rieles parecido, ó si dos siglos antes del tren que cambió en 1825 su carga de carbón por carga humana, trasportábase ya la hulla de las minas al embarcadero sobre carriles de madera.

Desde que el célebre Newton ensayara en 1680 la primera máquina á vapor, precursora de la locomotora, hasta que el americano Oliver Evans, declarado bienhechor de la patria, presentó el primer año del pasado siglo, carro anfibio, que tanto servía de locomotora, como de buque á vapor, exhibiéronse muchas locomotoras; pocas más perfecta que la primera argentina, construída hace treinta años en los talleres de Tolosa, por aquello de que siempre lo último resume los perfeccionamientos anteriores.

Recordamos simplemente la inauguración ferrocarril entre nosotros, como si dijéramos dentro de casa, para nuestro uso doméstico, aquí, en la plaza más central, aunque ya se ha alargado viniendo á ser de uso y provecho mundial.

Referir lo que antes de transcurrido medio siglo, parece ya olvidado hasta en su fecha y promotores, cae del modo más natural bajo nuestra pluma...

... ...

—¿Qué significa ese pequeño lingote de hierro, en que descansa la pluma?—preguntaba el niño terrible, encargado de hacer más ruido alrededor de nuestra mesa de trabajo.

—Doble significado tiene, que debes no olvidar, pues es fragmento del hierro que mayor riqueza aportó en nuestra campaña, llevando bien,

estar á todo el país. Pero como larga es su historia, extendiéndose en camino más largo que el de casa á la escuela, si vuelves con buenas notas, la oirás luego.

Y pues es el de hoy, día de San Justo, recordaremos haciendo obra de justicia, promotores olvidados del progreso actual.

No habían transcurrido tres meses del gobierno del doctor Obligado, año 1853, cuando llamaba éste á preferente despacho la solicitud del señor don Fabián Gómez, el primero en proponer una vía ferrea.—Objetó el recto doctor Ferrera, el fiscal catoniano, que debía ésta sacarse á licitación, como dictaminó ya en las propuestas de aduana, muelles, puentes y caminos, gas, telégrafos y otros benéficos proyectos que no quedaron en proyecto durante aquella laboriosa administración; pero el 9 de Enero de 1854 ya aprobaban las Cámaras otra concesión.

Tuvo origen ésta en el Club de *Pelucones* de la calle de Corrientes, como denominaba Juan Carlos Gómez en *El Nacional*, á los asiduos contertulianos de tantos años del señor don José Manuel Guerrico, por cuya sala ha desfilado, en dos generaciones, lo más notable que pasó por esta Capital.

Allí se discutía en asamblea de amigos cada idea útil, y apoyada con la influencia de tan res-

petable grupo de honrados y laboriosos ciudadanos de iniciativa, rara vez quedaba sin realizarse.

Verdadera antesala del progreso, pocas fueron las empresas que en los veinticinco años siguientes á la tiranía, no tuvieran su origen en ese inolvidable conclave de progresistas.

II

Tan escabroso fué el calvario de esta obra, que un año después de ofrecerse en *dos años* la terminación de las veinticinco mil varas de vía, hasta Morón, vióse obligada la empresa, á solicitar la sustitución del vapor por caballos, en las estrechas calles—tal era el cúmulo de obstáculos que vecinos y propietarios oponían.

Firme en su propósito, y venciendo todas las dificultades, un buen día el señor don Felipe Llavallol, presidente de la comisión, con su hermosa faz sonrosada, siempre sonriente y bonachón, entró al pasar, en casa de su vecino del barrio de la Merced, saludándole lleno de satifacción, con estas palabras:

—Al fin, hoy empezamos la magna obra. Si el señor Gobernador quiere clavar el primer riel, en su vida tendrá otra ocasión de remachar clavo de más provecho...

... ...

Desde antes del primer tramo, ya tropezó con inconvenientes, y no fué el menos grave hacer llegar la enorme locomotora hasta donde debía llegar. Nunca había cruzado mole de tanto peso por las calles de esta ciudad, y no encontrándose medio de camionage hasta se proyectó, ya que no podía trasportarse por tierra desde la entrada, al *Once*, conducirla por agua, aprovechando alguna creciente, como la de *Santa Rosa*, que acostumbraba empujar más de un buque dentro las calles, profundizando el *tercero* que con gran caudal corría por el Parque.

Pero el ingeniero señor don Valentín Cardoso, se acordó del que subió el diablo al cielo, y así don Sebastián Casares, que acababa de remontar por ingenioso procedimiento el pesado grupo del Arcángel vencido sobre el alto frontis de la Iglesia de San Miguel, con los marineros de sus numerosas lanchas, trasportó desde la Boca al Parque la primera locomotora, hasta el lugar destinado.

La obra del ferrocarril duró uno, dos, tres y cuatro años, y empezaba á tramitar en el primer trimestre de la administración Obligado, no pudo inaugurarse hasta tres meses después de su terminación.

Vencidos los mil obstáculos y oposiciones, sucedió que una vez construido, no hubo quien se

animara al viaje de ensayo, ni entre los mismos señores de la comisión. Así dejaremos sobre los rieles coches vacíos por falta de pasajeros, mientras van almacenando coraje los más guapos, al ver pasar día á día, el tren de carga, sin accidente.

Del propio solar (antiguo basurero) donde se levanta hoy el monumental Teatro Colón, salió la primera locomotora, á cuyo influjo se modificaron costumbres y paisajes.

En lo relativo á éstos, recordaremos solamente que, donde se yergue la estatua de Lavalle, se instaló *el banco de las camelias* y en él, al caer la tarde, viejos patriotas se congregaban en la melancólica tarde de su vida á suspirar por las cosas perdidas, recordando que siempre el tiempo pasado fué mejor.

III

Y al fin, pues todas las cosas lo tienen, el día del último reconocimiento, se decidió la Comisión Directiva á subir en cuerpo y alma, aunque llevando el alma en un hilo, afrontando con gran valor el viaje de ensayo.

Sólo el inglés don Daniel Gowland y Larroudé, de los señores del Directorio, habían tenido ocasión de viajar en Europa en ferrocarril, pues

no menos de diez mil kilómetros hubieron de recorrer para juzgarlo, llegando al más cercano del Callao á Lima, los que del nuevo mundo no habían salido. Dos leguas sólo medía ese primer ferrocarril en esta América, en 1848. La conclusión del de Valparaíso á Santiago, celebrábase por aquel mismo mes (Agosto 1857), trayéndonos esto el recuerdo del oportuno brindis del ilustrado ingeniero chileno don Santiago Arcos (hijo).

«Brindo, dijo, haciendo votos porque el riel que empieza en esta plaza se extienda y continúe hasta ir á enlazar su último tramo con el que ya ha salido de Valparaíso, viniendo á formar vínculo tan inquebrantable, entre los dos pueblos hermanos, como el que estrecharon las armas desde este mismo Parque, conducidas por mi padre, Ingeniero del Estado Mayor de San Martín, á nuestro Chile, á cuya emancipación coadyuvaron».

Y como á la ida, en el viaje de última inspección fuera todo bien, regresaba la máquina con más velocidad, á razón de veinticinco millas por hora, cuando cerca del puente del Once de Setiembre, sin decir, agua va, agua fué, por demás caliente en su descarrilamiento, cayendo desde el alto terraplén á la zanja.

Tumbado el vagón de encomiendas, las cabezas del Secretario Van Praet y del Vicepresiden-

te Gowland chocaron fuertemente, al mismo tiempo que la del Tesorero don Francisco Moreno golpeaba al robusto Llavallol hasta dejarle un momento sin respiración.

Don Mariano Miró que fumaba, fué fumado, saliéndole por la espalda, y no por las narices el humo, sin duda asustado el *habano* huyó de su boca, dando media vuelta para ir á esconderse entre ropa y carne, bajo asentaderas.

El señor Larroudé saltó sobre el primer caballo á mano, jaca rabicorta, por más señas, cruzando á escape entre tunales del Bajo de los Hornos, á guardar el susto en casita, en la que se entró de galope hasta la cocina, esquina Chacabuco y Venezuela.

Los otros señores de la comisión directiva, don Manuel José de Guerrico, don Esteban Rams y Rubert y don Francisco Balbín, salieron mejor parados, y en asamblea improvisada á campo raso, resolvieron no resolver nada, es decir, no decir cosa alguna sobre aventura locomotriz tan poco edificante y taparse oídos y boca, y alguna otra cosa machucada, para que no se trasluciera algo del sucedido.

Cuando llenas de ansiedad sus inquietas esposas adelantaban á preguntarles cómo habían pasado, los maltrechos y graves señores con semblante compungido, que se esforzaban en presen-

tar risueño, contestaban *muy bien,* disimulando chichones y cardenales.

Primeros mártires del progreso, al sentarse inadvertidamente, algunos de ellos, más que de pronto se levantaba, y seguían refiriendo entre suspiros mal disimulados, las delicias de un viaje de placer, no fuera á ahogarse la fiesta de un ferrocarril, que inauguraba su descarrilamiento antes de su inauguración.

Con todo, terminado quedó este último, gozando sus constructores de muchos días de asueto, pues no asomaban los guapos decididos á viajar.

IV.

Aquel año no hubo *Santa Rosa.*

La linda limeña, caprichosa como todas las bellas, no se daba á los vientos de otros años.

Reservaba sus ímpetus, sin duda, parà el siguiente, en el cual como en 1780, no dejó [illegible] con cabeza, viejo con peluca, mástil con vela, ni chimenea con veleta.

De entonces viene el adagio popular: «Como el temporal de Santa Rosa».

La mañana del 29 de Agosto de 1857, á la hora en que generalmente se andan atrancando puertas y ventanas, en previsión de tormentas y ventarrones, apareció tibia, perfumada, transpa-

rente, llena de dorada luz y de tan suave brisa, que parecía primicia de anticipada primavera.

Leve viso de tisú plateado, con que la aurora cubría sus encantos, veló las primeras horas matinales, y cuando el sol desde el zenit derramaba su claridad más esplendente, todos los habitantes se echaron á la calle, en traje dominguero.

Para fijar la fecha de esta tradición hemos tenido que consultar no menor número de sabios, memoristas, anticuarios, historiadores, numismáticos y astrónomos, que para fijar la llegada del primer vapor al Plata.

Bajo el frontis de la antigua estación del Parque, leíase en grandes letras: «Inaugurado el 30 de Agosto de 1857». Pero nuestro recuerdo de testigo ocular, queda confirmado no sólo con los documentos que se publicaron con anterioridad, señalando el día 29 para la inauguración, sino también con la descripción de ésta, insertada en los diarios de la mañana del día *treinta*.

Apareciendo ocho horas antes de la fiesta, ni que fuera crónica de baile escrita la víspera, como suele acontecer.

Banderas y gallardetes de todos colores flameaban al viento y músicas militares poblaban los aires de alegres armonías.

Hombres, mujeres, ancianos y niños, se dirigían al Parque, la concurrencia se desbordaba por

puertas y ventanas, balcones y azoteas, y multitud de muchachos colgados de árboles y faroles, aumentaban con bullicio ensordecedor el de las bandas, cohetes y petardos.

No menos de treinta mil espectadores,—se calculó, tercera parte de la población de la ciudad,—cuyo número duplicábase á lo largo de la vía hasta la Floresta, por uno y otro costado. A pie, á caballo, en carruaje, en carreta, çarro, carretilla, *castillo* de cañas, y en toda clase de vehículos, el pacífico ejército formado en línea de dos leguas, saludaba con aclamaciones, pañuelos y sombreros, la primera locomotora que adornada de flores y banderas, corría á triunfar del desierto, flameando al viento su estandarte de humo y llamas.

En el centro de la plaza se alzaba improvisado altar, entre altos mástiles revestidos de los colores patrios, y cargado de guirnaldas, escudos y gallardetes de todas las naciones, anunciaban la fiesta del progreso y de la fraternidad.

Concluído el *Tedéum*, con majestuoso paso adelantóse el Ilustrísimo señor Escalada, á tiempo que coronada de flores, acercábanse lentamente al altar *La Porteña* y *La Argentina* (primeras locomotoras) para esparcir sobre ellas el agua bautismal, bendiciendo tan venerable prelado la vía, la locomotora y el tren.

En ese momento, que era la primera hora de la tarde, se asestaban sobre aquel centro anteojos de cuatro daguerreotipos, y el clisé conservado por el hábil fotógrafo Pozzo, reprodujo con fidelidad la viva escena de aquel instante solemne y conmovedor...

V

Al pasar el tren rápidamente sobre el elevado puente del Once de Septiembre, un *compadrito* de clavel en la oreja, cruzó al galope debajo de aquél, golpeándose la boca y dando vivas.

En esa plaza de frutos del país doscientas carretas vacías abrían sus negras bocas al cielo, con sus pértigos en descanso, como á la funerala, vencido el buey por el vapor; y cuando algo más adelante una paisana, después de encender dos velas á la Virgen de Luján, salió de su rancho agitando la bandera de la patria y vivando, la banda de música del 2.º de línea, mandado por el Teniente Coronel Emilio Mitre, contestó á la espontánea manifestación tocando la marcha de Lavalle.

Siguió á ésta otra escena menos estruendosa, pero más característica. Un viejo paisano que venía entrando entre nubes de polvo con su tropa de ganado á los corrales, se desmontó é hincándose sobre el pasto persignó al pasar la locomotora.

El padrino de *La Porteña*, Obligado, que viajaba en el tren de honor al lado del Gobernador,

apercibió silenciosa lágrima que se deslizaba por la rugosa faz del sencillo campesino de blancas barbas.

Durante el *lunch* servido dentro del kiosco de la Floresta, se derramaron en abundancia *champagne*, flores y elocuencia.

¡Que inmenso horizonte abría á la esperanza aquel corto ferrocarril, cuyo silbato estridente anunciaba al coloso que llevaría por todas partes la fecundidad, el movimiento y la vida! El se repetía y dilataba, escuchándose con placer cual armonioso eco de plata del himno de victoria en la civilización sobre el desierto.

«Aproxima el día,— agregó el Gobernador Alsina,—en que sea posible borrar del derecho público la desgraciada palabra *extranjero*».

«Y se vió, recuerda el cronista de la fiesta, después de treinta años, por primera vez, al lado de las personas del Gobierno que recién llegaban á él (Alsina, Barros Pazos, el General Zapiola), al ex Gobernador doctor Obligado y sus ministros Mitre, Vélez y Riestra, quienes decretaron el primer ferrocarril, haciendo resaltar su presencia el hecho hasta entonces desconocido, de una administración, la primera que descendía pacíficamente del poder dignamente honrada por la que le sucede.»

VI

Al regresar en treinta minutos, cinco menos que en el viaje de ida, para recorrer los diez kilómetros, no faltaron episodios curiosos, como el de un muchacho que por apuesta se tendió sobre la línea pasando el tren sobre él; y el cacique Yanquetrús, que subió buscando dónde escondían el caballo como-carbón y respira llamas...

Diez pesos papel moneda de entonces, costaba el pasaje de ida y vuelta, y cinco en carruaje descubierto, en toda la extensión de la línea, cuyo primer viajero fue el doctor Vélez, y su primera víctima el filántropo señor Miró.

Aquellas dos primeras leguas de rieles, han valido más á la vida y al adelanto de Buenos Aires, no obstante las guerras posteriores, que cuanto se proyectó y realizó cuarenta años atrás.

Si los millones gastados en guerras desde 1857, se hubieran invertido en la prolongación de líneas férreas, apenas distaría hoy dos leguas, la estancia más lejana de una Estación.

El ferrocarril fué también la mejor arma contra la guerra. Su rapidez ha reducido las últimas á su menor expresión, y sin duda no se habría prolongado cinco años la del Paraguay, á haber llegado entonces los rieles á Formosa.

El confirmó nuestra carta de ciudadanía ante el Congreso de las Naciones. Desde entonces se nos invita á todas las reuniones internacionales de vías y comunicaciones postales, telegráficas, ferrocarrileras, etc., etc.

Gastar mucho pareció el empleo de doscientos mil nacionales en una legua de vía; pero los últimos diez kilómetros se han pagado tres veces más caro de lo que costaron los diez primeros, del Parque á La Floresta...

Tras ellos se extendieron luego catorce mil kilómetros, sobre los que fueron transportados, el último año, catorce millones de viajeros (cuatro veces la población de la República) y siete millones de toneladas de carga, ascendiendo el capital de los treinta ferrocarriles á cuatrocientos cuarenta millones de pesos oro. Hoy se recorren más de treinta mil kilómetros.

Objetóse en aquel tiempo que no recorrería sino de un centro á otro por campos poblados; pero el primer Gobernador constitucional presentía que alrededor de cada Estación había de surgir un pueblo, por lo que planteó, á la par de las primeras escuelas, las primeras vías de comunicación.

Tan profunda era su fe en que el ferrocarril venía á transformar por completo la campaña, en la que no sólo el gaucho dormía sus siestas

sino muchos gérmenes de industrias, que despertaron al silbato de la locomotora!...

¿Podría imaginarse el pilón inmenso de azúcar de Tucumán, la montaña de trigo de Santa Fe, la torre de lana de los millones de ovejas en Buenos Aires, transportados por la antigua carreta tucumana?...

VII

He ahí la tradición de ese clavo que no fué un clavo, cuando su administración estuvo confiada á comisiones de ciudadanos tan honorables, como las que presidieron los señores Llavallol, Haedo, Castro, Madero, Huergo, Cambaceres, Elizalde, asistidos por ingenieros de la competencia de don Guillergo Bragge, Otto Arning, Tomás Allam, Augusto Ringuelet, Brián, etc.

Posteriormente, más sabios economistas, considerando sin duda á este ferrocarril como verdadero clavo, y cuando otras muchas líneas ya recorrían gran extensión de la campaña, se deshicieron de él como carga onerosa; á los setenta días de su enajenación la provincia de Buenos Aires se había quedado sin un kilómetro de vía férrea de su propiedad, y también sin un peso de su venta...

¿Sospecha alguien dónde fueron á parar los cuarenta millones consabidos?

Si alguna alma caritativa quisiera adoctrinarnos, cumpliendo el precepto tan cristiano de enseñar al que no sabe, mucho se lo agradeceríamos, en punto tan interesante, sobre todo para los contribuyentes.

... ...

Quédanos en el tintero muchos cuentos del primer día del ferrocarril, como los que le sucedieron, y no es el menos curioso cómo vino á nuestro conocimiento que por la locomotora que sólo había costado once mil dollars en fábrica, se cobró al gobierno *veinte mil,* de la casa de Londres que la envió. ¡Misterios de sabios comisionistas!

Cierto día que nos mostraba en Nueva York sus libros de fábrica, contestó el gerente de los talleres de Braldwing Locomotive á nuestra pregunta de curioso viajero:

—Hoy podríamos dar por algo menos una locomotora con todos los perfeccionamientos de los últimos adelantos, pues por la primera que exportamos á Buenos Aires nos pagaron *once mil dollars.*

El mismo precio que Brown calculaba en 1825 al primer barco á vapor en el Río de la Plata.

Pero eso sería ya extendernos en zona tan vasta como la que abarca la actual red de ferrocarriles, bifurcada por toda la República.

Y he aquí, en resumen, la historia y el significado de este lingote de hierro que sirve de asentador, fragmento del primer riel extendido en tierra argentina...

¡Benditos los tiempos en que, con la sencillez de cotumbres de la época, un vecino de la Merced entraba al pasar en casa de su convecino el Gobernador, le invitava sin ceremonia ni etiqueta á acto tan trascendental, con estas palabras:

—Si el señor gobernador quiere clavar hoy un pedazo de hierro, empezará la obra más benéfica para el país.

... ...

Hombre práctico, poco dado á frases, no pronunció largo discurso al asestar el primer martillazo en la vía férrea que hoy llega á los confines de la República, siendo en esta América la que más extensión mide, ni derramó *champagne* sobre los rieles, á guisa de agua bautismal, imprescindible en ceremonias semejantes.

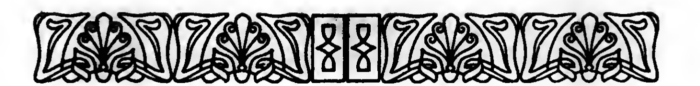
Tenía un granito de esa fe, que sembrada desde la cuna, germina en el transcurso de la vida, y esparce consuelo hasta en los postreros días..

Por esto, al retirarse del despacho de gobierno, entró aquella tarde en la Capilla de San Roque, arrodillándose sobre la tumba en que reposan los restos de su abuelo, cristiano viejo, benefactor de la Iglesia, y dió gracias por haberle per-

mitido vincular su nombre á una obra de la importancia de aquella, cuyos trabajos inauguraba.

Reasumió la satisfacción, esa muda lágrima del sencillo paisano, que como al paso de una cosa santa, se arrodillaba en medio de los campos para reverenciar al ferrocarril, que vino á dilatar la tierra y abreviar la distancia.

Las dos primeras leguas de vía férrea, el mayor timbre en la administración del primer Gobernador Constitucional, sólo costaron cuatrocientos mil pesos nacionales. Sobre los treinta y dos mil kilómetros que les han seguido, menos interesa saber su costo que el del importe de las riquezas que han transportado. Tal reflexiona este último sobreviviente de los invitados á la inauguración del primer ferrocarril.



La tradición de Pavón

Esta batalla, desgraciadamente no la última entre argentinos, tuvo la fortuna por sus resultados, fuese el punto de arranque de la definitiva organización nacional.

I

Cincuenta años han pasado!

¿Por qué marchaban á la muerte el 17 de Septiembre de 1861 treinta y seis mil argentinos, unos frente á otros, por iguales partes más ó menos, como se encontraban divididos el resto de sus conciudadanos?

Sobre verde campo dilatado, pradera en flor de anticipada primavera incitando á la alegría del vivir en la fecunda provincia de Santa Fe, cuya prosperidad le ha convertido en granero de la Re-

pública, cuyos sobrantes de riqueza en millares de millones del dorado grano se exportan, ¿por qué resonaban en todos sus ámbitos órdenes y clarines de matanza? ¿Es que para tener ópima cosecha indispensable fuera abonar la tierra, una vez más, con sangre de hermanos?

Nada más distante de nuestro ánimo al tributar homenaje á los promotores de triunfo tan benéfico en sus resultados, que el de revivir apasionamientos ó reabrir heridas cicatrizadas.

Acciones hay que se valorizan por sus consecuencias, y fué la de aquel día algo más que la brillante carga de caballería llevándose todo por delante, de un lado; á la vez que por el opuesto el ímpetu de la infantería de Buenos Aires vencía todo obstáculo hasta formar sus armas en pabellón en los jardines de Palacio, durmiendo sobre el campo de batalla.

Esas armas en descanso, cuyos pabellones desarmáronse sólo cuando déspota extranjero invadió el suelo de la Patria, marchando desde entonces en estrecha fila los que allí se dsgarraban, y esas mismas denominaciones «porteños» y «provincianos» que empezaran á desvanecerse, no fueron los menores timbres de jornada que terminó en el abrazo nacional...

II

Las 2 y 20 señalaban, en esa nublada tarde de un viernes, relojes que se abrieron al resonar el cañonazo con que el mayor Nelson (de la artillería al mando del Coronel Santa Cruz) inició la batalla, en momentos que el General Urquiza bajando de la azotea en la Estancia que respaldaba sus infantes, repetía: «¡Se vienen los porteños y se vinieron!» Descubriendo, por el orden de marcha, dirigíanse á atacar el centro, tratando de dividir su línea, mandó al General Galarce cargara con la caballería de la derecha la que tenía á su frente.

Hora antedicha era cuando se divisó nubecita azulada ascendiendo en espiral, ensanchando círculos de humo, y en pos de relámpago fugaz, negra bala silbadora transportando la muerte que después del primer y segundo rebote picó en medio del brioso «obscuro» cabalgado por Mitre y el «picazo» que montaba su secretario.

Con la apacibilidad de siempre:

—No se ha decidido por ninguno de los dos— dijo indiferente el General.

—¡Por lo que no le quedamos resentidos!— contestó con igual aplomo el doctor Gutiérrez (José María).

Alguna de las que le siguieron á corta distancia de los tenientes Dardo Rocha y José Ignacio Garmendia, dió en tierra con un ilustre médico. Alma de la joven generación de Córdoba, era á la vez eco elocuente del partido liberal en el interior. Discípulo de otro cirujano notable, última víctima en Caseros, fué, como su maestro, una de las primeras de Pavón. En la prensa de su ilustrada provincia, en el Congreso del Paraná, como en el campamento á que llegó de los primeros encabezando jóvenes liberales de todas las provincias, el doctor Modestino Pizarro fué la representación genuina del partido liberal. Porque bueno es recordar que no obstante acriminaban los defensores de la ley federal jurada de estrechas ideas de localismo á Buenos Aires, en sus Cámaras, en su prensa, en su ejército, hallábanse dignamente representadas las catorce provincias en el partido liberal de ideas más avanzadas.

Buenos Aires no se encontró sola en lucha tan prolongada por constitucionalizar la República. Si Corrientes, Salta y Tucumán no arribaron á tiempo, no fueron las únicas que impidieron se levantara muralla china en el Arroyo del Medio, á manera de cordón sanitario contra el contagio del progreso á ese lado.

Expulsada la representación de Buenos Ai-

res del Congreso Federal en el Paraná, uno de sus diputados exclamó:

—Abriremos las puertas á cañonazos, para congregarnos definitivamente!...

III

Sordo rumor lejano primeramente, aumentando luego, creciendo y creciendo hasta retemblar toda la tierra, se aproxima, llega y pasa como tromba devastadora. Espeso terragal entenebrece los aires, y gritos, ayes y exclamaciones aumentan confusión. ¡Es la caballería de Buenos Aires que se dispersa! A pesar de rebalsar las dos alas de la contraria, deserta del campo sin disparar un tiro ni cruzar una lanza.

El Comandante Ortega en su última noche había dicho en el fogón de la gran guardia avanzada, desconfiando de milicos novatos, los mismos que dispararan en Cepeda:

—Al soldado que dispare debe rasurársele un bigote, semejando el castigo con que Wéllington afrentó los cazadores ingleses, vistiéndoles con polleras en España, al doblarse frente las águilas imperiales.

Y ambos jefes, éste y el Coronel Benavente, beneméritos en la Cruzada Libertadora con La-

valle, cayeron los primeros al arrojarse á detener fugitivos. Estaba reservado al decano hoy del ejército argentino, Teniente General Alvarez, volver el lustre de la caballería porteña sobre el extranjero, reviviendo las hazañas de los Granaderos de San Martín con el regimiento de ese nombre y en los cenagosos esteros paraguayos.

Las infanterías, calzando guantes blancos jefes y oficiales, sonreían con desprecio al ver desapareciendo el poncho flotante que corría á esconderse en los confines del desierto.

Ese primer contraste lejos de ser precursor de otra derrota, sirvió para hacer resaltar el triunfo de los disminuídos, pero no apocados. No á pie firme, sino con paso acelerado llegaron éstos á apoderarse de baterías á su frente, después de un fuerte cañoneo que conmovió la línea de los federales. El Coronel Paunero, jefe de Estado Mayor, recibió orden de avanzar con los batallones del centro, apoderándose de la infantería y cañones, secundado por los batallones al mando de los Coroneles Agüero y Mitre. Este saltando sobre un segundo caballo (muerto el primero por bala de cañón), trataba de persuadir con su voz de trueno á los entusiastas del 2.° de línea de que avanzando precipitadamente desviaban la muerte, pues descendiendo de la loma más pronto salvaban la zona peligrosa, cruzando las balas por elevación. El

Comandante Gainza, espada y revólver en mano, enderezaba á caballazos los reclutas de Zárate y don Mateo Martínez ensayaba el «2 de Oros» para sus hazañas en la guerra de cinco años.

... ...

Una hermosa carga de diez mil caballos lanzada á media rienda sobre la verde pampa pasó con alas de huracán entre torbellino de tierra: los clarines tocando a degüello, choque de vainas, retintín de espuelas, gritos y órdenes de mando, rozó el costado de los cuadros de la reserva, persiguiendo fugitivos la famosa caballería entrerriana, reguero de muertos y heridos; hombres y caballos rodaban en confuso tropel.

IV

Múltiples episodios de valor descollaron en uno y otro ejército, como antes y después se repitieron en toda ocasión por soldados argentinos.

Pero algo más que dos ó tres cargas á fondo fué aquello, si el éxito se valoriza por sus resultados, y Pavón hizo época, como observamos, punto de arranque de luminosas proyecciones que aclararon el camino.

Desde aquella hora histórica, la República toda, una é indivisible bajo el imperio de la más

adelantada Constitución sin caudillos que levantaran la cabeza sobre las tablas de la ley, á su fuego se forjó el eslabón que solidificara unión no más quebrantada.

¡Cuántos progresos sobrevinieron! Difundiéndose por todas partes la escuela, riel que encamina y adelanta, cuya difusión de conocimientos atrae y pone en contacto los más distantes miembros de la familia argentina, á la par que ese otro riel que importa y exporta ensanchando la heredad, empezaron allí!...

Desque que observó el General Mitre la dispersión de su caballería, varió de estrategia, y en un movimiento de conversión hizo avanzar todo el ejército á coronar la cuchilla que á su frente dominaba, y luego por ataque oblícuo, en rápido movimiento envolvente dió el golpe de gracia final.

Brillantes hechos de uno y otro lado. Mas á qué detallar los certeros tiros del cañón de José M.ª Moreno y Melchor Romero que hicieran remolinear la división de López Jordán y Saá, quien venía á enseñar como se rompen cuadros á lanza seca; las banderas tomadas por el 6 de línea, cuyo jefe Arredondo, rehusó la que le ofrecieran las arroyeras, prometiendo tomarla del enemigo que eran del mismo color; la última víctima, en aquel bello joven romano, (el recomen-

dado de Garibaldi, conde Pezzutti-Peglione) caído entre las sombras de la noche al avanzar á orillas de Pavón para llenar con su agua la caramañola; y tantos y tantos otros dignos de recordación.

V

En luchas entre hermanos no hay victoria. Se obtuvo aquí la preponderancia de un principio. Si Rivas, Faccio, Abella, Roseti, Orma, Lavalle, Nazar, Campos, Somoza, Balza, descollaron por su bravura, no menos en filas opuestas Virasoro y Victoria, Arnold, Fontes, Galarce, Laprida, Goytía, Nadal, Barrera, Leguizamón y Lamela, resaltaron en la lucha, con tenacidad de raza.

No hubo sólo el triunfo de una idea; fué el complemento de la revolución de Mayo, sustentado por largos años de cruentos sacrificios. Lo repetimos: de su escenario levantóse inconmovible la nacionalidad, por lo que confirma la más grande victoria. El pueblo liberal de toda la República estuvo allí de parabienes.

... ...

Después de 50 años, volvimos á ese palenque. ¡Cuánto ha cambiado el campo de batalla! El progreso todo lo transforma .Ya no campo, ni batalla, ni otras armas brillan al sol de este Sep-

tiembre, sino las del trabajo. Pluguiera á Dios encontráranse todos los campos estrechados por la agricultura, impropios é inconvenientes para desplegar iras y furores, ambiciones y rivalidades que la civilización enfrena. Sólo cuando la razón calla, el tambor toca generala.

Por aquella hermosa portada entró un día triunfante la nacionalidad; por ella las catorce hermanas emprendieron marcha al progreso, que es la marcha triunfal que mejor hoy resuena en clarines argentinos.

Nuestra rica naturaleza, más humana, ha extendido manto de verde grana como velo de olvido sobre viejas contiendas. En el sangriento escenario donde la muerte se condensó, la vista abarca doradas mieses por todas partes. Cien molinos elevan el agua que corre fertilizando la heredad subdividida; las huellas de cañones que rodaron en doble contienda (años 1820-1861) han sido borradas por verdes taludes y altos terraplenes sobre los que rueda la locomotora del progreso. Media docena de vías férreas en todas direcciones. Doble número de Estaciones comprueban que allí donde se detiene una locomotora, alrededor de cada Estación brota un pueblo.

Finalizando con números cuya elocuencia es más convincente: uno de los resultados no menos plausibles de la acción que conmemoramos en su

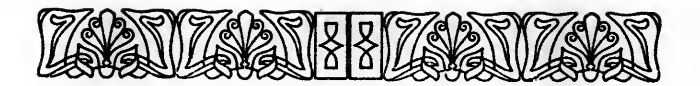
cincuentenario, de notar es que el estrecho campo entre Cañada Rica y Pavón, adquirido en siete mil pesos bolivianos en 1860, acaba de valuarse en millón y medio de pesos nacionales legua.

¿En qué parte del mundo la tierra aumenta de precio doscientas veces en cincuenta años?

He aquí otro resultado de lo que surgió de Pavón.

¡Cuán cierto que diez millones gastados en vías férreas, atraen más prosperidad y producen mayor riqueza que doscientos millones en buques de guerra!

¡Un piadoso recuerdo para los argentinos que cincuenta años ha perecieron en defensa de sus ideales!



Sonrojo comprometedor

Una madre para cien hijos, suele repetirse, pero ¡cuántas veces cien hijos no son el sostén de una madre! Así, cuando encontramos en nuestro camino alguna de esas hermosas esmeraldas, color de esperanza, donde el amor resplandece, nos inclinamos á recogerla, para engarzar en el precioso joyel de nobilísimos sentimientos que honran á la humanidad y que felizmente no han desaparecido entre nosotros.

I

En una de nuestras más avanzadas fronteras, aconteció el sucedido que referimos.

Hallábase en su modesta mesa de campaña, rodeado de los oficiales de la guarnición, el Co-

mandante de ella, cierto día sin sol de crudo invierno, cuando sacando una pequeña cigarrera con cantos dorados dijo, enseñándola á sus oficiales:

—No está de más que de cuando en cuando recuerden á los olvidados que vegetamos en el desierto. Me acaba de llegar este obsequio de un amigo de la infancia.

Y pasando de mano en mano por cuantas cortaban pan, llamaba la atención de unos el cincelado labor en una tapa, representando dos hermanos de armas, espalda con espalda, defendiéndose en apurado trance, rodeados del grupo de indios que les sorprendiera en media Pampa, y otros en monograma y dedicatoria: «A un amigo de cuarenta años». El alférez recién llegado, que contaba de vida la mitad de esa larga amistad, más curioso, olió cigarros que hacía tiempo no olía, volviendo el obsequio concluída la ronda á manos del dueño.

Siguió al churrasco el puchero criollo con choclos, y al guiso con zapallitos, el arroz con leche, y la conversación y la francachela entre buenos camaradas, sin traspasar la circunspección debida; pues por más franqueza que el jefe dispensara no se faltaba á la subordinación y respeto hasta en los actos más familiares que prescribe la ordenanza.

Al servirse el café, con sabor de achicoria y no á Yungas, el Comandante deseó celebrar el buen recuerdo, doblemente valioso por los mil recuerdos que despertaba, dando participación del contenido á los subalternos. Por más que registrara el bolsillo donde la guardara, no la encontraba; ni entre servilletas ó bajo manteles aparecía la muy perdida y abarcando con mirada escudriñadora á todos los circunstantes, acentuó muda interrogación sin palabras.

Como tocados por automático resorte, los oficiales se pusieron de pie, dando vuelta sus bolsillos, menos el Subteniente del extremo, quien, más colorado que tomate, dijo sin pararse.

—Afirmo bajo palabra que yo no la tengo.

No faltó quien comentara el sonrojo denunciador, dividiéndose opiniones, elogiando unos su entereza, murmurando otros, al notar lo abultado del único bolsillo no abierto. El más adulón chismografió:

—Entre pura gente honrada la cigarrerita no aparece.

Otro, cuchicheaba al vecino:

—¿Se ha fijado que *el nuevo*, siempre deja precipitadamente la mesa?

Los más criticaron su proceder, sin que faltara quien añadiera:

—Me parece que ha hecho bien. Al fin no es-

tamos entre jugadores de mala fe, donde al primero que se agacha, achácasele la desaparición de la moneda que rodó.

—Si el Jefe lo hubiera impuesto,—agregó un tercero,—no vacío la faltriquera. Mera sospecha, deprime. Pero ha sido tan espontáneo el movimiento general, que corajudo debe ser resistiendo la corriente, bien que no pudo evitar le salieran los colores á la cara.

—¡Al fin nuevo!—dijo el más antiguo.—Sabe Dios de dónde viene. Estos oficialitos que exporta el Colegio Militar, llegan al ejército con más humos que locomotora, echando planes y planos sobre el papel, antes de haber acostumbrado la mano al sabor del sable, y aprender á tirar tajos y reveses, en vez de líneas curvas y rectilíneas que nunca dieron el resultado de una carga á fondo.

... ...

Los días pasaban y la tabaquera de cocodrilo exornada con labores no aparecía. No que alguno de esos anfibios de laguna inmediata se la hubiera tragado. El subteniente continuaba retirándose el primero, apareciendo el bultito sospechoso en el bolsillo. Los concurrentes empezaban á retirar asientos del suyo, haciéndole el vacío hasta dejarle aislado en el extremo de la mesa.

Al distanciamiento de compañeros, siguió agregando el de la palabra. Algunas manos ya no

se le extendían; otras oprimían friamente la suya. El Jefe nada decía, pero los subalternos decían demasiado, condensándose malsana atmósfera para el sospechado.

Ya se tramaban sordamente murmuraciones contra el que, si para unos estaba convicto, para pocos era el oficial digno que había dado lección de dignidad. Serio, silencioso, imperturbable, seguía cumpliendo todas sus obligaciones, observando al pie de la letra la Ordenanza, en cuyo examen obtuvo *diez*, y alejándose precipitadamente con el bulto acusador.

II

Y en tanto no aparece la plateada cigarrera, que se había hecho humo antes de convertirse en tal su contenido, pero nó en lo mismo el honrado joven, a quien se inculpaba su traspapelamiento, prendiendo un *puro*, echaremos el parrafito de bueyes perdidos; que tal parecerá recordar ese hermoso sentimiento de amor filial tan escaso ya, como los diamantes del Cabo en la lejana región que al fulgor de los cañonazos de la más poderosa de las naciones, la más pequeña aparece al mundo dando ejemplo de amor al terruño.

La antigua Roma, cabeza del mundo que dei-

ficaba toda virtud antes que los vicios le prostituyeran, levantó un templo á la Piedad en el mismo sitio de prisión, al través de cuyas rejas una joven madre prolongó la vida de su anciano padre, condenado á morir de hambre, sustentándole á sus pechos, en diarias visitas.

Escena en algo semejante dio origen á nuestra iglesia del mismo nombre (Calle Piedad) alzada sobre los ruinosos cuartos de otra hija que se sacrificó por su padre, donde hoy relumbra á la mayor altura ampulosa media naranja de templo que nunca terminará, según la profecía del ingeniero Canale, que pretendió enmendar la plana á su colega, el ilustrado señor Pellegrini.

Sin mencionar notables ejemplos que en el aniversario patrio piadosas damas de la Sociedad de Beneficencia presentan cada año dignos de premios al amor filial, recuerdan nuestras propias tradiciones el hijo que, loco de amor por su madre, vino desde Londres para darle el último abrazo, y encontrándola monja profesa, saltó las tapias de San Juan, bajo disfraz de acarreador de leña, se introdujo en el Convento, y al reconocerla de novicia á través del velo monjil, se desvaneció de ternura en los brazos maternales. También hemos recordado ese otro buen hijo, que al saber la desgracia de su padre, condenado al cadalso del que evadiera, recorrió toda la Argentina

en su busca, para llevarle el consuelo de su cariño, perdiendo la razón al entrar por una puerta en la casa de la cual los remordimientos hacían huir al padre por la opuesta, sin poder resistir la presencia de hijo tan cariñoso.

III

En una de las fronteras de la hermosa región, donde el suave algodonero y la dulce caña florecen, y también sentimientos tan suaves y dulces, fué donde se produjo el suceso que tradicionamos.

... ...

Ya los más atolondrados hablaban de solicitar separación del sindicato, con la única razón del *porque sí*, cuando un buen día le llamó reservadamente el Jefe á su alojamiento, diciéndole:

—Usted no ha tomado la cigarrera...?

—Señor Comandante, lo he afirmado bajo palabra...

—¿Tiene usted inconveniente en decirme por qué no siguió el movimiento de sus compañeros, que tan espontáneamente dieron vuelta sus bolsillos?

—Lo que de modo alguno demostraba no pudieran ocultar la cigarrera en otra parte. ¡Si bien líbreme Dios sospechar de mis compañeros!

—¡Perspicaz es el subteniente! No lo he llamado para reconvenirle, menos para que delate á nadie. La cigarrera apareció. Hablo á usted como lo haría un padre. ¿Quiere usted decir por qué no imitó el ejemplo de sus compañeros?

—Ante todo por decoro propio, y también por otra causa. Si se me interroga particularmente, no como Jefe, diré á usted lo que no hubiera declarado ante sumario alguno.

Y mirando á todos lados como abochornado, agregó en voz baja y entrecortada, temblorosa por la emoción:

—Tengo una madre muy pobre, que llegó á empeñar hasta sus vestidos para que yo, su único hijo, siguiera en la Escuela militar. Aunque la asisto con mi escaso sueldo, desde que empecé á ganar doce pesos en el Colegio, muchos días falta pan en su rancho. Consiguiendo hacerla venir creca del campamento, guardo la mitad de mi ración y yo mismo se la llevo. Día feliz para usted fué el en que recibió tan delicado recuerdo de un leal amigo, fecha fatal para mí, pues desde entonces no me ha quedado un amigo. Todos se me alejan. Pero el día antes la ví comer con tal ansiedad el pan más blando que reservaba á mi pobre viejecita, que me parecía no quedaba satisfecha, por lo que, entre dos rabanadas, agruegué otra de carne fría que abultaba más mi bolsillo. Ya ve

usted, señor Comandante, que para mis propios camaradas habría sido bochornoso sacar la cena así escondida: hubiera preferido sacar el sable antes que dejarme registrar..

El Comandante que recordaba haber debido socorrer en sus penurias una anciana madre en la indigencia, se levantó conmovido á estrechar las dos manos del joven, volviéndose con prontitud para no dejar percibir dos gruesas lágrimas descendiendo á perdrese entre sus blancas barbas.

... ...

En época ya lejana fuí soldado; no recuerdo si la Ordenanza que castiga al que se agacha al paso de las *silbadoras*, prohibe á un jefe emocionarse ante el subalterno.

Fué otro bolsillo ocultador el que sindicó sospechoso al honrado hijo, ejemplo de amor filial. Descosido un forro interior en el capote militar del Jefe, cayó la cigarrera al fondo. Inmediata investigación justificó la sinceridad del hijo bien amado, como la situación afligente de la anciana madre, y que el bultito denunciante del que se retiraba precipitadamente de sus compañeros, alimento era para el ranchito blanco y limpio que á lo lejos se divisaba.

Comprobados los hechos, el Comandante volvió á llamar ante su presencia al pundonoroso jo-

ven, le hizo un obsequio, y desde entonces asignó ración diaria á la madre.

Agregaba el Comisario pagador algo que honra el noble corazón del soldado argentino, tan exaltado en general, sí irreflexivo en ocasiones .Los que más le vituperaron fueron los primeros en pedir disculpa. Desde entonces, cuando llegaba la valija, y su deseada venida era esperada como la del Mesías, cada dos meses, cuando no tres, llevando paga de uno, entregaba *treinta pesos* á esa madre pobre, á quien todos habíanla declarado pensionista del *Regimiento*, hasta su muerte, que no tardó en llegar.

Recién entonces vino á saber *el nuevo* que entre los oficiales, los mismos que proyectaban su separación, se impusieron en desagravio, subscripción de un peso cada mes, que por intermedio del pagador le hacían llegar reservadamente...

¡He aquí un hijo pundonoroso á punto de ser expulsado del ejército, que sigue siendo digno jefe, por la forma en que el amor filial le permitía socorrer á la anciana madre!

¡En cuántas ocasiones las apariencias acusan!

———

P. OBLIGADO



TRADICIONES

ARGENTINAS

1ª SERIE

TERCERA EDICION



JUAN L. DASSO Y Cía., EDITORES
815 - SARMIENTO - 825
BUENOS AIRES